

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

UNIDAD DE POSTGRADO

La República imaginada:

representaciones culturales y discursos políticos en la
independencia peruana (Lima, 1821-1822)

TESIS

para optar el grado de Magíster en Historia

AUTOR

Rolando Rojas Rojas

ASESOR

Cristóbal Aljovín De Losada

Lima-Perú

2009

Quizá el obstáculo mayor a la comprensión del proceso de
independencia sea la creencia en su inevitabilidad.

Jaime Rodríguez O.

AGRADECIMIENTOS

La culminación de esta tesis no habría sido posible sin la colaboración de muchas personas y amigos que me brindaron sugerencias, comentarios, referencias bibliográficas y mucho aliento. En primer lugar, debo mencionar a mi asesor, Cristóbal Aljovín de Losada, por su constante supervisión y apoyo en el proceso de redacción. Al jurado informante compuesto por Antonio Zapata Velasco y Cristina Flórez por sus comentarios, sugerencias y ayuda bibliográfica.

Los capítulos de esta tesis se fueron desarrollando en los cursos de la Maestría de la Unidad de Post-Grado de la Facultad de Ciencias Sociales de San Marcos. Allí debo agradecer las observaciones y consejos de mis profesores Iván Millones, Eduardo Toche, María Emma Manarelli, Francisco Quiroz Chueca y Fernando Armas Asín.

Una versión previa de esta tesis fue leída y comentada gentilmente por Carlos Contreras, Scarlett O'Phelan, Cecilia Méndez y Carmen Mc Evoy, a quienes agradezco por sus críticas y sugerencias.

En el Instituto de Estudios Peruanos he contado con un ambiente muy estimulante para la investigación y el diálogo académico. El trabajo que he realizado con Toni Zapata ha sido muy provechoso para mi formación profesional y desarrollo personal. A él quisiera dedicar la presente tesis.

CONTENIDO

Introducción

1. Planteamiento del problema
2. El estado de la cuestión
 - 2.1 El discurso de la “concesión”
 - 2.2 El discurso nacionalista
 - 2.3 Un camino intermedio: el proyecto liberal
 - 2.4 Sobre el “silencio” y la acción indígena
 - 2.5 La retórica sobre los Andes
 - 2.6 La plebe urbana: entre la renuencia y la fragmentación
 - 2.7 Atisbos subversivos y control social
3. Fuentes

Capítulo I:

Lima sensualizada:

Disputas políticas entre los patriotas “extranjeros” y limeños

- 1.1 Lima era una fiesta
- 1.2 La libertad que vino desde fuera
- 1.3 Las razones del patriotismo limeño

Epílogo

Capítulo II

Invocando al inca:

Las élites y el discurso sobre los Andes

- 2.1 El indio es redimible
- 2.2 La tensión del discurso criollo

2.3 Indios detrás (y dentro) de las murallas

Epílogo

Capítulo III

Viciosos y alborotadores:

La “plebe” limeña y la revolución

3.1 Jugando con fuego popular

3.2 La cultura plebeya: fiestas y diversiones públicas

Epílogo

Conclusiones

Anexos

1. Memoria de Miguel Tafur (*El Sol del Perú*, 9 de mayo y 27 de junio de 1822)
2. Las ruinas de Pachacamac (*El Sol del Perú*, 14 de marzo de 1822)
3. Jugadas de toros (*El Sol del Perú*, 21 de marzo de 1822)

Fuentes y bibliografía

INTRODUCCIÓN

1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Se ha dicho que el Estado que emergió con la independencia peruana fue excluyente, débil y patrimonial: “la organización política que se levanta después de 1821 asume la total prescindencia y exclusión de la vasta mayoría de la población peruana”.¹ A eso se añade que la crisis económica y la precariedad del Estado lo hicieron presa de los intereses británicos, y que las pugnas de los caudillos militares tenían una lógica clientelista. No obstante, lo que no se explica a cabalidad es la naturaleza de la exclusión y las especificidades de la debilidad y del patrimonialismo estatal. Investigaciones de Cecilia Méndez, Carlos Aguirre, Charles Walker, Carmen Mc Evoy, entre otros, muestran que el Estado y el mundo de la política eran más complejos de lo que se supone.² La denominada “ruralización” del poder en la temprana república (el similar peso político de las regiones con relación a Lima) abrió espacios para la negociación de los grupos indígenas y urbano-populares con los caudillos, influenciando de este modo en la formación del Estado republicano.³ Así, como resultado de la activa participación política de “indios” y “plebeyos” urbanos, la imagen que emerge es de una constante redefinición del poder estatal y de la hegemonía criolla-mestiza.

Este trabajo estudia las bases subjetivas del Estado en el contexto de la independencia peruana, más específicamente, los vínculos entre las representaciones culturales y los discursos políticos. La idea es que el régimen republicano, restrictivo y criollo, no solo se fundamentó en la teoría e ideario político liberales, sino también en un discurso y un conjunto de culturales sobre los indios y las clases populares urbanas que dieron sentido y especificidad a la formación política del Perú independiente. Los

¹ Heraclio Bonilla, “Continuidad y cambio en la organización política del Estado en el Perú independiente”, p. 184. En: *Metáfora y realidad de la independencia en el Perú*. Lima: IEP, 2001.

² Cecilia Méndez, *The Plebeian Republic. The Huanta rebellion and the making of the peruvian state, 1820-1850*. Duke University Press, 2005; Carlos Aguirre, *Agentes de su propia libertad. Los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud, 1821-1854*. Lima: PUCP, 1993; Charles Walker, *De Túpac Amaru a Gamarra. Cusco y la formación del Perú republicano, 1780-1840*. Cusco: CBC, 1999; Carmen Mc Evoy, *Forjando la nación. Ensayos sobre historia republicana*. Lima: PUCP-The University of the South, Sewane, 1999.

³ Cecilia Méndez, *Op. cit.*; Fernando López-Alves, *La formación del Estado y la democracia en América Latina*. Bogotá: Norma, 2003.

discursos criollos sobre el indio y la “plebe” pretendían al mismo tiempo que involucrarlos en las guerras de independencia, limitar su lugar en la sociedad y tenerlos bajo control social. Era esta una forma de enfrentar y adaptarse a una época de ruptura y transformaciones que alteraban la estructura social y política del Antiguo Régimen, en la cual los grupos subalternos: indios, mestizos y negros emergían como actores políticos.⁴

Por otro lado, el proceso de independencia, siguiendo a François-Xavier Guerra, es visto en el marco de la formación y expansión de la modernidad en el mundo hispanoamericano. Al respecto, Guerra destaca la aparición de nuevas formas de sociabilidad que se fundan en la libre asociación y en la autoridad que nace de la representación voluntaria.⁵ En ese sentido, la política moderna consistirá en la competencia por ganar la opinión popular como nueva fuente de legitimidad; juegan en esto un papel importante los discursos y los hombres de letras. Pero los discursos no son solo instrumentos de la política moderna, sino que construyen y constituyen la realidad social: definen a sujetos y grupos sociales, establecen divisiones, jerarquías y valores que otorgan sentido y son funcionales al sistema de representación política.⁶ Así, el modo en que los criollos imaginaron la sociedad republicana está colmado de nociones como la extracción social, el prestigio económico, el estatus profesional, la pertenencia étnica y cultural, de género y otros, que impregnan y son consustanciales al régimen político. Asimismo, los discursos tienen “efectos prácticos”: inducen y regulan conductas; es decir, están íntimamente ligados a la cuestión del poder. No se puede entender la marginación política del indígena y los grupos populares sin las narrativas que los subalternizan, en tanto sujetos socioculturales.

⁴ El término “subalterno” lo usamos a la manera de Saurabh Dube, es decir, para expresar que la dominación económico-social tenía importantes dimensiones políticas y culturales. Saurabh Dube (coordinador), *Pasados poscoloniales*. México: El Colegio de México, 1999; Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán, *Debates Post Coloniales: Una introducción a los Estudios de la Subalternidad*. La Paz: Historias, Sephis, Aruwiwiri, 1997.

⁵ Las sociedades tradicionales se caracterizan porque el individuo está adscrito a un cuerpo o estamento social. Es decir, los vínculos entre los sujetos sociales dependen del nacimiento en un grupo determinado: pueblo, señorío, grupo étnico, etc. François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: FCE, Mapfre, 2001.

⁶ Stuart Hall (ed.), *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. London: Sage Publications, 1997.

Entonces, el eje de la reflexión está puesto en las relaciones entre cultura y poder; en los discursos que enunciaron las élites criollas que, en su pugna por controlar el Estado, fueron definiendo su lugar prominente en la sociedad, así como la posición que debían ocupar los indios y la “plebe” urbana. Asimismo, estos discursos surgen en un contexto de guerra. Se trata de un periodo excepcional porque, como lo señala Charles Tilly, en la construcción del Estado las clases guerreras y los recursos de la guerra juegan un papel clave.⁷ Los propios discursos se convierten en un terreno en el que se enfrentan los ejércitos; no por casualidad, todo ejército llevaba una imprenta y editaban sus periódicos y boletines. Por otro lado, con la independencia peruana se cristalizaron cambios a nivel del Estado que venían produciéndose en los últimos siglos. De la propuesta de Jean P. Genet, queremos resaltar la aparición y relativa autonomía de un cuerpo de funcionarios especializados en la administración pública, el proceso de centralización y nacionalización del sistema de recaudación tributaria, y la secularización y expansión de la cultura.⁸ Se trata de procesos de modernización del Estado que no pueden comprenderse enteramente sin una perspectiva cultural. Consideramos que esta investigación nos permitirá responder a la cuestión de: ¿cómo influyó el imaginario cultural criollo en la formación del Estado republicano?

Ahora bien, los criollos limeños que optaron por la independencia no eran un grupo uniforme. En efecto, los discursos que aparecen en los periódicos, pasquines y memorias de la época son heterogéneos y hasta pueden resultar contradictorios. Por ello conviene advertir que se ha privilegiado el estudio de los discursos más radicales o, como lo denomina Guerra, las voces del “grupo revolucionario” que será el motor del proceso independentista. Es verdad que muchas de las ideas y propuestas de igualdad y libertad ni siquiera se intentaron materializar. Pero aquí nos interesa aproximarnos a la complejidad de un periodo que, en el afán de resaltar las continuidades entre colonia y república, suele ser presentado como un proceso conservador. Para entender la formación del Perú contemporáneo es necesario calibrar las rupturas

⁷ Charles Tilly, *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*. Madrid: Alianza Editorial, 1992, p. 34.

⁸ Jean Phillippe Genet (ed), *L'État moderne. Genèse, Bilans et perspectives*. París: CNR, 1999; Jean Philippe Genet, “Genèse de l'Etat Moderne”. En: *Le Courier du CNRS*, LVIII, Paris, 1984; Cristina Flórez: “De la sociedad feudal a la génesis del Estado moderno”. En: *Agenda Internacional*, Revista del Instituto de Estudios Internacionales de la Pontificia Universidad Católica, Año VI, N° 12, Lima, 1999.

y los cambios que introdujo la independencia; o sea, adentrarnos a la “mutación cultural” a la que se refiere Guerra: la razón y los ideales modernos que asumieron y redefinieron a las élites y al Estado.

Este trabajo está organizado en tres capítulos. El primero aborda los discursos reivindicativos que los criollos limeños enunciaron para enfrentar a los patriotas “extranjeros” liderados por San Martín y Bernardo Monteagudo, quienes controlaban el poder político en Lima. Dichos discursos tenían el objetivo de legitimar sus aspiraciones políticas y el lugar preponderante que les correspondía en la estructura de poder. El punto es mostrar los modos en que las élites se representaron a sí mismas. Sucedió que los patriotas “extranjeros” fundaban su participación política sobre la idea de que los limeños carecían de valores republicanos y convicción por la independencia. Esto obligó a los criollos liberales a elaborar una defensa de su papel en el proceso de liberación, el cual puso énfasis en su contribución en el terreno ideológico y de propaganda política, sin el cual la acción armada del Ejército Libertador habría sido improductiva.

El segundo capítulo aborda las percepciones de las élites limeñas sobre el indio y la manera en que delimitaron su lugar en la sociedad. En esta parte se procura recuperar aquellos discursos que, tal vez sin ser dominantes, plantearon la reivindicación social y política del indio concreto y contemporáneo, con lo cual afloran los claroscuros de esos años de ruptura. Aquí la idea es ir más allá de la dicotomía que plantea que la retórica criolla incorporó el pasado incaico, pero marginó al indio contemporáneo. Por el contrario, lo que observamos más bien es que, con todas las limitaciones de la época, surge un lenguaje integrador. Se trata de discursos que, en el contexto de confrontación con España y de disputa por la opinión pública y el apoyo popular, proponían la incorporación gradual y parcial, pero efectiva, del indígena a la nación peruana.

El tercer capítulo examina el modo en que las élites criollas representaron a los grupos populares de Lima: negros, mestizos y blancos pobres que formaban la denominada “plebe”. Sobre estos, se enfatizaba su papel desestabilizador del orden social

debido a sus hábitos sensuales como los juegos de azar y las diversiones públicas, así como a su participación en las turbas y motines que alentaban los caudillos. En cierto sentido, las élites criollas concibieron a lo popular como espacio de desorden y el objetivo de esos discursos era su control social. Por otro lado, se observa el papel activo que tuvieron estos grupos en la vida cotidiana y los espacios públicos, así como su participación en las disputas políticas entre los caudillos, a los cuales presionaban para obtener prebendas y beneficios políticos.

2. EL ESTADO DE LA CUESTIÓN

2.1 El discurso de la “concesión”

En 1972 Heraclio Bonilla y Karen Spalding dieron a luz el ensayo “La independencia en el Perú: las palabras y los hechos”, destinado a encender un tenaz debate sobre los significados del proceso de independencia nacional. La tesis de Bonilla-Spalding sostenía que la ruptura con España tuvo su origen en la crisis política producida por la abdicación de Fernando VII al trono español y la consiguiente formación de Juntas de Gobierno en Hispanoamérica: Buenos Aires, Caracas, Chile, La Paz, Quito y Bogotá. Desde la perspectiva de estos autores, la independencia tenía relación, sobre todo, con “factores” externos. A su vez, esto se explicaba por la fragmentación política de los grupos sociales en el Perú, que había hecho imposible la emergencia de una conciencia nacional capaz de sustentar un movimiento revolucionario. En consecuencia, la intervención de los ejércitos continentales de San Martín y Bolívar se convertía en un factor decisivo; por ello, señalan, la independencia peruana habría sido “concedida más que obtenida”.⁹

Esta línea de interpretación fue llevada al extremo, años después, por Timothy E. Anna en su libro *La caída del gobierno español en el Perú*, donde señala que la declaración de independencia fue una imposición de San Martín sobre una capital intimidada ante la presencia del ejército patriota y desesperada por el desabastecimiento de alimentos. Para sustentar su afirmación, Anna recurre a testimonios de personajes

⁹ Heraclio Bonilla y Karen Spalding, “La independencia en el Perú: las palabras y los hechos”, pp. 41-79. En: *Metáfora y realidad de la independencia en el Perú*. Lima: IEP, 2001.

como Pedro Ángel de Tado, un cura español opositor a la independencia, quien escribió una carta al marqués de Castell-Bravo de Rivero donde afirmaba que los sucesos del 28 de julio de 1821 habían sido promovidos por abogados, clérigos y “empleaditos que se juzgaban agraviados en no tener los primeros destinos en el Perú”.¹⁰ Los informes, cartas y testimonios que utiliza Anna corresponden a documentación del Archivo General de Indias que recoge la versión realista sobre la independencia. Es el caso de Tado, quien es parte de la estructura del poder español y trata de justificar el fracaso del sistema colonial. La intención de Tado es presentar la independencia como el resultado de fuerzas extrañas, sin sustento local, soslayando las contradicciones generadas por la propia administración virreinal. Así, cuando acepta que hubo apoyo a la causa criolla de abogados, clérigos y otros funcionarios criollos, Tado tiene el cuidado de señalar que no responden a motivaciones ideológicas, sino al vulgar deseo de obtener algún puesto burocrático. Aquí lo raro sería que Tado resaltara la acción de los grupos que apoyaban la ruptura con España. La liberación peruana para este realista, que a su regreso a España solicitó y obtuvo de la Cámara de Indias un puesto en una iglesia local, solo podía ser obra de manos extranjeras y de la parte más ruin de los limeños.¹¹

Las interpretaciones de Anna contradicen pasajes anteriores de su libro, en los cuales plantea que la opinión pública contra España se vio incrementada al conocerse la victoria patriota en Chile. Así, afirma que Pezuela tuvo poco éxito en “suprimir la fiebre de independencia que comenzó a hacerse popular en el Perú”. Luego señala que el virrey informó a España “que había poca confianza entre la gente del común. Los indios y mestizos especialmente no eran favorables a la causa realista. Tampoco lo eran los esclavos, cuya actitud era ‘abiertamente decidida por los rebeldes, de cuya

¹⁰ Timothy E. Anna, *La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la independencia*. Lima: IEP, 2003, p. 238.

¹¹ Es importante señalar que Anna inicia su libro recuperando con profundidad las acciones reformistas de los liberales limeños en el contexto de la crisis política española producida por la abdicación del rey Fernando VII, así como el intrincado juego de posiciones políticas que tuvieron que encarar en el marco de las elecciones para las cortes de Cádiz, y en los intentos por implementar las reformas de la Constitución de 1812. En su texto, Anna destaca la capacidad del virrey Abascal para contener las tendencias liberales y trabar la aplicación de la constitución de Cádiz. Tal vez su aporte más significativo sea la presentación de los diversos factores con que tuvieron que lidiar los grupos liberales: el temor de involucrar a la masa indígena, la rivalidad con los grupos criollos de Chile y Buenos Aires, la fuerte identidad de los criollos con la cultura española, las maniobras políticas de Abascal, el decisivo poder militar que tuvieron los españoles en Lima.

mano esperan libertad””.¹² Seguidamente refiere que las desertiones en el ejército realista eran numerosas, “escandalosas, continuas e inacabables”, y que en pocos días se produjo la pérdida de batallones enteros. Por último, concluye: “en general, Lima era todavía leal al rey, pero las conspiraciones se estaban generalizando”.¹³ Si las conspiraciones se estaban generalizando, ¿podía decirse que Lima “en general” era leal al rey? Este contrasentido solo es explicable por la fuerza que tiene el discurso de la “concesión” al momento de interpretar la ambigüedad de los hechos que rodean al proceso de independencia.

Por su parte, Alberto Flores-Galindo en su libro *La ciudad sumergida*, aunque por otros caminos, llega a conclusiones similares a las de Bonilla-Spalding. Flores-Galindo analiza la conducta de la aristocracia limeña, particularmente el desempeño de la llamada “aristocracia mercantil”, gran parte de ella españoles llegados recientemente y beneficiarios del monopolio comercial.¹⁴ Estos son presentados como un grupo cohesionado y muy consciente de sus intereses. La institución que facilitaba su accionar articulado era el Tribunal del Consulado (el gremio empresarial de la época).¹⁵ Dada la identificación que tenían con España y los privilegios comerciales de que gozaban, no podía esperarse de la aristocracia limeña una posición opuesta al orden colonial. Por el contrario, la revolución de Buenos Aires y Chile significaba el bloqueo de mercados y una mayor competencia de los puertos de Buenos Aires y Valparaíso.

Asimismo, Flores-Galindo señala que el sistema colonial había probado su fortaleza derrotando rebeliones y revueltas, inclusive el gran movimiento de Túpac Amaru; por esto, para las elites mercantil y criolla apostar por la independencia era un cálculo bastante arriesgado. En efecto, las revoluciones en La Paz, Santiago de Chile, Caracas y otras ciudades no mostraban resultados definitivos y temporalmente fueron recuperadas por los realistas. Un informe del Tribunal del Consulado, escrito por

¹² Timothy E. Anna, *Op. cit.*, p. 202.

¹³ *Ibídem.*

¹⁴ Alberto Flores Galindo, *La ciudad sumergida. Aristocracia y plebe en Lima 1760-1830*. Lima: Editorial Horizonte, 1991.

¹⁵ Alberto Flores Galindo, “Independencia y clases sociales”. En: Alberto Flores Galindo (comp.), *Independencia y revolución (1780-1840)*, tomo I. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1987, p. 126.

1810 cuando se empezaban a formar las Juntas de Gobiernos, mostraba la decidida posición de los comerciantes: “Las Américas son una parte integrante y muy principal de la monarquía española. Unidas íntimamente a ella y conspirando siempre a su mayor lustre, prosperidad, es muy difícil que ningún poder extraño consiga trastornarla en ningún evento [...] Sea pues una misma cosa las Américas con la España pues que son una parte constitutiva, y tan principal de ella”.¹⁶

Luego de descartar la posibilidad del papel revolucionario de las elites locales, Flores-Galindo se pregunta: ¿podía nacer un movimiento liberador del conjunto de grupos subalternos conocidos como la “plebe” urbana? Al respecto, traza una imagen dividida del mundo popular por lo que llama la “tensión étnica”; es decir, las rivalidades, jerarquías y discriminaciones internalizados por los grupos populares que imposibilitaban su actuación como grupo social. Luego de referirse a la diversidad de personajes populares que aparecen en las tradiciones de Ricardo Palma, señala: “Esta suma de destinos particulares, en sentido estricto, no llegó a constituir una clase social, sino un conjunto tan heterogéneo como disgregado”. Así, la mirada de Flores-Galindo resaltaba el carácter conservador de los grupos criollos, y la fragmentación y el supuesto rol pasivo de las clases populares y los indios (sobre este tema volveremos más adelante). Por lo anterior, concluye: “la independencia fue proclamada tardíamente y la expulsión de los realistas solo fue posible después de 1821, mediante la intervención de los ejércitos de San Martín y Bolívar”.¹⁷

2.2 El discurso nacionalista

El discurso de la “concesión” de Bonilla-Spalding surgía en explícita oposición a la tesis de José Agustín de la Puente Candamo que, junto a otros historiadores vinculados a la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, constituida por el gobierno de Juan Velasco Alvarado, presentaba la emancipación como un “proceso nacional, como el resultado de una toma de conciencia colectiva, la cual, a su vez, sería la manifestación más evidente de la mestización de la población peruana”; con esta mestización se refería a “un proceso que llevó a la uniformidad e

¹⁶ *Ibidem*, p. 128.

¹⁷ Alberto Flores Galindo, *Op. cit.*, p. 14.

igualdad de los integrantes de la sociedad peruana”.¹⁸ Efectivamente, De la Puente Candamo señalaba que el proceso de independencia puso de manifiesto la unidad y la “vocación mestiza” del Perú. Planteaba que durante el virreinato se había formado la nación peruana, proceso que era “fruto de la misma vida del Perú, [y] no es imposición de los extraños sino ánimo viejo de las gentes de nuestra nación”.¹⁹ Así, la dominación hispana habría dado lugar a una historia solidaria entre criollos, mestizos e indios: “Este vínculo poderosísimo agrupa a los peruanos entre sí y los distingue al mismo tiempo de todo lo que no pertenece a esa comunidad”.²⁰

En las mismas coordenadas de interpretación se ubica Luis Durand Florez, quien planteaba que la independencia debía entenderse como un arco temporal que se iniciaba en la revolución de Túpac Amaru y culminaba con la victoria de Ayacucho: “El movimiento revolucionario [...] como el de Túpac Amaru en el Perú y otros similares, no solo están enlazados por pertenecer y originarse en la crisis general del colonialismo hispánico sino porque ellos abren la etapa revolucionaria que culmina con la batalla de Ayacucho en 1824”.²¹ A Durand Florez deben sumarse los estudios de Ella Dumbbar Temple, Gustavo Vergara Arias y Raúl Rivera Serna sobre las guerrillas y montoneras populares que combatieron por la ruptura con España. Si bien estos autores soslayan que los indígenas, mestizos y negros también estuvieron en el bando realista, sus aportes permiten entender el carácter popular de las guerras de independencia.

Jorge Basadre es más ponderado sobre el tema. En su libro *El azar en la historia y sus límites* revisa las numerosas acciones indígenas a favor y en contra de las fuerzas patriotas; mostrando que la participación indígena estuvo en ambos bandos, pero que de ningún modo podía hablarse de un “silencio popular”.²² Basadre lamenta la derro-

¹⁸ Bonilla y Karen Spalding, *Op. cit.*, p. 43.

¹⁹ José Agustín de la Puente Candamo, *Notas sobre la causa de la independencia del Perú*. P. L. Villanueva, Lima: 1971, p. 83.

²⁰ *Ibidem*, p. 88. Según De la Puente Candamo, el sentimiento religioso también habría jugado un rol unificador entre los grupos sociales, pues la independencia era obra de la comunidad entre los hombres y de la creencia cristiana en que somos iguales, hijos de Dios, hechos a Su imagen y a Su semejanza.

²¹ Luis Durand Florez, *Independencia e integración en el plan político de Túpac Amaru*. Lima: P. L. Villanueva, 1973, p. 10.

²² Jorge Basadre, *El azar en la historia y sus límites*. Lima: P. L. Villanueva, 1973.

ta de la revolución de los hermanos Angulo y del cacique Pumacahua, porque de ella “habría surgido un Perú nacional, sin interferencias desde afuera, y con una base mestiza, indígena, criolla y provinciana”.²³ Por otro lado, señala que los ejércitos de San Martín y Bolívar no solo coadyuvaron a la liberación del Perú, sino también al de Chile, Colombia, Ecuador y Bolivia, y que la opción peruana por el sistema republicano se hizo patente cuando la élite criolla tuvo que encarar las tendencias monárquicas y autoritarias de San Martín, que culminó con la expulsión de Monteagudo; y de Bolívar, que acabó con el derrocamiento de Santa Cruz a las pocas semanas de haberse jurado la constitución vitalicia. Por último, aclara que en el año que transcurre entre la salida de San Martín del Perú y el arribo de Bolívar, la conducción de la guerra quedó en manos de los criollos limeños, los que demostraron una declarada voluntad por la ruptura con España.

Ahora bien, la necesidad de reivindicar las acciones peruanas en el proceso de independencia es un tema antiguo. Podemos remontarnos a los estudios de Raúl Porras Barrenechea, escritos en el contexto del Centenario de la Independencia sobre los ideólogos y precursores, que tenían el objetivo de encontrar antecedentes de la emancipación en el pensamiento y acciones de personajes como José Faustino Sánchez Carrión, Hipólito Unanue, Manuel Lorenzo Vidaurre, entre otros.²⁴ O podemos trasladarnos incluso a la segunda mitad del XIX en el cual, aunque resulte paradójico, apareció el estudio del chileno Benjamín Vicuña Mackenna, *La independencia en el Perú*, escrito por encargo de *El Comercio* y publicado en entregas por este periódico. En él, Vicuña Mackenna plantea que la independencia de Hispanoamérica fue el resultado de una conmoción cultural en el continente, de la que el Perú no podía sustraerse. Reconstruyendo la acción de los liberales peruanos durante el proceso de convocatoria a las cortes de Cádiz y en el lapso efímero de la constitución de 1812, muestra que el proceso de liberación nacional no podía circunscribirse a los años de 1821-1824, en los cuales los patriotas peruanos al carecer de un ejército de las dimensiones del español, tuvieron que enlistarse a las órdenes de San Martín y Bolívar. En la misma línea que Vicuña Mackenna se ubica Francisco J. Mariátegui y sus *Ano-*

²³ *Ibidem*, p. 146.

²⁴ Sus trabajos están reunidos en Raúl Porras Barrenechea, *Ideólogos de la emancipación*. Lima: Editorial Milla Batres, 1974.

taciones redactado poco antes de fallecer en respuesta al libro de Mariano F. Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*. Mariátegui, protagonista de las luchas por la emancipación, redacta sus memorias para defender el papel de los criollos y del pueblo peruano en la independencia. Su relato está cargado de noticias sobre los patriotas que lucharon y murieron en las conspiraciones contra el poder español, y de críticas a la participación política de los ejércitos de San Martín. Cabe mencionar también las *Memorias* de José de la Riva-Agüero, escritas para defender la acción patriota de los limeños. Nos extenderemos sobre este punto en el capítulo siguiente.

2.3 Un camino intermedio: el proyecto liberal

Entre los extremos del discurso de la “concesión” y la perspectiva nacionalista, se ubica el esfuerzo por interpretar la independencia como un proceso de largo aliento que abarcó la lucha política de los liberales en el contexto de las cortes de Cádiz. Pablo Macera, por ejemplo, en *Tres etapas en el desarrollo de la conciencia nacional* señala que la participación peruana se ve seriamente menoscabada cuando el análisis de la emancipación se restringe a los años que van de 1821 a 1824: “Casi hemos sido considerados como españoles forzosamente llevados a la libertad”.²⁵ Macera estudia las ideas políticas de la intelectualidad criolla de inicios del siglo XVIII, la generación de *El Mercurio Peruano*, y los liberales que viven la crisis política en España entre 1808-1814. Lo que sostiene es que el ideario político y el lenguaje independentista ya están presentes a inicios del siglo XIX en autores como José Baquijano y Carrillo, José Ignacio Moreno, López Aldana, Hipólito Unanue y otros que dieron lucha política a través de periódicos como *El Peruano*, *El Verdadero Peruano* y *El Satélite del Peruano*. Estas publicaciones jugaron un rol clave en la difusión de ideas liberales y de un discurso político moderno que cuestionaron el absolutismo. Su aparición da cuenta del esfuerzo de constituir, aunque limitadamente, un espacio de opinión pública.²⁶ En efecto, a pesar de los hostigamientos de Abascal, el desarrollo de la

²⁵ Pablo Macera, *Tres etapas en el desarrollo de la conciencia nacional*. Lima: Ediciones Fanal, 1955, p. 11. Luego señalaba que escatimar la importancia de la participación peruana en su propia liberación, si no se debe “a la ignorancia y al descuido, podría atribuirse ésa y otras actitudes al deseo interesado de estimular una psicología de resignación y pasividad” (p. 12).

²⁶ Pablo Macera, “El periodismo en la independencia”. En: *Trabajos de historia*, tomo II. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1977. Para Macera los periódicos de esta primera época sirvieron

prensa política abrió la posibilidad de hablar abiertamente sobre el constitucionalismo y la soberanía popular como fuente de legitimidad política. En *El Peruano* del 5 de junio de 1812, por ejemplo, se decía que: “Los gobernadores no son el origen de la autoridad [...] Son responsables de todos a quienes hace infelices; pero el pueblo no responde excepto a Dios [...] La soberanía reside originalmente en ellos”.²⁷ El punto es que la retórica ideológica que aparece en estas publicaciones sería la misma que traerán San Martín y Simón Bolívar, por lo cual no podría desconocerse la labor política de los liberales limeños. La independencia, en ese sentido, no aparece como un rayo en cielo sereno.

Pero sobre todo debemos a José de la Riva-Agüero la idea un proyecto liberal alternativo a la independencia y al absolutismo; Riva-Agüero estudia a uno de los liberales limeños más importantes de la época: José Baquijano y Carrillo. La idea de Riva-Agüero es que los liberales se mantuvieron al margen de los movimientos revolucionarios, pero al mismo tiempo rechazaron el absolutismo, inclinándose por una salida reformista. Esta opción tenía sentido en el contexto de las cortes de Cádiz y era definitivamente una apuesta por la monarquía constitucional. La energía de estos liberales, entonces, se encauza en la participación en las cortes y en tratar de implementar las reformas y medidas constitucionales. Esto los lleva a enfrentarse a Abascal y a diferenciarse de los liberales de Buenos Aires y Chile que formaron Juntas Gubernativas. No obstante, el camino liberal dependía de los acontecimientos en España y del futuro de las cortes, donde los peninsulares tenían la mayoría de representantes. Asimismo, otra limitación era que estos liberales eran dependientes de los puestos burocráticos de la administración colonial. No eran propietarios como Bolívar o militares como San Martín. La propia condición de sus cargos les impedía, por ejemplo, regentar haciendas. Así, el retorno de Fernando VII al trono y la cancelación de la constitución de Cádiz cerraron la alternativa reformista. Según Riva-Agüero, cuando los liberales limeños se desengañaron de las esperanzas que pusieron en las reformas de las cortes, era demasiado tarde para intentar una sublevación “porque el poderoso

de referencia y a veces de modelo a los posteriores revolucionarios. “Y aunque académico como el *Mercurio Peruano* o hecho para entretener, pero sin propósito político como el *Diario de Lima*, el periodismo produjo un efecto revolucionario en el sistema de las comunicaciones sociales” (p. 328).

²⁷ Citado en Timothy E. Anna, *Op. cit.*, p. 102.

ejército que las operaciones militares reunieron en el territorio del Perú hacía infructuosas las más valientes y mejor combinadas conjuraciones”.²⁸

Por su parte, Juan Abugattás apunta que la opción reformista de los criollos se debía a los recelos ante la expansión de los ejércitos de San Martín y Bolívar, señalando que lo que querían los peruanos era una independencia “imponiendo sus propias condiciones”.²⁹ En ese sentido, analiza los escritos de José de la Riva-Agüero y Juan Pablo Vizcardo y Guzmán como expresión del desarrollo de una ideología criolla a favor de la independencia, pero enfatizando que los criollos creían que si la dirigían los patriotas “extranjeros”, serían relegados a un segundo plano, existiendo la posibilidad de ser absorbidos por la Gran Colombia o Buenos Aires. Por último, llama la atención sobre las posiciones divergentes al interior de los criollos liberales; los limeños propenderían a la conspiración y el complot, en tanto que los provincianos, como los hermanos Angulo en el Cusco y Francisco de Zela en Tacna, propendieron a los levantamientos armados.

Guardando las diferencias, el trabajo de Scarlett O’Phelan nos ofrece una perspectiva regional y está orientado a buscar expresiones anticoloniales en el Perú de fines del XVIII e inicios del XIX, en particular en el sur andino y el Alto Perú. O’Phelan parte de que Lima y el sur andino tenían lógicas económicas y políticas diferentes, pues la región sureña estaba articulada a Potosí y al circuito mercantil que alentaba la explotación de la plata.³⁰ Esta particularidad se manifestó en programas políticos de reivindicación regional y en personajes como Juan Antonio Figueroa que aparece en 1780 en la sublevación de Túpac Amaru y luego en la revolución de La Paz en 1809, donde fue ejecutado. No obstante, este regionalismo sureño languideció en las murallas de Lima y su aislamiento hizo que los grupos rebeldes perdieran óptica para encarar la última y definitiva fase de la emancipación de carácter nacional (1821-1824). Para O’Phelan, la independencia le fue “concedida” al sur andino no por carencia de

²⁸ José de la Riva-Agüero, *Obras completas, tomo VII: La emancipación y la república*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1971, p. 79.

²⁹ Juan Abugattás, “Ideología de la emancipación”. En: Alberto Adrianzén (ed.), *Pensamiento político peruano*. Lima: Desco, 1987, p. 50.

³⁰ A diferencia de Lima, la élite provincial sureña no gozó de los beneficios del monopolio comercial y muchas veces optó por una salida radical que implicó la ruptura con el dominio colonial.

una dinámica propia de lucha social o de iniciativa de los sectores criollos liberales, sino porque “sus programas se limitaron a buscar reivindicaciones tan inmediatas como locales, sin visualizar el proceso por el cual atravesaba Hispanoamérica en su conjunto”.³¹

2.4 Sobre el “silencio” y la acción indígena

Otra tesis de Bonilla-Spalding sostiene que los indígenas habrían asistido de modo “impasible” al proceso de independencia y que aquellos que participaron: “eran indios, reclutados [...] por la fuerza y el engaño”; luego concluyen que el hecho fundamental de la independencia fue el “gran silencio de las masas populares del Perú”.³² La idea que subyace en la cita es que la población indígena no había desarrollado una conciencia nacional y que, por tanto, su incorporación a los bandos patriota y realista se explicaba por la manipulación y/o coerción. Desde esta perspectiva, las guerras de independencia y la disputa por el poder político se habrían dado entre fuerzas extranjeras (ejército realista y ejército de San Martín y Bolívar). Con esto se cuestionaba los esfuerzos de los historiadores de la Comisión del Sesquicentenario por demostrar que los indígenas se habían decidido por la independencia, participando no solo en las tropas de los ejércitos patriotas, sino también de modo autónomo mediante la formación de montoneras y guerrillas organizadas y dirigidas por líderes indígenas.

En efecto, según Raúl Rivera Serna fue el “móvil patriótico” lo que impulsó a indígenas y mestizos a formar guerrillas y coordinar con San Martín el combate a los realistas. Su tarea habría sido herirlos por los flancos y la retaguardia, cortar sus vías de abastecimiento y emboscarlos en quebradas y lugares escarpados; esta labor se complementaba con el de propaganda y espionaje. Entre sus líderes, se destaca a Ignacio Quispe Ninavilca, un indígena de Huarochiri que dirigió guerrillas en las inmediaciones de Lima y los caminos hacia Huancayo; otro líder importante fue Francisco de Vidal, natural de Supe quien organizó montoneras al enterarse del desembarco de

³¹ Scarlett O’Phelan Godoy, “El mito de la ‘Independencia concedida’: los programas políticos del siglo XVIII y del temprano XIX en el Perú y Alto Perú (1730-1814)”. En: Alberto Flores Galindo (comp.), *Independencia y revolución*, tomo II. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1984, p. 199.

³² Heraclio Bonilla y Karen Spalding, “La independencia en el Perú: Las palabras y los hechos”. En: Heraclio Bonilla, *Op. cit.*, p. 63.

San Martín. Aquí el hecho es resaltar que la población indígena participó activamente en la gesta patriótica. Gustavo Vergara Arias, por su parte, pone énfasis en el papel estratégico que jugaron montoneras y guerrillas en el proceso de militarización y control social del Ejército Libertador, en el sentido de que estos grupos armados sirvieron para involucrar a la población civil y tender redes de abastecimiento y apoyo para sus ejércitos. La formación voluntaria de estos grupos sería “la manifestación más clara del espíritu de rebeldía y libertad del hombre peruano”.³³ Vergara Arias dice que estas fuerzas fueron incentivadas por San Martín quien nombró al Sargento Mayor Isidoro Villar, Comandante General de Guerrillas. Estas fueron claves para el sitio de Lima; recorrían Canta, Huachipa y Santa Eulalia, llegando a constituir varios miles de hombres que hostigaban a las fuerzas realistas, desgastándolas y precipitando la evacuación de Lima. Un espía de San Martín decía que estos “indios no quieren dar Cuartel” a ningún español o realista que dejaba las murallas de la capital, procediendo a eliminarlos.

Pero lo más significativo de los trabajos de Rivera Serna y Vergara Arias consiste en mostrarnos cómo las guerras de independencia militarizaron la sociedad peruana y trastornaron el orden social. La independencia hizo colapsar a la aristocracia mercantil, como señala Flores-Galindo, pero también recompuso las disposiciones sociales de los de “abajo”, dando lugar al surgimiento de líderes y cabecillas populares, como los “capitanes” de montoneros, jefes guerrilleros y agitadores de “turba” que se convirtieron en piezas indispensables de la política caudillista de la temprana república. Esto puede entenderse como la pugna de sectores populares por la distribución de poder social y político. Rivera Serna cuenta el caso del guerrillero Ricardo Barahona que hacia 1822 actuaba en Cerro de Pasco y se hacía llamar Comandante Militar, con el supuesto grado de Teniente o Capitán. Por otro lado, muchos jefes indígenas y mestizos fueron integrados formalmente al ejército peruano como oficiales de bajo y mediano rango, y otros asumieron cargos políticos de gobernación en sus partidos y

³³ Gustavo Vergara Arias, *Montoneras y guerrillas en la etapa de la emancipación del Perú, 1820-1825*. Lima: Salesiana, 1973, p. 193. Vergara Arias distingue a las montoneras como grupos poco organizados, con líderes locales propios y autónomos, pero que actuaban en coordinación con el Ejército Libertador, mientras que las partidas de guerrillas estaban más articuladas al control de San Martín y muchas veces tenían como jefe a un militar de carrera que era solventado por el ejército; estas guerrillas recibían entrenamiento y apoyo en armamento.

pueblos. A Ignacio Quispe Ninavilca, Torre-Tagle lo nombró el 7 de setiembre de 1821, Sargento Mayor graduado de infantería; luego José Antonio de Sucre lo nombraría jefe de las partidas de Huarochiri “con cierta independencia con respecto del comando general”.³⁴ Asimismo, Sucre nombró a Francisco Vidal Comandante General de las Partidas de Yauli, con facultad de operar hasta Jauja. Con ellos, una nutrida capa de jefes y líderes guerrilleros obtendrán nombramientos militares y cargos públicos, como el caso de José Guillermo Cayro, nombrado por Riva-Agüero gobernador del partido de Huarochiri el 3 de marzo de 1823.

Ahora bien, de los trabajos mencionados queda claro que montoneras y guerrillas también fueron formadas para apoyar al ejército realista, y no faltaron casos de cambio de bandos. La fragmentación social y política que refieren Bonilla-Spalding no necesariamente se tradujo en inmovilidad o “silencio” de las clases populares, sino que bloqueó las posibilidades de articular acciones y tener una expresión colectiva. El problema también estuvo en la carencia de un ejército nacional con un liderazgo centralizado y de base popular. Esta alternativa pareció vislumbrarse durante el enfrentamiento entre Bolívar y Riva-Agüero, cuando este último logró el respaldo de los más importantes líderes y grupos de guerrillas, como Quispe Ninavilca, Marcelino Carreño, García Mancebo, Francisco Herrera, Miguel Echari, José Vallejos, entre otros; sin embargo, sus tratos con La Serna para expulsar a Bolívar ocasionaron el retiro del apoyo de montoneras y guerrillas.

Por su parte, Cecilia Méndez, en *The Plebeian Republic*, ha planteado que los grupos indígenas que participaron de las guerras de independencia tuvieron sus propios intereses y pugnaron por influenciar y moldear el naciente sistema político. Méndez destaca el peso político de la sociedad rural en la formación del Estado republicano. La idea es que, al menos durante las primeras décadas, a los caudillos (*nation builders*) les era indispensable las alianzas con los grupos indígenas. La importancia del campesinado en las guerras de independencia y los conflictos entre caudillos serían indicadores de la “ruralización del poder” y la plebeyización de la política.³⁵ El caso

³⁴ Raúl Rivera Serna, *Los guerrilleros del Centro en la emancipación peruana*. Lima: P. L. Villanueva, 1958, p. 98.

³⁵ Cecilia Méndez, *Op. cit.*, p. 13.

de los iquichanos es ilustrativo al respecto, pues no solo participaron activamente en las guerras de independencia, sino que influenciaron en los posteriores gobiernos republicanos. Méndez señala que la movilización política de los iquichanos y su búsqueda por incluir sus intereses en las disputas por el poder, los llevó a establecer alianzas con las fuerzas realistas y luego con caudillos liberales como Santa Cruz en el decenio de 1830.³⁶

2.5 La retórica sobre los Andes

Acerca de los discursos sobre el indios, Cecilia Méndez ha propuesto que, en el contexto de la Confederación Perú-Bolivia (1836-1839), los criollos limeños incorporaron a su retórica nacionalista la figura del inca y los símbolos prehispánicos, pero excluyeron al indio concreto y contemporáneo de la esfera pública debido a que lo consideraban inferior o, por lo menos, menor de edad.³⁷ Esta idea ha sido llevada a la época de la independencia por Claudia Rosas Lauro en su trabajo “La reinvención de la memoria”, donde dice que los criollos trataron de legitimar sus posturas independentistas apelando a la memoria incaica, a los indios del presente “a quienes se les achacaba una serie de prejuicios como la ignorancia, la borrachera, la litigiosidad, la ociosidad y demás vicios negativos”.³⁸ Volveremos a este punto en el capítulo II de este trabajo.

Pablo Macera tiene una posición menos rígida sobre el tema. Según él, las ideas modernistas (ciencias y política), así como los cambios políticos y económicos en Europa e Hispanoamérica, modificaron la forma de percibir la realidad de los criollos peruanos, gestándose una cierta conciencia nacional. Consecuencia de ello es el interés por el pasado incaico, la revalorización de los monumentos arqueológicos y el debate sobre la situación social del indio. En efecto, al menos desde *El Mercurio Peruano*, se manifestó la preocupación por “conocer la condición económica y social del indí-

³⁶ *Ibidem.*

³⁷ Cecilia Méndez, *Incas sí, indios no: apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. Lima: IEP, 1993.

³⁸ Claudia Rosas Lauro, “La reinvención de la memoria. Los incas en los periódicos de Lima y Cusco, de la Colonia a la República”. En: Luis Millones (ed.), *Ensayos de historia andina*. Lima: UNMSM, 2005.

gena, surgiendo con optimismo planes de reforma”.³⁹ Sin embargo, señala Macera, este fue un “nacionalismo *criollo* y no peruano”, que no pudo escapar el sentimiento de superioridad y los prejuicios raciales. Solo con posteridad, con la Constitución de Cádiz y durante el periodo de emancipación, “el criollo descubrió como suyas a la tradición y a la historia indígenas y vio en el Indio a un hermano, a un compatriota, al menos en el texto de la ley y la doctrina”.⁴⁰

En esta línea, una perspectiva renovadora es la de Charles Walker, quien estudia los escritos de Manuel Espinavete López, el chileno Miguel de Eyzaguirre y de José de Larrea y Loredó, autores de fines del siglo XVIII que asumieron una visión incluyente del indio. En efecto, en ellos la condición del indio es presentada como resultado del colonialismo español y no como una derivación natural o racial. Así, para Espinavete el indio podía integrarse a la vida pública vía el mercado y la justa remuneración laboral.⁴¹ A su vez, el chileno Miguel de Eyzaguirre cuestionaba la imagen del indio ocioso, señalando que de pagarse al indio un salario similar al español o mestizo, habría “trabajadores de sobra”.⁴² Por su parte, José de Larrea y Loredó comparaba el imperio incaico con Roma para concluir que su decadencia se debía a los tres siglos de colonialismo.⁴³ Aquí la idea es que, en el contexto de las reformas borbónicas y de las ideas ilustradas, un sector de criollos tuvo que formular una definición de la nación peruana que incluyera al indio. En similares coordenadas a la de Walker se ubica el trabajo de Jorge Bracamonte, quien analiza los escritos de Hipólito Unánue y propone que este elaboró un discurso para rechazar la inferioridad americana e indígena porque comprendió que una nación moderna no podía excluir a la mayoría indígena.⁴⁴

³⁹ Pablo Macera, “El indio visto por los criollos y españoles”. En: *Trabajos de historia*, tomo II. Lima: INC, 1977, p. 319.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 324.

⁴¹ Charles Walker, “Voces discordantes: discursos alternativos sobre el indio a fines de la colonia”. En: *Entre la retórica y la insurgencia: las ideas y los movimientos sociales en los Andes, Siglo XVIII*. Cusco: CBC, 1996, p. 100.

⁴² *Ibidem*, p. 102.

⁴³ Citado en Charles Walker, *Op. cit.*, p. 106.

⁴⁴ Jorge Bracamonte, “La formación del proyecto aristocrático: Hipólito Unánue y el Perú en el ocaso colonial. En: Luis Miguel Glave y Jorge Bracamonte, *Crisis colonial: revoluciones indígenas e independencia*. Lima: SUR, Derrama Magisterial, 1996.

En el contexto de las cortes de Cádiz, los discursos a favor de la incorporación parcial del indio tomaron nuevos brillos, particularmente con la convocatoria a elección de representantes de los cabildos. Esto significó su incorporación oficial al juego político, poniendo en cuestión las bases de poder tradicionales en los lugares donde el indio era mayoría.⁴⁵ Las cortes también abolieron la mita, lo que dinamizó la acción política de las comunidades que pugnaron por hacer cumplir este dispositivo; Christine Hünefeldt ha registrado diversas protestas campesinas para que los patrones cumplieran con remunerar el trabajo indígena. Obviamente hubo resistencia de los poderes locales criollos y españoles, pero el punto es que en este periodo puede observarse con mayor claridad la “agencia” política indígena, que obligó a algunas autoridades coloniales a defender el derecho de los indios a ser delegados en sus cabildos; en Arequipa, por ejemplo, la respuesta al reclamo de los españoles ante el “peligro” de que los indios ganaran las elecciones fue: “Sobre quienes deben ser alcaldes, no puede hacerse distinción de clases, pues siendo todos ciudadanos, los yndios pueden legítimamente serlo”.⁴⁶

En buena cuenta, el discurso criollo liberal fue variando conforme se producían los cambios políticos e iba ganando terreno el pensamiento moderno. Ya en el contexto de la independencia, se puede observar la revalorización del pasado incaico y de la cultura andina. Natalia Majluf, en su ensayo “De la rebelión al museo: genealogías y retratos de los incas, 1781-1900”, refiere que los criollos independentistas apelaron a los símbolos e imágenes incaicas para darle contenido a su discurso antiespañol. De acuerdo a Majluf, los criollos se propusieron establecer una continuidad entre los incas y los líderes de la independencia como Simón Bolívar o José Antonio de Sucre. Así, en octubre de 1825 cuando se celebró en Lima el nacimiento de Bolívar, en el vestíbulo de Palacio de Gobierno se colocó junto a la imagen de José Antonio de Sucre, una que representaba al “inca Viracocha revestido de los atributos del imperio y seguido de vírjenes del Sol”; asimismo, aparece Bolívar que, “cabalgado en un soberbio caballo, pisaba un suelo sembrado de cadáveres españoles; viéndose a distan-

⁴⁵ Christine Hünefeldt, “Los indios y la Constitución de 1812”. En: *Allpanchis*, nº 11-12, 1978, p. 34.

⁴⁶ Citado en Francisco Núñez, “La participación electoral indígena bajo la Constitución de Cádiz (1812-1814). En: Cristóbal Aljovín de Losada y Sinesio López, *Historia de las elecciones en el Perú. Estudios de sobre el gobierno representativo*. Lima: IEP, 2005, p. 386.

cia parada la Libertad de un pico de los Andes”.⁴⁷ Retratos de incas, imágenes de los Andes y el Sol, entre otros, se fusionaron con símbolos republicanos en un intento de legitimar una retórica criolla nacionalista. Vistas en perspectiva temporal, las representaciones pictóricas de la independencia presentan un puente entre las imágenes de los incas y curacas del periodo colonial que funcionaban como símbolos de poder y estatus de los nobles indígenas,⁴⁸ y los héroes de la independencia hispanoamericana como Bolívar o Sucre, que buscaban legitimar el poder que venían acumulando en los campos de batalla.

No obstante, el problema de fondo era el carácter esencialmente retórico de la ideología criolla porque, pese a algunas voces como Belgrano, nunca se planteó la posibilidad de incorporar la estructura de poder indígena a la nueva formación política. En realidad, luego de casi tres siglos de dominación colonial, solo los curacas –en tanto institución política– habían logrado persistir; no obstante, como señala O’Phelan, eran un poder erosionado por las reformas borbónicas que habían expandido la figura del cacique “intruso” o “de favor”.⁴⁹ Así, la figura del inca se perpetuaba en el discurso nacionalista y en sobrevivientes de la nobleza curacal como Justo Apu Sahuaraura o José Domingo Choquehuanca, como una forma de mantener su prestigio social frente a un Estado que tendía a la disolución de los títulos nobiliarios. En adelante, la incorporación del indio había de plantearse en el marco de construcción del Estado republicano y de los proyectos modernizadores.

2.6 La “plebe” urbana: entre la renuencia y la fragmentación

La ausencia de una sublevación de los grupos populares de Lima ha sido una de las grandes preocupaciones de la historiografía peruana. Sobre el tema, Alberto Flores-Galindo señalaba que la explicación del caso residía en su fragmentación social y

⁴⁷ Gaceta de Gobierno de Lima, 8, n° 35, 30 de octubre de 1825. Citado en Natalia Majluf, *Op. cit.*, p. 273.

⁴⁸ Según Teresa Gisbert, la iconografía de los linajes de la nobleza india, promovida por sus descendientes, testimoniaban la existencia de una nación india dentro de la estructura virreinal que pugnaba por mantener su identidad y por evidenciarse. Teresa Gisbert, “Estudios preliminar”. En: Justo Apu Sahuaraura Inca, *Los recuerdos de la monarquía peruana o bosquejo de la historia de los incas*. Lima: Fundación Telefónica, 2000.

⁴⁹ Scarlett O’Phelan, *Kurakas sin sucesiones. Del cacique al alcalde de indios. Perú y Bolivia, 1750-1835*. Cusco: CBC, 1997.

cultural de la “plebe”. Como se adelantó, la heterogeneidad y los conflictos internos bloquearon su constitución como clase social, primando lo que Flores-Galindo llama la “tensión étnica”; es decir, los prejuicios y recelos fomentados por el ordenamiento colonial que separaba y jerarquizaba a la población en españoles, indios y castas. Al interior de las clases populares esto se expresaba en la violencia y agresividad cotidianas, cuya consecuencia era la tendencia de los grupos étnicos a “vivir separados”.

Flores-Galindo presenta la vida cotidiana de la “plebe” como un torbellino de violencia que hacía imposible cualquier tipo de cohesión social: “En la vida cotidiana los enfrentamientos étnicos contraponían a las propias capas populares”. De los expedientes contenciosos, extrae la historia de Isidro Peña, un mestizo natural de Pisco, de oficio arriero, quien un día cualquiera que ingresa a Lima llevando leña desde Santa Inés tiene una pelea con un zambo esclavo, quien lo arremete, le arroja piedras, lo deja malherido y, en todo momento, no cesa de insultarlo, “choleándolo” y diciéndole “otras palabras deshonestas”.⁵⁰ La imagen que resulta es de una violencia cotidiana que invade y debilita el ámbito familiar. Señala Flores-Galindo que entre 1760 y 1810, en el Arzobispado de Lima se presentaron 390 demandas de divorcio, de las cuales 289 fueron planteadas por mujeres. Las acusaciones más usuales que esgrimen estas contra sus maridos son el maltrato físico, las injurias, la falta de manutención, en tanto que ellos les enrostran abandono y libertad de costumbres: “El cargo de adulterio aparece en ambas partes, aunque es más frecuente contra las mujeres. La familia era, de esta manera, otro terreno de confrontación”.⁵¹ Grupos sociales con estas características no podían construir un movimiento anticolonial. Por el contrario, era en esta fragmentación social y en la contradicción de intereses donde “el orden colonial encontraba la mejor garantía para su estabilidad”.⁵² Con todo, cabe señalar que esta posición de Flores-Galindo se modifica en *Buscando un Inca*, donde resalta el rol jugado por las montoneras junto al Ejército Libertador, que si bien son grupos de apoyo subordinados y controlados por los mandos militares, respondía a “la nece-

⁵⁰ Alberto Flores Galindo, Op. cit., p. 136.

⁵¹ *Ibidem*, p. 137.

⁵² Alberto Flores Galindo, “Independencia y clases sociales”. En: Alberto Flores Galindo (comp.), *Independencia y revolución (1780-1840)*, tomo I. Lima: Instituto Nacional de Cultura, p. 141.

sidad perentoria de movilizar a indios contra españoles” y al “intento de trazar algunos puentes entre la vertiente occidental y la vertiente andina del Perú”.⁵³

Ahora bien, la imagen de “vivir separados” ha sido reconsiderada por Jesús Cosamalón en *Indios detrás de la muralla*. Cosamalón propone que hubo en la Lima colonial innumerables relaciones matrimoniales y de convivencia entre los diversos grupos étnicos. Cotejando las partidas matrimoniales y de bautizo de la parroquia de Santa Ana, muestra que la “mezcla” racial estuvo bastante difundida entre blancos, negros, indios, mestizos y chinos.⁵⁴ De ahí la necesidad de establecer complejas y numerosas categorías raciales (mulato, zambo, cuarterón, cholo, etc.). Estos “cruzamientos”, aunque en menor proporción, también ocurrieron entre blancos y mujeres negras o indias. Si las relaciones interétnicas se daban con bastante frecuencia y los enfrentamientos eran más bien relativos, ¿a qué se debió la ausencia de una acción colectiva y de una revuelta popular? Una línea explicativa surge del trabajo de Carmen Mc Evoy, “El motín de las palabras”, en el cual aparece que entre la “plebe” urbana y la aristocracia limeña se tendieron relaciones de clientela y padrinzgos que generaron lealtades políticas. Estas redes sociales y políticas hacia arriba dieron cierta cohesión y sostén a la sociedad colonial, al mismo tiempo que debilitaron articulaciones horizontales de los de abajo.

2.7 Atisbos subversivos y control social

Pese a que no hubo una revolución de carácter popular, existieron grupos de la “plebe” en armas. Por ejemplo, Flores-Galindo ha relatado el motín popular del 4 de julio de 1821 cuando las tropas de La Serna abandonaron la ciudad y una multitud se desplazó saqueando casas y tiendas. Sin embargo, señala que este motín careció de proyección política, organización y liderazgo popular, siendo más bien una respuesta espontánea e incluso instigada contra ciertos personajes realistas. En efecto, los amotinados solo tocaron las casas y tiendas de aquellos que habían huido con La Serna o estaban refugiados en el Real Felipe.

⁵³ Alberto Flores Galindo, *Buscando un Inca: identidad y utopía en los Andes*. Lima: Editorial Horizonte, 1988, p. 253.

⁵⁴ Jesús Cosamalón, *Indios detrás de la muralla*. Lima: PUCP, 1999.

Por su parte, Gustavo Montoya analiza la formación de los llamados “cuerpos cívicos”, especie de milicias urbanas auspiciadas por Bernardo Monteagudo para mantener el orden interno de la capital, así como para tener bajo control a los españoles que conspiraban contra el Protectorado y, en general, a aquellos que creaban una corriente de opinión crítica a San Martín. El temor de españoles y criollos era que estas milicias populares desembocaran en una revuelta como en Haití.⁵⁵ Según Arnaldo Mera Ávalos, este temor se inició con la victoria de los patriotas en Chile y el progresivo enrolamiento de negros en el ejército de San Martín que había desembarcado en Pisco; las élites criollas se sintieron aisladas y temerosas de un desborde de grandes proporciones.⁵⁶

De otra parte, Gabriel Ramón Joffré ha señalado que el protagonismo de las clases populares en la vida cotidiana se debió a que la independencia relajó los mecanismos de control implementados por los borbones, provocando una suerte de “plebeyización” de los espacios públicos urbanos. Ramón Joffré nos presenta la imagen de una Lima atestada y trajinada por personajes populares: vendedores ambulantes, merca-chifles, cajoneros, vivanderas, así como de fiestas, costumbres y diversiones públicas.⁵⁷ La coexistencia de una ideología ilustrada y el copamiento plebeyo de los espacios públicos es lo que permite entender los discursos criollos que, por un lado, apelan a la soberanía popular como fuente de legitimidad de los gobiernos, y al mismo tiempo proponen el control social mediante la reforma de la cultura popular y leyes de vagancia y conscripción militar.

En lo que corresponde a este trabajo, vamos a resaltar los efectos revolucionarios del proceso de independencia en las clases populares. Particularmente, la aparición de un espacio público, el cual significó la apelación a los grupos urbanos para legitimar las aspiraciones de poder de los caudillos. Los esclavos y la plebe fueron incorporados a

⁵⁵ Gustavo Montoya, *La independencia del Perú y el fantasma de la revolución*. Lima: IEP, IFEA, 2002.

⁵⁶ Arnaldo Mera Ávalos, “Cuando *la patria* llegó a la capital: el miedo ante el advenimiento de la Independencia, 1820-1821”. En: Claudia Rosas Lauro (ed.), *El miedo en el Perú, siglos XVI al XX*. Lima: PUCP, SIDEA, 2005.

⁵⁷ Gabriel Ramón Joffré, *Las murallas y los callejones*. Lima: Prom-Perú, 2000.

los ejércitos patriotas y realistas, y luego participaron en las guerras civiles, ganando protagonismo en tanto actores políticos. Estos grupos contaban con sus organizaciones –bandas y montoneras– y con liderazgos propios que les permitieron negociar su apoyo a las fuerzas políticas en disputa. Consecuencia de ello será la asimilación de jefes populares en cargos políticos y militares de bajo y mediano rango, pero que resultaban claves para movilizar a la multitud. Si a esto sumamos el ascenso de los mestizos del ejército y la expulsión y ruina de muchos miembros de la aristocracia limeña, podemos hacernos una idea de la conmoción social, política y cultural que produjo la independencia.

3. Fuentes

En la primera parte de esta investigación exploramos la prensa de la época. Se revisó la totalidad de los periódicos que aparecieron en los años de independencia, pero solo en los que a continuación citamos encontramos información relevante para nuestro estudio: *La Abeja Republicana*, *El Correo Mercantil*, *Político y Literario*, *El Sol del Perú*, *Los Andes Libres*, *El Tribuno de la República Peruana*, *La Cotorra*, *El Peruano*, *El Triunfo de la Nación*, *El Pacificador*, *El Americano*. Luego revisamos la Colección Documental de la Independencia del Perú, donde sobresalen los bandos, decretos, proclamas, memorias, papeles y otros sobre el Protectorado de San Martín (Tomos I-XVII), luego están las Relaciones de viajeros (citados con detalle en la bibliografía) que constituyen relatos y testimonios pormenorizados sobre la situación política, social y económica del Perú en el proceso de independencia. Desde luego, las memorias de personajes claves como José de la Riva-Agüero, Francisco J. Mariátegui, Bernardo Monteagudo y otros, permiten confrontar las percepciones de los actores políticos. En la Sala de Investigación de la Biblioteca Nacional y en el Archivo del Instituto Riva-Agüero pudimos hallar documentos, cartas y papeles como los publicados por Manuel Odriozola sobre la etapa de la emancipación. Hemos utilizado también la producción poética de la época que está publicada en la Colección Documental de la Independencia del Perú, y *Nuestro Romancero* editado por Rubén Vargas Ugarte.

CAPÍTULO I:
LIMA SENSUALIZADA. DISPUTAS POLÍTICAS ENTRE PATRIOTAS
“EXTRANJEROS” Y LIMEÑOS

“[...] ya estoi aburrido de oir decir que quiero hacerme Soberano [...]”

José de San Martín

En este capítulo se analiza el discurso de autorrepresentación que enunciaron los criollos liberales de Lima en su confrontación con los patriotas “extranjeros”. Este conflicto se originó debido a que San Martín y Bernardo Monteagudo asumieron el control del naciente Estado peruano, desplazando las aspiraciones de criollos locales como José de la Riva-Agüero, Faustino Sánchez Carrión o Francisco J. Mariátegui. Para legitimar su participación política, los patriotas “extranjeros” echaron mano de los discursos e imágenes que presentaban a los limeños como individuos dominados por los placeres sensuales, motivo por lo cual habían sido renuentes a involucrarse en las revoluciones independentistas. El mensaje final era que si los limeños no habían luchado por su libertad, estaban deslegitimados para autogobernarse. Como respuesta, los liberales limeños desarrollaron un discurso autorreivindicativo, argumentando que en el contexto de la constitución de Cádiz y de la libertad de imprenta los liberales criollos habían demostrado sus credenciales en contra del absolutismo, enfrentándose al virrey Abascal. Este conflicto se convirtió en una verdadera disputa por la memoria histórica y por posicionar interpretaciones en la opinión pública. Los liberales limeños concluían sus críticas calificando al Protectorado de San Martín de tiranía y usurpación política.

El capítulo está dividido en tres partes y un epílogo. En primer lugar, analizamos el discurso del “limeño sensual” que cristalizó hacia finales del periodo colonial, y que será usado luego para explicar la “tardía” independencia de Lima. En segundo lugar, veremos que este discurso, instrumentalizado por el grupo de patriotas extranjeros (platenses, chilenos, colombianos), tenía el objetivo de deslegitimar la participación de los limeños en el poder político y crear un campo semántico favorable a la con-

ducción del grupo de San Martín y Monteagudo del Estado peruano. En tercer lugar, analizaremos la respuesta de las élites limeñas, la construcción de un discurso autoreivindicativo para disputar la hegemonía política a San Martín. En el epílogo planteamos algunas conclusiones, señalando la pervivencia de estos discursos en el imaginario e historiografía peruanos, que pueden identificarse en las interpretaciones nacionalistas y en lo que a lo largo de este trabajo llamamos el discurso de la “concesión”.

1.1 Lima era una fiesta

A lo largo del periodo colonial, con énfasis en el siglo XVIII, tomó cuerpo la imagen de Lima como una ciudad opulenta, símbolo de la riqueza de América del Sur. La capital de los reinos del Perú era la arteria principal del comercio americano, sede de la administración política y lugar de residencia de la aristocracia y la corte virreinal. En su libro de viajes, Amadeo Frezier levantó el mito de una ciudad que cubría sus calles con lingotes de plata quintados para recibir al Duque de la Palata: “hicieron pavimentar el espacio de dos calles, las de la Merced y de los Mercaderes, por donde aquél debía entrar a la plaza Real, donde está el Palacio, de lingotes de plata quintados”.⁵⁸ Lima era percibida como una ciudad cortesana, donde la vida del limeño transcurría entre fiestas, procesiones y juegos. Los testimonios de la época coinciden en el profuso calendario festivo de la capital peruana; en las páginas de los diarios de José Antonio Suardo y Joseph Mugaburu se consignan noticias de grandes celebraciones públicas realizadas con ocasión del Corpus Christi, la Semana Santa, los santos patronos, autos de fe, recibimiento de los virreyes y del Real Sello, nacimiento o boda de algún miembro de la familia real, elección de un catedrático de San Marcos, entre otros; todos ellos celebrados con funciones de comedia, corridas de toros, fuegos artificiales y procesión de mascaradas.⁵⁹

La recepción del virrey, por ejemplo, movilizaba a los estamentos sociales quienes desfilaban con sus estandartes y ropas distintivas en un orden establecido, según su

⁵⁸ Citado en Raúl Porras Barrenechea, *Pequeña antología de Lima*. Lima: El Comercio, 2005.

⁵⁹ Rosa María Acosta de Arias Schreiber, *Fiestas coloniales urbanas (Lima-Cuzco-Potosí)*. Lima: Otorongo, 1997.

importancia y jerarquía; era una suerte de representación teatralizada de la sociedad colonial. Sin embargo, la participación popular en estas celebraciones le daba características carnalescas pues indios y negros desfilaban con sus danzas, música, disfraces e imágenes de sus propias divinidades y autoridades. Gregorio de Cangas, cronista del siglo XVIII, señalaba que los negros se presentaban en el paseo público de los alcaldes, pintados con almagra y ceniza, dando un “espectáculo ridículo al numeroso pueblo”; el problema para Cangas era que la intervención popular se producía en una ceremonia que buscaba legitimar las jerarquías y el poder colonial.⁶⁰

Sucedía que la “plebe”, en la que destacaban los negros, era muy activa en la puesta en escena de diversiones populares como las corridas de toros, juegos de azar, lidia de gallos y carnavales que atraían a los miembros de la aristocracia limeña, creándose un espacio favorable a la mezcla social, “racial” y de género; negros, mestizos criollos y españoles se encontraban codo a codo apostando en los corrales de gallos o como víctimas y victimarios del ímpetu del carnaval. En 1812, por ejemplo, cuando se conoció del nombramiento José Baquíjano y Carrillo como miembro del Consejo de Estado en reemplazo del rey Fernando VII, además de las celebraciones en los salones de la aristocracia, los gremios de negros desfilaron por las calles con mascaradas, grupos de danzantes y músicos le dedicaron coplas populares, se organizó una corrida de toros y se quemaron fuegos artificiales; la celebración acabó con bailes y envites de licor y comida en las calles y callejones de la ciudad.⁶¹ En general, en las crónicas y noticias de la época Lima aparece como una ciudad que juega, baila, ríe y se regocija en calles y plazas.

Este carácter festivo de los limeños despertó la crítica de un sector de los intelectuales y autoridades modernizantes, pues resultaba que según palabras del virrey Conde de Castellar: “casi era feriado la mayor parte del año”.⁶² No obstante, las fiestas se toleraban e inclusive se fomentaban desde el Estado colonial con fines de distensión

⁶⁰ Gregorio de Cangas, *Descripción en diálogo de la ciudad de Lima entre un peruano práctico y un bisoño chapetón*. Lima: BCRP, 1997.

⁶¹ José Antonio Miralla. *Breve descripción de las fiestas celebradas con motivo de la promoción del Excmo. Sr. Dr. D. José Baquíjano al Supremo Consejo de Estado*. Lima: 1812.

⁶² Citado en Javier Tord y Carlos Lazo, “Economía y sociedad en el Perú colonial (Movimiento Social). En: *Historia del Perú*, tomo V. Lima: Juan Mejía Baca, 1981, p. 208.

social y de reforzamiento del régimen político. Un artículo publicado en el *Mercurio Peruano* decía que el hombre no podía vivir feliz “sin conceder a la actividad de su alma algunas treguas. Los espectáculos públicos los proporcionan con menos peligro y más utilidad [y son] parte esencial del orden”.⁶³ Si al carácter festivo de la capital, se añadía su clima desvaído, de inviernos sin lluvia y veranos con garúa, resultaba que el limeño era moldeado por la molicie. Como señaló en 1790 el escritor satírico Teralla y Landa, Lima se caracterizaba por la monotonía, la inercia y el tedio.⁶⁴

Por su parte, Hugo Neira refiere que este carácter festivo era consustancial a la nobleza limeña, pues su estatus o distinción (para usar un término de Bourdieu) derivaba de la demostración del poder económico, la ostentación y el lucimiento público; de ahí la necesidad de organizar fastuosas celebraciones y fiestas de salón, pero también de regalar a la plebe corridas de toros, cohetes y comilonas que eran aplaudidas y reforzaban la relación paternalista de señores y siervos.⁶⁵ Neira sugiere que la vida cortesana “no era una actividad fugaz en la vida de la Capital del Virreinato sino su razón de ser, la clave de su sentido. La ciudad se consagraba a la tarea de exhibir y lucir”.⁶⁶

El punto es que la consecuencia de la supuesta vida de boato y permanente diversión era un individuo de carácter débil, aficionado a los placeres y la vida disoluta, casi un afeminado. Este estereotipo del limeño sensual, será retomado en los años que rodean la independencia peruana para explicar la aparente pasividad limeña con respecto al régimen colonial. El mensaje era que el espíritu licencioso impedía que los limeños fueran renuentes a sumarse al proceso revolucionario del continente. En Lima no se había formado ninguna Junta de Gobierno como en Buenos Aires, Caracas, Santiago o La Paz porque los limeños eran hombres dominados por su sensualidad.⁶⁷

⁶³ *El Mercurio Peruano* (edición facsimilar). Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 1904, tomo I, p. 25.

⁶⁴ Raúl Porras Barrenechea, *Op. cit.*

⁶⁵ Hugo Neira, *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX*. Lima: SIDEA, 1997.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 221.

⁶⁷ En realidad, lo que impresionaba a los viajeros de la época era el mayor derroche de recursos que mostraba Lima, pues similares celebraciones encontraron a su paso por otras ciudades del continente. Corridas de toros, carnavales, pelea de gallos y juegos de azar eran prácticas comunes en Hispanoamérica. Ángel López Cantos, *Juegos, fiestas y diversiones en la América Española*. Madrid: Editorial Mafre, 1992.

En efecto, la visión del limeño sensual aparece como una pesada carga virreinal y es expresada por Basil Hall, viajero inglés que estuvo en Lima por 1821, del siguiente modo: “En tiempos pasados, decían [los limeños], Lima era la corte del placer; la riqueza e indolencia eran nuestros criados, el gozo era nuestra ocupación única, y no soñábamos de otro mal que de los temblores de tierra”.⁶⁸ Cuando Lafond de Lurcy visitó Lima hacia 1822, su apreciación fue similar a la de Hall: “Hemos tenido ya la ocasión de hablar de las costumbres de Lima, costumbres fáciles y disolutas, determinadas sobre todo por un amor desenfrenado por el placer”. Sin dudas, fue en las mujeres donde los viajeros encontraron simbolizado ese espíritu voluptuoso y carente de ideales modernos. Ellas son presentadas como sibaritas (“hijas de Pantagruel”), comen en abundancia y las comidas tienen que estar muy condimentadas y picantes; gustan de las perlas y otras joyas, y desde pequeñas se las adiestran en usar zapatos estrechos porque consideran que la mayor sensualidad de una mujer consiste en sus pies pequeños. Las “tapadas” aparecen como agentes de distorsión de la moral y de la conducta pública: “Revestidas de la saya y de la manta, no dejando entrever de su rostro sino un ojo brillante, pueden ellas escapar impunemente a todas las miradas, siendo este traje singular, austero a primera vista, más bien un disfraz que sirve para perpetuar las intrigas y los excesos del tiempo del carnaval”.⁶⁹

De otro lado, los viajeros consideraban que las corridas de toros eran el ejemplo más evidente de la corrupción moral de los limeños. En la plaza de Acho veían la imagen de una sociedad enajenada. Esto aparece sin reservas en 1814, cuando John Shillibeer, luego de describir de la manera más detallada cómo el torero daba muerte al animal, decía: “Estos actos de crueldad son para los limeños el más grande festín que pueden disfrutar [...] Cuando uno de los animales recibe un golpe que le acierta del objeto que persigue o que le produce un traspies o caída, el anfiteatro resuena con los más pasmosos aplausos para el toro, pero debe agregarse que el público es imparcial en sus aplausos, que si el toro estropea o aun si mata a un hombre, no son menos re-

⁶⁸ Basil Hall, “El Perú en 1821”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 1, p. 205.

⁶⁹ Gabriel Lafond de Lurcy, “Remembranzas de Guayaquil, Lima y Arica (1822)”. Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 2, p. 125.

iterados de los que puede ganar el torero que al dar un certero golpe, gana un premio”. El nivel de degradación de Lima era más palmario por cuanto el “bello sexo” era partícipe de este frenesí: “Eran las damas las que más llamaron la atención, pues fue de ellas que los gritos de aprobación surgieron [primero]”.⁷⁰ Hacia 1821, el citado Basil Hall observó que la corrupción moral involucraba inclusive a los niños: “Todos los individuos parecían estar completamente contentos, y era triste observar gran número de niños entre los espectadores, y supe por una niña de ocho años, que ya había presenciado tres corridas cuyos detalles refería con grande animación y placer, deteniéndose principalmente en aquellas horribles circunstancias que he descrito”.⁷¹ El punto es que una sociedad con tales características no podía engendrar valores republicanos ni menos conductas revolucionarias; los hábitos culturales sirven para explicar las actuaciones políticas. Roquefeuil es concluyente al respecto: “la superstición y la molicie, enemigos del patriotismo, permiten difícilmente germinar al espíritu público”.⁷²

Estas imágenes estaban internalizadas por la sociedad limeña. La voz de un hombre de la época sirve para esclarecer que esta visión ilustrada era compartida por los propios peruanos. Se trata de Benito Laso, un joven criollo que había participado del levantamiento de los hermanos Angulo y del cacique Pumacahua en 1814, quien señalaba en 1820 que la derrota del movimiento se debía a que los vicios y la disipación habían sido más fuertes que las tendencias libertadoras; en su evaluación, el problema era que los jóvenes criollos habían sido “engendrados en la mayor parte por españoles groseros e indolentes”.⁷³ Si la idea era que con este tipo de individuos los deseos de independencia no podían “germinar” en Lima, entonces tenía sentido la conclusión a la que llegó Julián Mellet, según la cual la liberación de la capital vino de manos extranjeras, inclusive tal vez contra su voluntad. Mellet, viajero que visitó Lima por 1815 y que redactó sus memorias hacia 1822, escribía que la opulenta capital peruana, luego de su independencia, sería una ciudad próspera, pues: “hoy día que

⁷⁰ Johan Shillibeer, “Lima y Callao en 1814”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de Viajeros*, tomo XXVII, vol. 4, p. 364.

⁷¹ Basil Hall, *Op. cit.*, p. 208.

⁷² Camille de Roquefeuil, «Lima y Callao en 1817». En: Colección de la Independencia del Perú, *Relaciones de Viajeros*, tomo XXVII, vol. 1. Lima: 1971, p. 140.

⁷³ Citados en Luis Durand Florez, *Independencia e integración en el Plan Político de Túpac Amaru*. P. L. Villanueva, Lima, 1973, p. 20.

una mano bienhechora les ha devuelto sus derechos no le queda nada por desear”.⁷⁴ Aquí empieza realmente la idea de que la independencia había sido “concedida” al Perú por fuerzas externas.

1.2 La libertad que vino desde fuera

En la percepción de los patriotas hispanoamericanos, Lima era un escollo para la liberación del continente. En efecto, a poco de iniciarse la formación de Juntas de Gobierno en Chuquisaca y La Paz, desde la capital peruana se había ordenado el despliegue de tropas restauradoras. Los grupos de poder económico, en particular los comerciantes del Tribunal del Consulado, se aprestaron rápidamente a financiar la formación de contingentes realistas. Lima, que ya era vista con recelo por las élites mercantiles de Santiago y Buenos Aires debido a los privilegios que tenían sus comerciantes, empieza a ser percibida como un fortín reaccionario. Según el parecer de Bernardo Monteagudo, revolucionario tucumano, diputado del Congreso de Buenos Aires y luego ministro de San Martín en el Perú, los limeños carecían del patriotismo que habían mostrado otros pueblos de Hispanoamérica y esto era motivo de reprobación: “Desde el Ecuador hasta el Río de la Plata, el nombre de la capital de Lima hacía estremecer de indignación a los que habían tomado las armas”.⁷⁵

En estas circunstancias es que calza el estereotipo del limeño sensual como recurso para explicar el “retraso” de la revolución en la capital peruana. En 1817, por ejemplo, el espía José Bernáldez Polledo le informaba en una misiva a San Martín que si el Ejército Libertador decidía sorprender a los limeños a mitad de una corrida de toros: “Ocuparíamos la ciudad y los limeños no interrumpirían el curso de sus placeres”⁷⁶. Otro corresponsal de San Martín, oculto bajo el seudónimo de “Aristipo Eme-ro”, argumentaba que la sociedad limeña, debido a estar sumida en los “vicios” coloniales, tenía “una falta absoluta de heroísmo, de virtudes republicanas tan general,

⁷⁴ Julián Mellet, «Impresiones sobre el Perú en 1815». En: *Relaciones de Viajeros*, tomo XXVII, vol. I. Colección Documental de la Independencia en el Perú, Lima, 1971, p. 89.

⁷⁵ Bernardo Monteagudo, “Memoria sobre los principios políticos que seguí en la administración del Perú y acontecimientos posteriores a mi separación”. En: *Mártir, o Libre*. Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1965, p. 119.

⁷⁶ Citado en Jorge Basadre, *La iniciación de la República*, tomo I. Lima: Editorial Rosay, 1929, p. 16.

que nadie resollará aunque vean subir al cadalso un centenar o dos de patriotas”⁷⁷. Cuando las tropas de San Martín sitiaron Lima, este se extrañó que la ciudad no se rebelara contra las fuerzas realistas. Desde el periódico *El Pacificador del Perú*, se decía que la “apatía” de los limeños era la causa de que cien mil almas no se enfrentaran al “capricho de algunos centenares de Españoles”; y señalaban que el temor les hacía soportar los rigores del desabastecimiento de alimentos: “por no tener valor para alzarse contra los que usurpan sus derechos y contrarian sus intereses, contra los que atropellan su honor y quieren privarle del rango á que es llamada entre las naciones libres... es una infracción de las leyes de la naturaleza y un baldón eterno”. La arenga concluía así: “Alzaos; y sereis libres: ó si acaso se malograre vuestra empresa, morid al menos en el campo del heroísmo, y no como viles y tímidos esclavos”.⁷⁸

Lo que queremos apuntar es que los hombres que llegaron con el Ejército Libertador habían pasado por la experiencia exitosa de destruir el sistema colonial en sus “países”. Habían comprobado el poder de cambiar un régimen político y se autopercebieron como agentes de la libertad americana. Al contrastarse con los limeños, quienes carecían de un ejército revolucionario como el acaudillado por San Martín, se concibieron superiores y construyeron una visión negativa del habitante de Lima. Esto es concluyente en la evaluación que hizo en enero de 1821 el colombiano López Aldana (patriota radicado en Lima y luego político por varias décadas en el Perú), cuando las tropas de San Martín aguardaban detrás de los muros de la capital; según su testimonio, la participación de los limeños en las reuniones y asociaciones de patriotas que trabajaban a favor de la independencia era bastante pobre: “apenas se cuenta un limeño que haya hecho el menor esfuerzo con su persona ó con un real para nada”; en cambio, señalaba, los más laboriosos patriotas se componían de “santaferenses, caraqueños, quiteños, porteños, chilenos, extranjeros y serranos, en fin todo de fuera de Lima”, “y ninguno hijo de este infame pueblo”.⁷⁹

⁷⁷ Jorge Basadre, *Op. cit.*, p. 16.

⁷⁸ *El Pacificador del Perú*, 10 de abril de 1821.

⁷⁹ Citado en Francisco Javier Mariátegui, *Anotaciones a la historia del Perú independiente de don Mariano Felipe Paz Soldán*. Lima: Editorial Garcilazo, 1925, p. 17.

Ahora bien, una vez que San Martín y sus tropas tomaron el control de Lima y proclamaron la independencia del Perú, el discurso del limeño sensual adquirió una connotación política: descalificar a los limeños como actores políticos válidos, allanando el terreno para la intervención extranjera en la política peruana. El mensaje era que si los habitantes de Lima no habían luchado por su liberación, tampoco estaban preparados para autogobernarse. Al respecto, Monteagudo señalaba que tres siglos de dominación española habían creado un espíritu servil entre los peruanos, por lo que su moral “no podía ser otra que la de un pueblo que ha sido esclavo hasta el año [18]21, y que aún lo es mucha parte de su territorio”.⁸⁰ En consecuencia, el poder político debía recaer en un personaje de acreditados valores revolucionarios como San Martín, alguien que había demostrado sus convicciones en los campos de batalla: “Se necesitaba un grado de coraje que no es común a los que no han visto los combates, y una abstracción del interés individual, digna del que había dirigido esta empresa [la libertad de Lima] para encargarse del mando y presidir a la administración de un vasto territorio, que al pasar de la servidumbre a la libertad debía sufrir tremendos sacudimientos”.⁸¹

De modo que a diferencia de lo ocurrido en Chile, San Martín asumió además del mando militar, los poderes políticos con lo cual el libertador devenía Protector. No era este un simple cambio de palabras. La adopción de este título significó la variación del escenario. San Martín decidió moverse en los terrenos de la política, además de hacer la guerra a los españoles; más bien, este último aspecto pasó a un cuestión secundaria. En el decreto por el cual se autonabraba Protector decía lo siguiente: “la guerra será más bien en adelante un preservativo contra el influjo inevitable de las antipatías locales, que [es] un escollo capaz de hacer naufragar la causa de América”.⁸² Con antipatías locales, San Martín se refería a que la asunción del poder le acarrearía de opositores políticos entre los patriotas limeños, como efectivamente ocurrió según se verá luego. Lo importante en esta parte es señalar que San Martín era consciente de los pasos que daba, y de que concentraba poderes de tipo dictato-

⁸⁰ Bernardo Monteagudo, *Op. cit.*, p. 124.

⁸¹ Bernardo Monteagudo, “Exposición de las tareas administrativas del gobierno desde su instalación hasta el 5 de julio de 1822”. En: *Mártir, o Libre*. Buenos Aires: Editorial Universitaria, p. 100.

⁸² *Gaceta de gobierno de Lima independiente*, 4 de agosto de 1821.

riales en su persona: “Yo pudiera haber dispuesto que electores nombrados por los ciudadanos de los departamentos libres, designasen la persona que había de gobernar hasta la reunión de representantes de la nación peruana”.⁸³ Pero lo que el Protector traía entre manos era un proyecto monárquico que difería de los planes de los criollos más radicales. El proyecto tenía coherencia no solo con el fin de evitar la anarquía política que había presenciado en las Provincias Unidas de la Plata, sino que respondía a una visión ilustrada que percibía al Perú como una sociedad con espíritu de antiguo régimen: “todo pueblo civilizado está en aptitud de ser libre, mas el grado de libertad que goce debe ser proporcionada á su civilización”.⁸⁴ Este argumento fue luego reiterado por Monteagudo en sus *Memorias*: “Un pueblo que acaba de estar sujeto a la calamidad de seguir tan perniciosos hábitos [virreinales], es incapaz de ser gobernado por principios democráticos”.⁸⁵ Con esto se refería Monteagudo a la decisión de no convocar un Congreso Constituyente.

De otro lado, la instauración del Protectorado iba contra las instrucciones que San Martín había recibido del Senado chileno. Una de las indicaciones dadas al jefe del Ejército Libertador era cuidar “que en los pueblos tomados por las armas, se reúnan los patriotas que en ellos hubieren, para que hagan la elección de sus mandatarios [...] Pero de ningún modo admitirá empleo político para sí, ni para los oficiales”.⁸⁶ Se le instruía también la elección de un Director Supremo o Junta de Gobierno de acuerdo a la voluntad de los electores, así como la redacción de una Constitución provisoria que sería suscrita por las corporaciones y los vecinos de todas las provincias.

Estas instrucciones eran desconocidas en Lima, pues el presidente Bernardo O’Higgins (amigo de San Martín) las observó y devolvió al senado por considerar que algunas medidas, como que un comisario del gobierno chileno debía viajar en la

⁸³ *Ibídem.*

⁸⁴ *Ibídem.*

⁸⁵ Bernardo Monteagudo, “Memoria sobre los principios políticos que seguí en la administración del Perú y acontecimientos posteriores a mi separación”. En: *Mártir, o Libre*. Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1965, p 124.

⁸⁶ “Instrucciones que debe observar el Excmo. Señor General en Jefe del Ejército Libertador del Perú Don José de San Martín. En: Manuel de Odriozola, *Documentos históricos del Perú*, tomo IV. Lima: Imprenta del Estado, 1873, p. 6.

expedición para supervisar el cumplimiento de las instrucciones, eran una especie de afrenta hacia el Libertador.⁸⁷ Sin embargo, en Chile las instrucciones eran conocidas y al poco tiempo de que San Martín se retiró del Perú el canciller chileno en Lima las publicó en un diario capitalino provocando una encendida polémica entre los seguidores y detractores del general argentino. Al conocerse estas instrucciones, los opositores al Protectorado arreciaron su campaña de críticas desde *La Abeja Republicana* (veremos esta crítica al detalle en el siguiente acápite). Por ello, partidarios como Mariano Álvarez, ministro de Estado y Relaciones Exteriores, lo defendieron desde el *Correo Mercantil* señalando que era a él “a quien debemos nada menos que nuestra emancipación política”, para luego agregar que la existencia de la República y del Congreso era obra de San Martín: “Todo el mundo sabe que al general San Martín debemos nuestra libertad, y todo lo que adelantemos es sobre lo que él ha dejado”.⁸⁸ Por su parte, San Martín remitió carta fechada el 28 de junio de 1823 al *Correo Mercantil* en la que afirmaba no haber recibido ninguna instrucción: “Marchar con tres mil ochocientos bravos de ambos estados á libertar á sus hermanos del Perú, es la única instrucción que se me ha dado”.⁸⁹

Si bien San Martín y Monteagudo no convocaron al Congreso, crearon la Sociedad Patriótica bajo la presidencia de este último.⁹⁰ Según Francisco J. Mariátegui, la Sociedad tenía el objetivo de apaciguar la exigencia de los liberales de convocar a los representantes de la nación y generar una corriente de opinión favorable a la monarquía. En efecto, El 12 de febrero de 1822 Monteagudo convocó a un debate de ensayos que trataría sobre tres temas: a) ¿cuál era la forma de gobierno más adaptable al Estado peruano, según su extensión, población, costumbres y grado que ocupa en la escala de la civilización?; b) ensayo sobre las causas que han retardado en Lima la revolución, comprobadas por los sucesos posteriores; y c) ensayo sobre la necesidad

⁸⁷ Carlos Contreras y Marcos Cueto, *Historia del Perú contemporáneo*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2004, p. 51.

⁸⁸ *El Correo Mercantil*, 21 de mayo de 1823.

⁸⁹ *El Correo Mercantil*, 28 de agosto de 1823.

⁹⁰ La Sociedad Patriótica se creó por decreto de 10 de enero de 1822, con cuarenta miembros y debía reunirse dos veces por semana. Sus reuniones se llevaban a cabo en los salones de la universidad de San Marcos.

de mantener el orden público para terminar la guerra y perpetuar la paz.⁹¹ Los debates permitieron ver las alienaciones ideológicas y políticas sobre el régimen de gobierno: los monarquistas representados por el canónigo José Ignacio Moreno y los republicanos por Manuel Pérez de Tudela y el clérigo Mariano José de Arce.

En lo que respecta a este trabajo, nos interesa llamar la atención sobre el segundo punto porque se refería a ese discurso según el cual la independencia limeña se realizaba con “retraso”, en contraste con ciudades como Buenos Aires, Caracas, La Paz o Santiago. Como lo señalaron en su momento Francisco J. Mariátegui y José de la Riva-Agüero, el propósito de Monteagudo era reforzar la imagen del limeño indolente y con espíritu de antiguo régimen. No obstante, durante los debates de la Sociedad Patriótica los representantes del republicanismo expusieron sus argumentos para defender el carácter patriota y revolucionario de Lima. Es lo que vamos a analizar a continuación.

1.3 Las razones del patriotismo limeño

El discurso autorreivindicativo desarrollado por los criollos limeños en los debates organizado por Monteagudo acabó hegemonizando el evento y tomó posteriormente incluso un cierto cariz antiextranjero. Las intervenciones de José Morales y Miguel Tafur fueron reproducidas en *El Sol del Perú* y, en síntesis, plantean el siguiente esquema: Lima era una ciudad que había desarrollado un pensamiento liberal y contrario al absolutismo, pero el gobierno del virrey Abascal ejerció una política represiva que combinó la persecución política, el extrañamiento de los liberales y el espionaje de las familias sospechosas de colaborar con la propagación de ideas independentistas; por otro lado, en Lima se concentraban las fuerzas militares y políticas realistas por lo cual el proceso revolucionario debía “naturalmente” empezar en la periferia y culminar en la capital. Volveremos sobre estos puntos más adelante.

⁹¹ Un resumen de las posiciones en esos debates, en Raúl Porras Barrenechea, *Ideólogos de la Emancipación*. Lima: Editorial Carlos Milla Batres, 1974. También en Carlos Contreras y Marcos Cueto, *Op. cit.*

Como se dijo, la formación del Protectorado fue visto con bastante recelo por las patriotas limeños y se convirtió en motivo de conflictos y divisiones. Si bien se aceptaba la presencia de San Martín y sus tropas porque no había otra manera de avanzar con la independencia, se fue incubando en los líderes locales una oposición que actuaba velada y abiertamente para ir ganando espacios de poder, como se hizo evidente en la mencionada confrontación ideológica sobre la forma de gobierno que le convenía al Perú o cuando la defenestración de Monteagudo. Según la tradición política, esta oposición actuaba en la forma de un partido liberal o republicano que generaba corrientes de opinión a través de publicaciones como *La Abeja Republicana* o *El Tribuno de la República Peruana*, concertando cada paso de sus miembros.⁹² De acuerdo a Francisco J. Mariátegui, esta oposición nació el día que San Martín se nombró protector y se fue radicalizando en los meses siguientes con los destierros y procesos sumarios a los adversarios de las ideas monárquicas: “En lo que San Martín procedió mal y dio pasos falsos fue en nombrarse Protector, en tratar de contener y sofocar la opinión pública, para preparar la monarquía”.⁹³

El problema de fondo era que la instauración del Protectorado significaba la marginación de las élites limeñas de las altas esferas del poder. Aunque Riva-Agüero fue nombrado titular de la Municipalidad de Lima y Torre-Tagle Delegado Supremo del Gobierno, los importantes ministerios de Estado y Relaciones Exteriores recayeron en Monteagudo, quien se convirtió en la manija política del régimen; a él se culpó del destierro de los patriotas de oposición.⁹⁴ De modo que para los críticos del régimen protectoral, este en realidad era una dictadura y San Martín no era otra cosa que un tirano; se corrió el rumor de que quería nombrarse gobernante y a modo de burla se le llamaba “Rey José”. En una ocasión, sus opositores circularon un memorial para recoger firmas a favor de su elección como monarca del Perú, con el objetivo de desacreditarlo calificándolo de reemplazante del virrey; se decía que con su arribo la dominación española dio paso al domino porteño. Pero el caso más clamoroso de la oposición de un sector de criollos limeños contra San Martín se produce la noche en

⁹² Santiago Távara, *Historia de los partidos*. Lima: Huascarán, 1951.

⁹³ Francisco Javier Mariátegui, *Op. cit.*, p. 72

⁹⁴ Uno de esos desterrados fue el Dr. Urquiaga a quien se atribuía la circulación de unos impresos contra San Martín y Monteagudo.

que este asiste al teatro y de la claraboya del techo caen panfletos contrarios a la conducta del protector y su ministro Monteagudo.⁹⁵

La ciudad se divide porque San Martín también tiene partidarios y cuenta además con el respaldo del ejército. Sin embargo, el protector se desgasta en el poder y su imagen contrasta con la popularidad que tuvo a su ingreso. De acuerdo Mariátegui, cuando llegó San Martín la ciudad estuvo de fiesta, las calles llenas y bulliciosas por los cohetes y los vivas al ejército patriota: “yo he visto y lo vieron millares de testigos, que San Martín no podía atravesar las calles por el gentío inmenso que lo rodeaba”.⁹⁶ El relato de Mariátegui, en realidad, tiene el objetivo de plantear lo inoportuno que resultó el Protectorado cuando la capital y el norte del país estaban ganadas a la causa de la independencia. Los patriotas de Lima esperaban la convocatoria al Congreso y tomar la dirección del Estado. Desde la perspectiva de estos, el autonombamiento de San Martín como Protector del Perú ponía de manifiesto que se establecía una dominación extranjera sobre el Perú: “Este primer paso dio á conocer desde entonces, que los bienes, tanto tiempo esperados de la independencia, se convertirían en mayores males y despotismo, que el que ejercieron los españoles en los tres siglos de dominación”.⁹⁷

La idea de que el Protectorado significaba un nuevo sometimiento político fue difundida rápidamente por los criollos limeños, y si algo habían demostrado estos era precisamente su habilidad para ganar la opinión pública. Mariátegui recuerda el ambiente así: “Qué dijeron entonces ¿se quiere disponer de nosotros, darnos libertad según los caprichos ó preconcebidos planes de estos nuevos tutores del Perú?”. El razonamiento político de Mariátegui apuntaba a señalar incluso que la poca disposición de San Martín para iniciar los enfrentamientos con los ejércitos de La Serna tenía el propósito de prolongar su permanencia en el gobierno: “S. Martín y sus consejeros querían que el ejército español subsistiese [...] y esta creencia se hizo casi general”.⁹⁸

⁹⁵ Francisco J. Mariátegui, *Op. cit.*, p. 129.

⁹⁶ *Ibídem*, p. 74.

⁹⁷ José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete, *Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido esta*, tomo I. París: Librería de Garnier Hermanos, 1858, p. 25.

⁹⁸ Francisco J. Mariátegui, *Op. cit.*, p. 82.

Según esta versión, el objetivo habría sido relegar a los dirigentes peruanos y evitar la formación de tropas nacionales con liderazgos militares propios: “Un ejercito que en lugar de hacer la guerra al gobierno español, se ocupaba solamente en desarmar a los patriotas, e impedir que el Perú tuviese tropas nacionales, gobierno, orden, riquezas, ni la menor deliberación en su suerte futura”.⁹⁹ De acuerdo a esta posición, la formación de un ejército nacional habría revertido la hegemonía política a favor de los limeños.

Como se ha señalado, el propósito del célebre certamen de ensayos convocado por Monteagudo era difundir la idea de que Lima carecía de espíritu republicano. Los liberales limeños no desaprovecharon la ocasión para defender sus posiciones y alegar por su contribución en la liberación de la capital. Los debates fueron publicados en *El Sol del Perú* y, en buena cuenta, argumentaban que las condiciones para una revolución en Lima no estaban dadas debido a la política represiva de Abascal y la concentración de fuerzas militares y políticas españolas; es decir, la acción de los liberales limeños se tenía que constreñir a la propaganda política y la conspiración. Según esta óptica, Abascal había desarrollado un gobierno policiaco y poblado Lima de espías, por lo que el patriotismo era una actividad clandestina: “Todos manifestaban que su decisión, su patriotismo, su energía, habían sido solo comprimidas por la violencia, pero nunca extinguidas”; Lima era comparada con el “Prometeo, aherrojado con fuertes cadenas”, pero que no declina de sus convicciones patriotas.¹⁰⁰

Asimismo, se señalaba que el número de las fuerzas militares españolas en Lima hacía inviable una insurrección patriota, por lo cual el trabajo revolucionario necesariamente debía centrarse en la propaganda: “Para poder dar el verdadero valor al patriotismo de Lima, es necesario tener conocimiento del número de las tropas que la ahogaban, del de los españoles que la habitaba, y últimamente de sus relaciones”.¹⁰¹

⁹⁹ Francisco J. Mariátegui, *Op. cit.*, p. 28.

¹⁰⁰ *El Sol del Perú*, 9 de mayo de 1822. Y por supuesto se rechaza la imagen del limeño indolente, negando que la “suavidad del clima, y las comodidades de que han disfrutado respectivamente todos, que en concepto de algunos, causa[se] la apatía e indiferencia”. *El Sol del Perú*, 18 de abril de 1822.

¹⁰¹ Lima justificada en el suceso del 25 de julio. Lima: Imprenta de Manuel del Río, 1822. Documento publicado en Carmen Mc Evoy, *Forjando la nación. Ensayos de historia republicana*. Lima: PUCP-SEWANEE, 1999, p. 320.

Según Mariátegui, el destacamento de Aznapuquio, asentado en la capital, era un escollo insalvable y obligaba a la conspiración y a la resistencia pacífica: “(Si) la revolución (...) no estalló antes en nuestra patria, fue porque Lima era el emporio de las fuerzas enemigas, porque aquí tenían todos los elementos de guerra y por que cuantos movimientos se intentaron tantos fracasaron”.¹⁰² Ahora bien, aunque el aporte de los limeños a la revolución hispanoamericana se daba principalmente en el terreno de la ideología y la doctrina política, estas habían tenido raíces bastante antiguas: “La heroica Ciudad de los Libres, la ilustrada Lima, había sido la que desde el principio de la revolución de América, cooperó eficazmente de un modo indirecto, por su opinión, á que sacudiesen el yugo de la tiranía muchos pueblos de su continente”.¹⁰³ Con esto se referían, por ejemplo, a los escritos liberales del jesuita Juan Pablo Viscardo y Guzmán, pero principalmente a las 28 *causas* de José de la Riva-Agüero que fueron publicadas en Buenos Aires y difundidas en toda Hispanoamérica.¹⁰⁴

Sobre este tema, Riva-Agüero, principal redactor de *Lima justificada*,¹⁰⁵ decía en sus memorias que esta “guerra de opinión” no se limitaba a la contienda de ideas o a inundar de papeles subversivos las calles de Lima, sino que se buscó persuadir y facilitar la desertión de numerosos soldados peruanos y americanos de las fuerzas realistas, drenándolas a favor de los patriotas. Para este efecto, habían infiltrado las tropas y tenían organizada una red de escondites que contó con la ayuda de importantes damas limeñas para proteger a los desertores. El célebre paso del batallón Numancia al Ejército Libertador habría sido fruto de estas labores de infiltración: “Era pues la opinión la que hacía todos estos milagros”.¹⁰⁶ Los riesgos que estas acciones implicaban eran una muestra de la vocación independentista de los limeños, pues muchos habían caído en las tareas de infiltración y de convencimiento: “las cárceles no podían ya contener el número de los patriotas arrestados, sumariados y juzgados”.¹⁰⁷

¹⁰² Francisco Javier Mariátegui, *Op. cit.*, p. 9.

¹⁰³ *Ibidem*, p. 319.

¹⁰⁴ Luis Alberto Sánchez, *Fuentes documentales sobre la ideología de la emancipación nacional*. Lima: Editorial Pizarro, 1980.

¹⁰⁵ El documento aparece publicado como parte de los escritos de Riva-Agüero en la edición de sus memorias.

¹⁰⁶ Francisco J. Mariátegui es de la misma opinión de Riva-Agüero, de que el paso del batallón Numancia al Ejército Libertador se debió al trabajo de persuasión de los patriotas limeños.

¹⁰⁷ José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete, *Op. cit.*, p. 24.

Por estas razones Mariátegui salió al frente de la carta de López Aldana publicada en el libro de Paz Soldán, en la que se señalaba que los limeños no habían mostrado el patriotismo que sí mostraban los extranjeros o los “serranos”.¹⁰⁸ Mariátegui, indignado, exclamaba contra esta carta: “¡Qué cúmulo de injusticias contra Lima! ¡Qué odio tan descarado y manifiesto! ¡Qué falsedad tan notoria!”.¹⁰⁹ En la siguiente cita, Mariátegui da tal vez la visión más amplia para la época sobre los “factores” que hicieron posible la liberación de Lima, señalando la importancia del aporte sanmartiniano, como del limeño: “La desocupación de la capital fue debida á San Martín y á su ejército, á la escuadra bloqueadora (capitaneada por Lord Cohcrane), á la sublevación de las provincias (Quito y Guayaquil) y al patriotismo de estos pueblos y de los del Oriente ya sublevadas (Buenos Aires), á la abnegación y sacrificios de los patriotas de la capital. Faltando uno solo de estos cuatro elementos el plan habría fallado”.¹¹⁰

El punto culminante de la oposición limeña contra San Martín, ocurrió con la campaña para defenestrar a Monteagudo. En julio de 1822, mientras San Martín viajaba a entrevistarse con Bolívar, una multitud salió a protestar contra Monteagudo a la plaza de Armas. Se dirigieron a Torre-Tagle en su calidad de Delegado Supremo, exigiendo su renuncia. En estas circunstancias, aparecen rasgos de xenofobia: “Afuera el extranjero que dispone de nuestros destinos como un propietario suele hacerlo con sus rebaños”.¹¹¹ Luego de que este fuera expulsado, sus opositores publicaron el folleto *Lima justificada* en el cual se cuestiona el discurso de la “concesión” y reivindican la acción política de los criollos, papel que consideran fue indispensable para el exitoso ingreso patriota a Lima sin disparar una sola bala. Señalaban que gracias a la contribución limeña en la confrontación ideológica y la propaganda política, la opinión pública fue ganada a favor de la independencia y ello fue determinante para el aislamiento y evacuación pacífica de los ejércitos de La Serna.

¹⁰⁸ Mariano Felipe Paz Soldán, *Historia del Perú independiente. Primer periodo, 1819-1822*. Lima: Le Havre, Alfondo Lemale, 1868.

¹⁰⁹ Francisco J. Mariátegui, *Op. cit.*, p. 19.

¹¹⁰ *Ibidem*, p. 71.

¹¹¹ Citado en Carmen Mc Evoy, “El motín de las palabras”. En: *Forjando la nación. Ensayos de historia republicana*. Lima: PUCP-SEWANEE, 1999, p. 36.

En buena cuenta, los patriotas limeños tuvieron que construir un discurso para rebatir los estereotipos que los definían de sensuales y débiles. Los defensores del patriotismo limeño tal vez no pensaron en mejor metáfora para presentar la coyuntura política que la que apareció en *La Gaceta del Gobierno de Lima Independiente*: “Aunque hace tiempo que Lima había merecido denominarse libre, estaba como aquel oro, que mezclado de partes extranjeras necesita del fuego y del crisol, para dejar purificados sus quilates”.¹¹²

Epílogo

Como se ha visto, el estereotipo del limeño sensual que apareció a fines del periodo colonial, alimentó los discursos políticos de los patriotas extranjeros que procuraban menoscabar el papel de los limeños en su propio proceso de independencia. Frente a esto, los patriotas limeños construyeron una retórica de reivindicativa nacionalista, cuyo objetivo fue destacar el papel de Lima en la revolución y, en segundo lugar, deslegitimar la participación política de los patriotas “extranjeros” representados por San Martín y Monteagudo, acusándolos de autoritarios. De esta manera, el grupo limeño trató de legitimar sus propias aspiraciones de poder, presentándose como los herederos “naturales” del gobierno independiente en el Perú.

Ahora bien, lo que queremos plantear es que estos discursos, expresados en medio de los conflictos por controlar el poder estatal, han estado y están presentes en el imaginario de la sociedad peruana y sus historiadores. Los estudios históricos no solo se han alimentado de la información y testimonio de los hombres de la época, sino también de sus valores y posiciones políticas. Así, resulta irresistible no vincular la interpretación de Heraclio Bonilla y Karen Spalding sobre la independencia “concedida” con la del citado Julián Mellet, para quien la libertad del Perú provenía de manos extranjeras y “bienhechoras”. Obviamente, en el caso de Bonilla-Spalding hay una resignificación de estos discursos, porque mientras que para Mellet la intervención “extranjera” era necesaria debido a la sensualidad del limeño y su inaptitud para luchar por su propia liberación, para Bonilla-Spalding el problema estuvo en la caren-

¹¹² *La Gaceta del Gobierno de Lima Independiente*, 19 de julio de 1823.

cia de una conciencia nacional y en la fragmentación cultural y política de los peruanos; hechos que hacían imposible el surgimiento de un movimiento capaz para hacer frente a las fuerzas realistas. No está demás señalar que la tesis de Bonilla-Spalding también respondió a su propio contexto político, pues era una manera de cuestionar a la clase dominante peruana en el fervor revolucionario de la década de los 70, señalando que su carencia de valores nacionales era de antigua data.

En este sentido, la posición de Bonilla-Spalding no fue necesariamente una visión renovadora. Por lo que hemos visto, lo que primero surge es el discurso de la “concesión” en la voz de los viajeros europeos y de los patriotas “extranjeros”. En cierto sentido, se puede afirmar que Bonilla-Spalding representan la posición tradicional. La visión nacionalista, en realidad, es una respuesta, surge como reacción al discurso de la “concesión” y por ello tiene un sentido reivindicativo. Por supuesto, al discurso historiográfico nacionalista también se le puede hacer el mismo reparo. Raúl Porras Barrenechea, por ejemplo, señalaba que las guerras de independencia en Hispanoamérica necesariamente tenían que empezar en las periferias y culminar en Lima. Era el desarrollo natural dada la concentración de fuerzas militares y sociales españolas en la capital del virreinato peruano. En ese sentido dice: “Triunfaron momentáneamente o definitivamente en 1810, los pronunciamientos de aquellas ciudades o regiones donde la fuerza militar de España era nula o deficiente o podía ser vencida por el arrojo”.¹¹³ Esa no podía ser la suerte de Perú. Los hombres que se levantaron junto a los hermanos Angulo y Pumacahua darían cuenta de las dificultades que tenían los peruanos. A la tesis de Porras, puede señalarse el siguiente antecedente de 1822: “concentrada por lo común en las capitales la fuerza del gobierno que está próximo á expirar, las capitales por esa razón deben ser las últimas que quiebren sus cadenas”.¹¹⁴ La tardía independencia de Lima se explicaba así por un lógico arrinconamiento de las fuerzas realistas en la capital peruana y no por la carencia de valores republicanos. Así, ambos discursos responden a un contexto de disputas políticas e intereses muy concretos.

¹¹³ Raúl Porras Barrenechea, *Ideólogos de la emancipación*. Lima: Editorial Milla Batres, 1974, p. 50.

¹¹⁴ *El Sol del Perú*, 9 de mayo de 1822.

CAPÍTULO II:
INVOCANDO AL INCA:
LAS ÉLITES Y EL DISCURSO SOBRE LOS ANDES

*“Ocupémonos, pues, en estos momentos de dar gracias á nuestro Pachacamac, al eterno hacedor del universo [...] y en preparar nuestros corazones para ser fieles á nuestros juramentos, y á nuestra amada patria”.*¹¹⁵

Mariano José Arce

El propósito de este capítulo es recuperar los discursos y voces que, en el contexto de la independencia, se plantearon la incorporación gradual del indígena a la nación peruana. La idea es matizar aquella dicotomía que plantea que las élites criollas enunciaron una retórica que incorporó el pasado incaico como parte de la nacionalidad, pero que rechazó al indio contemporáneo.¹¹⁶ En lo que respecta a este trabajo, sostenemos que el discurso criollo fue más complejo y que en las disputas por la opinión pública, se abrió un excepcional campo semántico a favor de ideas que incidieron en la integración progresiva y subordinada del indígena a la vida nacional. La lucha contra España condicionó al discurso criollo hacia posiciones integristas, sobre todo en los años de 1821 y 1822 cuando el desenlace de las guerras por la independencia era incierto; en tal situación, la captación de los contingentes indígenas y populares resultaba crucial para el afianzamiento de un gobierno independiente. En consecuencia, la “comunidad imaginada”, al menos para un sector de las élites, no podía “excluir”

¹¹⁵ Oración pronunciada el 8 de octubre de 1821 en celebración del juramento del Estatuto Provisorio del Perú.

¹¹⁶ Claudia Rosas Lauro ha reproducido la tesis de Cecilia Méndez sobre el periodo de la Confederación Peruano-Boliviana (1836-1839) de su ensayo “Incas sí, indios no”, para el proceso de independencia. Señala Rosas Lauro que: “a través de los periódicos se interpretó la memoria del glorioso pasado inca en función del presente que buscaba la construcción del Estado-nación y la legitimación de posturas independentistas criollas, y al mismo tiempo se olvidó a los indígenas del presente, a quienes se les achacaba una serie de prejuicios como la ignorancia, la borrachera, la litigiosidad, la ociosidad y demás vicios negativos”. Claudia Rosas Lauro, “La reinención de la memoria. Los incas en los periódicos de Lima y Cusco de la colonia a la república”. En: Luis Millones, *Ensayos de historia andina*. Lima: UNMSM, 2005, p. 121.

al indio, aunque es cierto que las vías de su asimilación se plantearon fundamentalmente a través de la educación y no mediante reformas socioeconómicas que implicaran una transformación de la estructura de propiedad agraria y del poder político.¹¹⁷ Así, la nación que concibieron las élites criollas no estaba libre de jerarquías ni de etnocentrismo cultural; se trataba de una comunidad donde el sentido de “familia” no eliminaba las diferencias de estatus.

De otro lado, queremos resaltar la “agencia” política de los indígenas, quienes de ningún modo se mantuvieron al margen de las disputas por el poder. Es cierto que la esfera de la alta política (el Estado y la administración pública) estuvo hegemonizada por criollos y mestizos, pero en la política local los líderes indígenas y las comunidades tenían un mayor nivel de presión. La articulación conflictiva de estos dos niveles es lo caracteriza la política del siglo XIX.¹¹⁸ Por otro lado, es importante tener en cuenta que, en la medida que la actividad política en las primeras décadas de vida independiente estaba militarizada, esta se definía en buena cuenta en los campos de batalla; por ello contar con el apoyo indígena y popular podía ser determinante. Como los indígenas, aunque fragmentados, contaban con sus propios líderes (curacas y alcaldes), indispensables para la movilización de los pueblos y comunidades, estos se veían favorecidos con cargos públicos de gobernadores y subprefectos; es decir, se asimilaban al régimen político.

Este capítulo está dividido en tres partes y un epílogo. En primer lugar, presentamos los cambios en las representaciones del indígena anteriores al proceso de independencia; la idea es que estos cambios, sin ser dominantes, plantean que el indio no era un ser inferior por naturaleza, sino que su condición se debía a las centurias de dominio colonial; es decir, el indio era perfectible y redimible, y por tanto, existía la posibilidad de incorporarlo vía el mercado y la educación a la vida pública. En segundo

¹¹⁷ La necesidad de realizar cambios económicos y sociales para resolver el “problema del indio” serían ideas del siglo XX, particularmente desde la formulación de José Carlos Mariátegui en la década de 1920.

¹¹⁸ El punto es considerar a los indios como sujetos de la historia, dotándolos de sus propias formas distintivas de conciencia, y capaz de otorgarle sentido al mundo y actuar sobre él en sus propios términos. Partha Chatterjee, “La nación y sus campesinos”. En: Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán, *Debates Post Coloniales. Una Introducción a los Estudios de la Subalternidad*. La Paz: Historias, Sephis, Aruwiwiri, 1997.

lugar, desarrollamos los modos en que la retórica de las élites criollas se planteó la incorporación del pasado prehispánico en la formación de las naciones independientes; la particularidad de estos casos es que ellas se presentan como redentoras de la sociedad andina y herederos legítimos del poder político, al mismo tiempo que buscan ganar el apoyo indígena. En tercer lugar, tratamos de reconstruir las representaciones de los indígenas presentes en Lima (guerrillas y montoneras), y vincularlos con la política de San Martín: abolición de la mita y del tributo indígena, fomento de la educación y otros. Como epílogo, formulamos algunas conclusiones e ideas sobre el declive de estos discursos integradores una vez consolidada la independencia.

2.1 El indio es redimible

Uno de los cambios más notorios de fines del siglo XVIII es la influencia de las ideas ilustradas y el discurso científico entre las élites de Lima.¹¹⁹ En el nivel de las ideas políticas, la preocupación de los criollos estuvo relacionada con el régimen político y el lugar que debía ocupar el indígena en tanto era la población mayoritaria de la sociedad colonial. El punto es que las conmociones políticas y sociales en Europa y la difusión de ideas liberales, obligó a plantearse una nueva cohesión social que asegurase la estabilidad del orden colonial.¹²⁰ Surgieron, entonces, nuevas perspectivas sobre el indio que, sin ser hegemónicas, abrieron fisuras en el discurso colonial y plantearon miradas alternativas acerca de su condición naturaleza social. Es el caso, por ejemplo, de Manuel Espinavete López quien publicó en el *Mercurio Peruano* el artículo “Descripción de la provincia de Abancay”, en el cual la condición miserable del indio es explicada por factores económicos y sociales, antes que por aspectos inherentes o biológicos. Lo que nos propone Espinavete es que el indio con el estímulo de un buen salario y de los beneficios del mercado, se vuelve en un agente dinámico

¹¹⁹ Como anota Pablo Macera, las transformaciones políticas, culturales y económicas de Europa e Hispanoamérica modificaron sustancialmente la visión que tenían los criollos de su propia realidad. En el campo del conocimiento, el aristotelismo escolástico fue sustituido por las filosofías modernas: Descartes y Malebranche, después Newton y Leibnitz y por último Locke, Hume y representantes del enciclopedismo francés. “El indio y sus intérpretes peruanos del siglo XVIII”. En: *Trabajos de historia*, tomo II. Lima: INC, 1977, 304.

¹²⁰ Jaime E. Rodríguez O., *La independencia de la América española*. México: FCE, Colegio de México, 1996.

de la economía rural: “Lo que no tiene duda es que el Indio es floxo, pero entre ellos no faltan muchos aplicados quando se les paga lo justo y trabajan con empeño”.¹²¹

Por otro lado, en el informe del chileno Miguel de Eyzaguirre, *Ideas acerca del Indio* (1809), se hace una tenaz crítica a la dominación ejercida por jueces, curas y otras autoridades que, de eliminarse, el indio podría “mejorar” y volverse un individuo “productivo”. La condición inferior del indio, entonces, no aparece como resultado de causas naturales o raciales, sino por las condiciones de explotación a que está sujeto. Así, ante la imagen del indio ocioso, Eyzaguirre decía: “páguese al indio lo que se pagaría al no indio y habrán trabajadores de sobra”.¹²² Una visión más radical corresponde a José de Larrea y Loredó quien publicó en *El Verdadero Peruano* una “Observación sobre el carácter de los indios”. Larrea y Loredó ensaya una explicación histórica sobre la situación miserable del indio. Recuerda el esplendor del imperio incaico y lo compara con los romanos. Su explicación del deterioro del indio reside en el sistema colonial: “el despotismo agravando su peso sobre los espíritus, no hace mas que envilecer a los hombres formando de ellos una tropa tímida, cobarde y pererosa”; luego concluía que la situación miserable del indio resultaba del “mal trato y peor gobierno que experimentaron esos naturales después de la conquista”.¹²³

Pero estos discursos no solo se explican por la difusión de ideas liberales, sino también por la aparición de una conciencia criolla que se va diferenciando de los intereses de la corona española. Para esto los criollos tuvieron que encarar una nueva definición de la nación y una cierta revalorización del indio. Asimismo, los criollos tenían que responder al discurso que planteaba que la inferioridad del indio era natural. Esta cuestión, de obvias connotaciones políticas, comenzó a ser discutida por los autores citados, a los que hay que agregar a Hipólito Unanue, intelectual limeño que combatió el discurso que sostenía la inferioridad americana causada por el clima. Para Unanue el indio era producto del escaso acceso a la educación y de los rigores de la dominación hispana. Desde su postura, las diferencias de costumbres entre euro-

¹²¹ Charles Walker, “Voces discordantes: discursos alternativos sobre el indio a fines de la colonia”. En: *Entre la retórica y la insurgencia: las ideas y los movimientos sociales en los Andes, Siglo XVIII*. Cusco: CBC, 1996, p. 100.

¹²² *Ibidem*, p. 102.

¹²³ Citado en Charles Walker, *Op. cit.*, p. 106.

peos y americanos no expresaban necesariamente jerarquías: “el espíritu racional está igualmente distribuido en todas las partes de la tierra. En todas ellas el hombre es capaz de todo, si es ayudado por la educación y el ejemplo”.¹²⁴ Aquí el punto es que para un sector de las élites criollas, el indio tenía que ser incorporado a un discurso nacionalizante (donde los criollos asumirían un lugar prominente en la estructura de poder en tanto hijos de América). Como lo señala Jorge Bracamonte, Unanue: “de manera clara comprendió que el Perú de entonces no era posible sobre la base de la exclusión de la mayoría indígena”.¹²⁵

Ahora bien, estas “voces discordantes” –expresión de Charles Walker– tuvieron un éxito temporal y relativo en los debates de las cortes de Cádiz, cuando debió votarse por la representación política de los indios y la cancelación o continuidad del tributo indígena. En este especial contexto, los discursos que incidían en factores sociales y económicos para explicar la situación del indio resultaban funcionales a la integración del indio a la vida política. Por ejemplo, el diputado de Buenos Aires, López Lisperguer, decía que la rudeza del indio era “efecto de la opresión y tiranía de las autoridades; no es por falta de talentos ni aptitud, sino por la sinrazón con que los tratan”.¹²⁶ Ciertamente lo que se jugaba era no solo la incorporación parcial del indio a la esfera pública, sino que los criollos asumieran su representación y obtuvieran similares espacios de poder que los peninsulares. En ese sentido, los discursos a favor del voto indígena estaban relacionados a la aspiración criolla de la mediación política de las colonias. El debate terminó con la aprobación del voto indígena para elegir a los miembros del cabildo y la igualdad de la representación entre América y España para las cortes.¹²⁷ ¿Qué significados tuvo el voto indígena? La más obvia es el

¹²⁴ Citado en Jorge Bracamonte, “La formación del proyecto aristocrático: Hipólito Unánue y el Perú en el ocaso colonial”. En: Luis Miguel Glave y Jorge Bracamonte, *Crisis colonial, revoluciones indígenas e independencia*. Lima: SUR/Derrama Magisterial, 1996.

¹²⁵ *Ibidem*, p. 40. En Unanue podemos observar el interés y la revalorización de la cultura indígena; al escribir sobre las “antiguallas”, *Huacas* y ruinas, se pronunció sobre su profanación y destrucción, condenando el “hambre de oro” de los conquistadores españoles. Pablo Macera, *Op. cit.*, p. 313. En las páginas del *Mercurio Peruano* donde escribió Unanue también aparecieron artículos de Pedro Nolasco Crespo sobre la arquitectura religiosa indígena que lo llevaron a señalar que los indios no podían ser “brutos irracionales” si eran capaces de hacer tales obras.

¹²⁶ Scarlett O’Phelan Godoy, “Ciudadanía y etnicidad en las Cortes de Cádiz”. En: Revista *Elecciones*, n° 1, año 1 (Lima, 2002).

¹²⁷ Francisco Núñez, “La participación electoral indígena bajo la Constitución de Cádiz (1812-1814). En: Cristóbal Aljovín de Losada y Sinesio López, *Historia de las elecciones en el Perú. Estudios sobre el gobierno representativo*. Lima: IEP, 2005, p. 366.

reconocimiento implícito de que el indio tenía cierta capacidad ciudadana, que podía hacer política y era posible incorporarlo gradualmente a la esfera pública.

En todo caso, la convocatoria a elecciones para los cabildos involucró de manera activa a los indios en política, reordenando las relaciones de poder inherentes a la sociedad colonial. Como lo señala Christine Hünefeldt: “atacaba los privilegios de los grupos consolidados y abría al mismo tiempo caminos de reivindicación a grupos oprimidos, que en el caso peruano, no eran solo los pobres, sino también los indios y los negros”.¹²⁸ Sin embargo, también es cierto que la participación indígena despertó resistencias de criollos y españoles ante la perspectiva de perder las elecciones de representantes en los lugares donde los indios eran mayoría. De modo que lo que se produjo fue una disputa por el poder en la cual los indígenas contaron con mecanismos legales a su favor. En varias localidades donde ganó un representante indio, los españoles y criollos interpusieron recursos para desconocer la elección de los cabildos. En Arequipa la respuesta de las autoridades ante estos reclamos fue: “Sobre quienes deben ser alcaldes, no puede hacerse distinción de clases, pues siendo todos ciudadanos, los yndios pueden legítimamente serlo”.¹²⁹

Por otro lado, las medidas de las Cortes avanzaron hacia ciertas reformas sociales y decretaron la abolición del tributo indígena y del trabajo mitayo. En el caso de la abolición de la mita, Hünefeldt ha registrado diversas protestas indígenas para hacer efectivo su cumplimiento y lograr que todo trabajo sea remunerado; hubo casos en que las autoridades judiciales dieron su apoyo a estas causas (aunque también hay ejemplos de lo contrario reseñados por la misma autora). Lo importante de estas medidas fue que significó la emergencia de nuevas visiones sobre el indio y su integración a la sociedad peruana, lo cual será profundizado en el contexto de las guerras de independencia en Hispanoamérica.

2.2 La tensión del discurso criollo

¹²⁸ Christine Hünefeldt, “Los indios y la Constitución de 1812”. En: *Histórica*, p. 34. Según Hünefeldt, en el Cusco la afección indígena a la Constitución había “llegado a tal grado su adhesión y ahínco que aun la plebe ignorante llevaba sus fragmentos escritos por estar escasos los ejemplares y no tener proporción para conseguirlos”, p. 45.

¹²⁹ Citado en Francico Núñez, Op. cit., p. 386.

En 1809 circuló por la ciudad de Chuquisaca (Bolivia) el manuscrito clandestino y anticolonial *Diálogo de Atahualpa y Fernando VII*. Su autor era el joven abogado Bernardo Monteagudo, quien en los años siguientes sería un personaje importante en los procesos de independencia de Buenos Aires, Chile y Perú. En el *Diálogo*, Monteagudo cuestionaba la legitimidad del dominio español sobre América, comparando la usurpación de José Bonaparte al reino de Fernando VII con la realizada por Francisco Pizarro contra Atahualpa.¹³⁰ Luego de un dilatado razonamiento, Fernando VII admite la justicia de las acciones libertadoras en América en tanto era justa también la resistencia de los españoles a la invasión francesa.

Este texto plantea la restitución del nuevo mundo a sus hijos naturales, pero estos ya no podían ser exclusivamente indios; a ellos debían sumarse los mestizos y criollos. Más aún, los actores que harían posible el proceso de restitución de la soberanía americana era el contingente criollo e implícitamente este aparecía como la cabeza del futuro reino independiente. Así, los criollos acababan representando el papel de restauradores y depositarios de la libertad americana.¹³¹

Asimismo, el texto de Monteagudo se inscribe en la tendencia criolla de Hispanoamérica de apelar a la figura del inca y del mundo prehispánico –el Sol, los Andes– para dotar de densidad histórica a los discursos independentistas. En casi todos los países se incorporó rápidamente a la iconografía republicana (banderas, escudos, etc.) la simbología incaica con el objetivo de crear un cuerpo de imágenes que sustituyesen el sistema de signos y representaciones de la monarquía española.¹³² Esto

¹³⁰ Bernardo Monteagudo, *Diálogo de Atahualpa y Fernando VII*. Publicado en: Mariano Vedia y Mitre, *Vida de Monteagudo*, tomo III. Buenos Aires: Editorial Kraft, 1950. En Chuquisaca se inicia el 25 de mayo de 1809 la primera asonada rebelde en Hispanoamérica.

¹³¹ Esta es una idea que será reiterada tiempo después en un documento escrito por Monteagudo en Lima, en el cual se plantea que el “país de los Incas” anterior a la conquista era en verdad “tiempos célebres que precedieron a su esclavitud” y que con la llegada de San Martín el Perú retornaba a los “días felices en que recobró su independencia”. Bernardo Monteagudo, “Esposición de las tareas administrativas del gobierno desde su instalación hasta el 15 de julio de 1822, presentada al Consejo por el ministro de Estado y relaciones exteriores don Bernardo Monteagudo, en cumplimiento del decreto protectoral de 18 de enero”. En: Bernardo Monteagudo, *Mártir o Libre*. Buenos Aires: EUDEBA, 1965, p. 104.

¹³² José Emilio Burugúa y Fabián Alejandro Campagne, “Mitos y simbologías nacionales en los países del cono sur”, pp. 433-474. En: Antonio Annino y François-Xavier Guerra (coord.), *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*. México: FCE, 2003, p. 435.

contribuía a presentarlos como los herederos culturales del pasado indígena y facilitaba la gestación de una identidad nacional; no menos importante era la intención de movilizar sentimientos nacionalistas y adhesiones de las clases populares e indígenas a los ejércitos independentistas.

Esta apelación al pasado prehispánico, sin embargo, se debilitó una vez lograda la ruptura con España. Así pasó en 1819 en Chile donde, luego de declarada la independencia, el gobierno retiró del blasón las referencias al pasado aborigen y las reemplazó por una inscripción que invocaba a la libertad y por tres estrellas de cinco puntas, símbolos europeos corrientes de las ciudades (Santiago, Concepción y Coquimbo en este caso).¹³³ Algo similar ocurrió en el Perú con la bandera y el escudo ideados por San Martín que expresaban simbologías andinas y del pasado incaico; según el decreto de San Martín que creaba la bandera nacional: esta tendría en el centro “una corona de laurel ovalada, y dentro de ella un Sol, saliendo por detrás de sierras escarpadas que se elevan sobre un mar tranquilo”;¹³⁴ mientras que el escudo tenía la figura de un cóndor y una vicuña, y en la parte central los andes con el sol emergente.¹³⁵ En el caso peruano la depuración de las referencias andinas era apremiante porque, como lo señalan varios autores, se contaba con un pasado histórico fuerte que podía usarse –y se usó– para legitimar protestas y derechos indígenas.¹³⁶

El tema del indio también apareció en la poesía de la época. Durante el levantamiento de 1814 dirigido por los hermanos Angulo, en la que participó Mariano Melgar, es notable en la poesía que se difundió de este en Arequipa, la tensión en el imaginario criollo. En el poema “El cantero y el asno”, Melgar compara la degradación social del indio con una recua de borricos que se mueven bajo el látigo de su dueño: este vocifera y maldice la lentitud de sus animales frente a los caballos. En el poema la

¹³³ Burugúa y Campagne, Op. cit., p. 438. Asimismo, un decreto de San Martín señaló que cualquier ciudadano podía destruir los símbolos españoles “con tal que no se exceda de este objeto”. *Gaceta del Gobierno de Lima Independiente*, 29 de diciembre de 1821. En: Gustavo Pons Muzzo, *Símbolos de la Patria*. Colección Documental de la Independencia del Perú, tomo X, Lima: 1974.

¹³⁴ *Gaceta del Gobierno de Lima Independiente*, 25 de agosto de 1821. En: Gustavo Pons Muzzo, *Símbolos de la Patria*. Colección Documental de la Independencia del Perú, tomo X, Lima: 1974.

¹³⁵ Marcos Garfías Dávila, *Origen de los símbolos patrios*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima, 2005.

¹³⁶ Charles Walker, *De Túpac Amaru a Gamarra. Cusco y la formación del Perú republicano*. Cusco: CBC, 1999.

condición lastimosa de los borricos se explica por la dominación y violencia que se ejerce sobre ellos, sugiriéndose que distinta sería la situación si no existiese explotación sobre el dominado. El asno más “martagón” responde a las invectivas de su amo: “Nos tienes mal comidos,/ Siempre bajo la carga,/ Y exiges así brío?/ Y con azote y palo/ Pretendes conducirnos,/ Y aun nos culpas de lerdos/ Estando en ti el motivo”; Enseguida agrega: “Con comida y sin carga/ como se ve el rocino/ Aprendiéramos luego/ Sus corcobas y brincos;/ Pero mientras subsista/ Nuestro infeliz destino/ Bestia el que se alentara!”. No obstante lo anterior, se insinúa que el indio es incapaz de liberarse por sí mismo; con cierta resignación señala: “Para esto hemos nacido”. Su liberación vendría, pues, de agentes externos; más aún, el indio tendría problemas para expresar verbalmente su realidad: “Un indio, *si pudiera*, ¿No diría lo mismo?”.¹³⁷

En otro de sus poemas, la guerra contra los españoles aparece como el catalizador de la unidad peruana: “Una gata parió varios gatitos,/ Uno blanco, uno negro, otro manchado;/ Luego que ellos quedaron huerfanitos/ Los perseguía un perro endemoniado;/ Y para dar el golpe á su enemigo/ No había más remedio que juntarse,/ Y que la dulce unión fuese su abrigo [...]”. En los versos citados, primero se hace referencia al origen común de sujetos diversos (todos vienen de la misma gata), pero también a la pérdida de paternidad en clara alusión a la abdicación de Fernando VII. Pero si bien la necesidad de unión es asumida como algo prioritario, esta no resulta fácil de realizar, pues las disputas por el liderazgo aparecen como un escollo bastante complicado de resolver. Al mismo tiempo, estas disputas sacan a flote valores en conflicto: nobleza y destreza, por ejemplo. Pero el tema de fondo es que la agenda revolucionaria de 1814 que permitiría la unidad de los diversos, no parece muy sólida: “Van pues á reunirse, y al tratarse/ Sobre quien de ellos debe ser cabeza,/ Maullando el blanco dixo: ‘A mí me toca/ Por mi blancura, indicio de nobleza’./ El Negro contesto: ‘Calla la boca;/ El más diestro y valiente mandar debe’./ ‘Malo, dixo el manchado, si esto dura/ Temo que todo el Diablo se lo lleve’ [...]”.¹³⁸

¹³⁷ Mariano Melgar, “El cantero y el asno” En: Aurelio Miro Quesada Sosa, *Poesía de la Emancipación*. Lima: Colección Documental de la Independencia del Perú, 1971, pp. 139-140.

¹³⁸ *Ibidem*, p. 141. Pablo Macera señala que Joaquín Olmedo, contemporáneo de Melgar, invocaba las sombras y los fantasmas incaicos para contraponerlos a los conquistadores españoles de los

Años después, en el contexto del desembarco de San Martín en el Perú, estos discursos se radicalizaron. Entonces, la retórica en torno a los “incas” aparece sin ambages en los discursos de “porteños” y colombianos. El tema que surge con la llegada de San Martín es la invocación a los indios a plegarse al Ejército Libertador y vengar el dominio que los españoles infringieron al antiguo imperio de los incas: “[...] En las tumbas del Inca inocente/ Esta voz se sintió resonar:/ ‘¡Que no more en tu seno un tirano,/ Madre ilustre de Manco Cápac!’/ Y los hijos del Sol encendidos/ De amor patrio en el fuego sagrado/ O morir entre ruinas envueltos,/ O cobrar sus derechos juraron [...]”.¹³⁹ En la prensa patriota criollos e indígenas aparecen en el mismo bando y se buscan líneas de continuidad entre el movimiento independentista y la sublevación de Túpac Amaru. En *La Abeja Republicana*, periódico de los liberales de Lima, decían: “Desde que el inmortal Tupamaro enseñó á los sud americanos el camino del honor, los hijos del sol conocieron muy bien la necesidad que tenían de emanciparse para siempre de la dominación de los Borbones, antiguos usurpadores del trono español”.¹⁴⁰ Así, la lucha de Túpac Amaru se equipara con la llevada a cabo por San Martín, y el discurso aparece integrando lo criollo y lo indígena.

Ahora bien, la unidad entre criollos e indios tenía objetivos prácticos, como era movilizar los sentimientos antiespañoles de los indios; por ello se resalta la pertenencia de ambos grupos sociales a un mismo suelo: “Cuando la patria se halla en peligro, no debe omitir ninguno de sus hijos, cualquier género de sacrificios [...] los legítimos hijos del Perú [...] cuyos heroicos servicios han sido olvidados, se muestran cada día más resueltos en sostener con la última gota de su sangre, la libertad del suelo de los Incas”.¹⁴¹ Asimismo, cuando se hace la equivalencia entre San Martín, Túpac Amaru y Pumacahua se pretende que estos tres personajes buscaban los mismos fines y estaban en el mismo horizonte ideológico. En *La Abeja Republicana* se dice: “¡Peruanos! Acordad con indignación que por esa maldita raza [la española] ha sido regada la sangre de vuestros incas y de vuestros compatriotas Tupac-Amaro y Pumacagua: es-

cuales unos y otros, patriotas y realistas, descendían. “El indio visto por los criollos y españoles”. En: *Trabajos de historia*, tomo II. Lima: INC, 1977, p. 324.

¹³⁹ «Primera Canción Patriótica». En: Aurelio Miro Quesada Sosa, Op. cit., p. 295.

¹⁴⁰ *La Abeja Republicana*, 11 de enero de 1823.

¹⁴¹ *La Abeja Republicana*, 1 de marzo de 1823.

cuchad con dolor los clamores de estas infelices víctimas, sacrificadas al furor del acero hispano, sin mas causa que el amor á la libertad que quisieron con justicia sostener”.¹⁴²

No obstante la apelación retórica al pasado inca, el discurso criollo llegó a asumir un lenguaje horizontal cuando se refería a los indios contemporáneos. En un contexto crucial por ganar su incorporación a la causa patriota, recurren a expresiones altamente positivas y de paralelo con el indígena prehispánico. Así, se pedirá a los “Dignos hijos del sol”, que declaren la guerra a los tiranos españoles y que “vengamos unidos los asesinatos, las prisiones, los destierros, y sobre todo la sangre de vuestros incas que aún humea sobre la tierra”¹⁴³. De las anteriores referencias a la reivindicación del indio del presente había un paso que fue rápidamente cruzado. Por ejemplo, ante las voces que sostenían que el indio era poco proclive a luchar por su libertad, la *Abeja republicana*, decían: “jamás el indígena será un obstáculo para la elección de un gobierno sabio, y paternal. Patriota por naturaleza ha procurado siempre aunque con mal suceso, recobrar la antigua independencia del Perú. Con su antigua agitación ha comprobado que el pueblo conquistado permanece constantemente en revolución”.¹⁴⁴

En este contexto es que emergieron discursos que plantearon la formación de un cuerpo de nación o familia como la única manera de vencer a los españoles: “Ya es tiempo que formémos todos una sola familia, y olvidemos rivalidades que, para oprimirnos mas fácilmente, fomentó en estos últimos años la artera política de un miserable gobierno [español]”; luego se agrega: “El sembró las primeras semillas de la discordia, y es muy justo que sea el primero que experimente su efecto”.¹⁴⁵ Es decir, la oposición a los españoles permitía plantear una hermandad que abarcaba al sector indígena: “Los indios son nuestros compatriotas y hermanos, y estamos envueltos en una misma desgraciada suerte, desde que el infame Toledo hizo decapitar en un cadahalso en la plaza del Cuzco al inocente príncipe Túpac Amaru”.¹⁴⁶ En otra

¹⁴² *La Abeja Republicana*, 11 de enero de 1823.

¹⁴³ *Ibídem*.

¹⁴⁴ *La Abeja Republicana*, 1 de setiembre de 1822.

¹⁴⁵ *Los Andes Libres*, 24 de julio de 1821.

¹⁴⁶ *Los Andes Libres*, 31 de julio de 1821.

publicación de la época se afirmaba: “El antiguo imperio de los Incas va á renacer de nuevo mas glorioso y brillante. Nosotros ya reunidos, sin las odiosas distinciones del antiguo egoismo, no formaremos sino una sola Nación. Revivirá el antiguo esplendor; y bajo el suave dominio de leyes imparciales y sabias, mereceremos en nuestra infancia misma la admiración, y el respeto de las demás naciones del globo”.¹⁴⁷

En un giro extremo algunos discursos de la época parecen apuntar a invertir las nociones de civilización y barbarie. En efecto, si la independencia significaba la libertad y adopción de un sistema moderno y civilizado, los españoles aparecen representando lo bárbaro en tanto encarnan valores y conductas de antiguo régimen: “Cuando sepan las provincias del Perú que su capital ha jurado la Independencia, seguirán nuestro ejemplo, y esas hordas de bárbaros no hallarán terreno que las sostenga”.¹⁴⁸ Aunque es un recurso excepcional, en la siguiente cita se hace evidente un cierto cambio en la forma tradicional de percibir lo indígena: “La América que había sido el oprobio de los *salvajes de Europa*, cansada ya de soportar esa tiranía con que consiguió el coloso hispano subyugar á una gran porción de la especie humana, y reducir á sus *bárbaros caprichos*, dio el sagrado grito de libertad con el que aferrado su sangriento agresor cayó despavorido en tierra” (cursivas del original).¹⁴⁹ De otro lado, estos discursos llegaron a revalorar lo andino en una forma amplia; es el caso del popular canto “La Chicha” que pasó a simbolizar la peruanidad y los deseos de independencia: “Patriotas, el mate/ de chicha llenad/ y alegres brindemos/ por la libertad”; luego se agrega: “Esta es mas sabrosa/ que el vino y la cidra/ que nos trajo la hidra” [...] “El Inca la usaba/ en su regia mesa,/ con que ahora no empieza,/ que es inmemorial”.¹⁵⁰

Lo que tenemos, entonces, son discursos integradores de lo indígena que contradicen o matizan la visión negativa que supuestamente se tuvo durante la independencia. El punto es que estas voces tenían sentido en un contexto de guerra y significaron la revalorización del indígena contemporáneo. Ciertamente no serán expresados fácil-

¹⁴⁷ *El Sol del Perú*, 14 de marzo de 1822.

¹⁴⁸ *Los Andes Libres*, 24 de julio de 1821.

¹⁴⁹ *La Abeja Republicana*, 11 de enero de 1823.

¹⁵⁰ Aurelio Miró Quesada Sosa, Op. cit.

mente en reformas concretas o en una nueva estructura de poder; por el contrario, una vez consolidada la independencia, esta visión pierde radicalidad y se va desvaneciendo. En ese sentido, la incorporación del indígena al proceso revolucionario no podría ser sino en condición subordinada. La unidad que propugnarán los criollos para hacer frente a los españoles tendría una jerarquía interna. En su estudio sobre los programas políticos del siglo XVIII e inicios del XIX, Scarlett O'Phelan observa precisamente que el levantamiento de los hermanos Angulo incorporó tardíamente al cacique Pumacahua y en condición de aliado menor. Luego de la experiencia de Túpac Amaru, los criollos se habrían convencido que el liderazgo de las protestas anti-coloniales tenía que ser ejercido directamente para evitar el descontrol de los indios.¹⁵¹ Décadas después asistiremos a la hegemonía de retóricas conservadoras como la de Bartolomé Herrera y su proclama por un gobierno de una élite ilustrada; precisamente a Herrera debemos una crítica a los discursos integristas de la independencia: “No sé si fue un movimiento poético; ó si fue una de las verdaderas locuras, que no escasearon en la época de la emancipación: el hecho es que se proclamó la independencia del Perú o la reconquista del imperio de los incas como una misma cosa”.¹⁵² Esta contraofensiva conservadora debe entenderse como la respuesta a los discursos integristas de la independencia y a los espacios ganados por los grupos indígenas que lucharon por la causa patriota y obtuvieron beneficios parciales del Estado y de los caudillos militares. Sobre esto último trataremos en la siguiente sección.

2.3 Indios detrás (y dentro) de las murallas

Más allá de los discursos, los criollos patriotas pudieron evaluar la participación de los grupos indígenas en el proceso de independencia y en la formación del Estado republicano; montoneras y partidas de guerrillas indígenas actuaron al interior y los alrededores de Lima. Los indios, en realidad, eran parte del panorama social de la

¹⁵¹ Scarlett O'Phelan Godoy, “El mito de la ‘independencia concedida’: los programas políticos del siglo XVIII y del temprano XIX en el Perú y el Alto Perú (1730-1814)”. En: Alberto Flores Galindo (comp.), *Independencia y revolución, 1780-1840*, tomo 2. Lima: INC, p. 157.

¹⁵² Bartolomé Herrera, *Sermón pronunciado por el D.D. Bartolomé Herrera. Rector del Colegio de San Carlos el día 28 de julio de 1846. Aniversario de la Independencia del Perú*. Lima: Imprenta Administrada por L. Herrera, 1846, p. 15.

capital.¹⁵³ Buena parte de estas relaciones tenían su vértice en un criollo notable o un español con estatus, con quienes se establecían vínculos de clientelaje, compadrazgo y parentesco que cristalizaban en dependencias y lealtades.¹⁵⁴ El punto es que el poder colonial se sostuvo en ciertas alianzas y beneficios recíprocos con sectores indígenas, en los cuales jugaron un papel crucial los curacas y varayoc.

En Lima la población indígena estaba distribuida a lo extenso de la ciudad, pero se concentraba en el “pueblo de indios del Cercado” (hoy Barrios Altos) y en el barrio de Santa Ana. Se calcula que su número representaba el 8% de los habitantes de la capital y buena parte de ellos eran migrantes que buscaban emplearse en el servicio doméstico, en las huertas de los solares y en el trabajo artesanal (sobresalen sastres); otra parte se dedicaba a la venta ambulatoria y recibían el nombre de “regatones”; asimismo, debe mencionarse a los que abrían chinganas y pulperías donde se expendían bebidas alcohólicas y comidas picantes. En los extramuros un número importante de indígenas vivía en el pueblo de Santiago de Surco y Lurín. Viajaban regularmente a la ciudad llevando productos agrícolas de las haciendas y huertos de los alrededores. Para la época, lo rural y lo urbano aparecen en un flujo constante; indios, mestizos y negros de las haciendas y huertos tenían redes de amigos y familiares en la ciudad donde comerciaban y hacían vida social. Lima dependía de la producción agrícola de su *hinterland* y esto significaba apreciables ingresos a los indios; por ello era que el virrey Amat afirmaba que en Lima los indios sí “ven el fruto de su trabajo”.¹⁵⁵

A poco de producirse el arribo de San Martín a las costas peruanas, este buscó enrolar a la población indígena de los alrededores de Lima. Montoneras y guerrillas se formaron rápidamente en Huarochiri, Canta y Huaura. Juan Antonio Álvarez de Arenales llevó a cabo una avanzada a la sierra central con el objetivo de crear bases de apoyo. El 17 de junio de 1821, desde Jauja, difundió una proclama patriótica a los

¹⁵³ Jesús Cosamalón Aguilar, *Indios detrás de la muralla. Matrimonios indígenas y convivencia interracial en Santa Ana (Lima, 1795-1820)*. Lima: PUC, 1999.

¹⁵⁴ La política colonial había consistido en la dación de privilegios y mercedes a sectores indígenas (caciques y comunidades) con el objetivo de asegurar su obediencia y contrarrestar a los insatisfechos, como se hizo evidente durante el levantamiento de Túpac Amaru.

¹⁵⁵ *Ibidem*, p. 69.

“hermanos” indígenas, invocando que “con sus armas naturales corramos, corramos todos juntos y unidos á acabar hasta con el último tirano ó morir en el campo del honor para eterna gloria y exemplo de la posteridad que sabrá aplaudir buestra heroicidad”.¹⁵⁶ Así, montoneras y partidas de guerrillas actuarán como tropas auxiliares del Ejército Libertador. En el caso de las primeras, eran conducidas por sus propios líderes y tenían una relativa autonomía, llegando a desbordar las directivas y la política de San Martín; ingresaban a las haciendas para tomar ganado y alimentos, imponían cupos y requisaban diezmos. Las partidas de guerrilleros, en cambio, estaban mejor vinculados a los oficiales del Ejército Libertador y solían responder a sus directivas. Ambas organizaciones, sin embargo, eran síntomas del proceso de militarización a que ingresó la sociedad peruana. Obviamente, estos grupos armados no siempre se formaron por iniciativa propia, sino que muchas veces se recurrió a la leva y el reclutamiento forzado.

El hecho a resaltar es que montoneras y guerrillas indígenas asumen el control de partes del territorio limeño, despertando el temor y ansiedad de las élites de la capital. En el contexto del asedio de San Martín a Lima, el viajero Basil Hall recoge esta impresión de las familias de notables: “No era solamente de los esclavos y de la plebe que se tenía miedo, sino, con más razón, de la multitud de indios armados que rodeaban la ciudad, quienes, aunque bajo las órdenes de oficiales de San Martín, eran tropas salvajes e indisciplinadas y podrían entrar a la plaza en masa tan pronto como la evacuasen los españoles”.¹⁵⁷ Al iniciarse las conferencias de negociación entre San Martín y La Serna, los representantes realistas propusieron como primer punto de acuerdo que: “las guerrillas o grupos de indios de cualquier clase” fueran desarmados y disueltos, reintegrándose a sus ocupaciones. A vísperas de que La Serna evacuara la ciudad, se volvió a solicitar a San Martín, a través de diputados realistas, que los indígenas dirigidos por Vidal “no se aproximen a la ciudad hasta que el excelentísimo Señor don José de San Martín tome sus medidas y dicte sus providencias a fin de que no se trastorne el orden”.¹⁵⁸ La Serna dejó Lima el 4 de julio; Vidal y sus hom-

¹⁵⁶ Raúl Rivera Serna, *Op. cit.*, p. 138.

¹⁵⁷ Basil Hall, *Op. cit.*, p. 228.

¹⁵⁸ Gustavo Vergara Arias, *Op. cit.*, p. 88.

bres recién pudieron entrar cinco días después junto al Ejército Libertador, no sin antes escoger a los indígenas mejor “disciplinados”.

El temor a montoneras y guerrillas muchas veces respondía a que sus líderes tenían vinculaciones con el bandolerismo y la marginalidad. A ello se debía su experiencia en la organización de grupos armados y su ascendencia en el “populacho”; tenían además el sentido de la oportunidad y percibían en la confrontación entre patriotas y realistas una coyuntura que había que aprovechar. Por su parte, para San Martín estos cabecillas eran indispensables para la movilización de los grupos populares. Basil Hall cuenta el caso de un conocido bandido de Lima, cuya celebridad había llegado a oídos del general argentino “como que era hombre de ingenio y empresa” y le confió “el mando de una partida de guerrilleros, compuesta principalmente de indios”; Hall sugiere que las guerras de independencia abrían fisuras para el ascenso de estos líderes populares; refiriéndose al personaje mencionado anteriormente, decía: “Esta era precisamente la clase de hombres que prosperan en una revolución, y encontramos que era persona sagacísima y bien adaptada a la situación en caso de requerírsele cualquier servicio desesperado”.¹⁵⁹ El viajero Roberto Proctor, por su lado, observaba que con “la policía relajada y defectuosa de los gobiernos patriotas [...] cualquier salvaje sujeto ocioso, con un poco de ánimo y mucha aversión a ocupación útil, no tenía más que hacer sino ponerse de oficial de guerrilla, o, como se decía, Capitán de Montoneros”.¹⁶⁰ Es decir, la organización de montoneras y guerrillas servían a sus cabecillas para acumular cuotas de poder; a estas milicias populares se les encargó el control de la ciudad y de la población, particularmente los españoles y criollos sospechosos de conspirar contra el régimen protectoral. Desde la primera noche del ingreso del Ejército Libertador, las calles “eran recorridas por patrullas montadas compuestas por diez o doce jinetes cada una, que no permitían a nadie permanecer, sin permiso especial, fuera de sus casas después de las ocho”.¹⁶¹

¹⁵⁹ Basil Hall, *Op. cit.*, p. 233.

¹⁶⁰ Roberto Proctor, “El Perú entre 1823 y 1824”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*, tomo XXVII, vol. 2º, p. 249.

¹⁶¹ Basil Hall, *Op. cit.*, p. 233.

La imagen que transmiten los observadores de la época es de una sociedad militarizada, donde buena parte de los indígenas parecen haber dejado el azadón por el mosquete. Al menos, así lo testimonia Gilbert F. Mathinson quien en uno de sus paseos por las haciendas de Lima observó: “me crucé en el camino con un granjero, desde luego vestido con poncho, y armado hasta los dientes, quien al pasar galopando, tenía más el aspecto de un cabecilla de bandidos que de labrador de la tierra”. La carrera de montonero aparece como una forma de vida y parece ser un fenómeno masivo, pues Mathinson se topa luego con una: “vasta y abigarrada colección de campesinos reunidos, todos, o casi todos, montados a caballo [...] armados con pistolas y arcabuces, sables y cuchillos, como si estuvieran a punto de marchar sobre los españoles”.¹⁶² Basil Hall retrata del siguiente modo a los montoneros que encontró detrás de las murallas al cuidado de los caballos: “[eran hombres] agrestes, de apariencia audaz, mas bien bajos, pero bien plantados y atléticos”; de ese grupo le llamó la atención uno que “llevaba un alto gorro cónico hecho de un cuero íntegro de carnero, y sobre sus espaldas una gran capa blanca de tela de frazada que llegaba a las rodillas y colgaba suelta [...] su largo sable, algo tirado adelante, zangoloteaba por los tobillos, en los que tenía atados pedazos de cuero crudo de caballo, en vez de botas; con esa facha tranqueaba a lo largo del parapeto, con el mosquetero al brazo, el bellísimo ideal del guerrillero”; la visión idílica de Hall se remata con una referencia a la corte-sía de estos hombres que, ante la proximidad del grupo de oficiales que los acompañaba, los saludó “con todo el respeto de un soldado disciplinado y al mismo tiempo con el aire de un libre hijo de los cerros”.¹⁶³ La descripción anterior contrasta con la de Roberto Proctor, para quien los indios eran “de raza robusta”, pero de “facciones más bien tristes”;¹⁶⁴ el propio Mathinson los retrata como hombres pobres, de: “escuálidas facciones” y que “no revisten ninguna semejanza con los retratos que la imaginación suele dibujar de sus antepasados, *los apacibles hijos del sol*”.¹⁶⁵

¹⁶² Gilbert F. Mathinson, “Residencia en Lima entre abril y mayo de 1822”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 1º. Lima: 1971, p. 285.

¹⁶³ Basil Hall, *Op. cit.*, p. 240.

¹⁶⁴ Roberto Proctor, “El Perú entre 1823 y 1824”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*, tomo XXVII, vol. 2º, p. 219.

¹⁶⁵ Gilbert F. Mathinson, *Op. cit.*, p. 280. Luego dirá sobre una mujer indígena de Chorrillos: “No prestan ninguna atención a sus personas, que se encuentran indescriptiblemente repugnantes por lo sucias. Quizá las Coyas o Vírgenes del Sol, que eran de rango y linaje más elevado, poseían mayores atractivos personales en los tiempos antiguos; pero si debemos juzgar de los que entonces fue la

La imagen idílica de Hall contrasta también con diversos testimonios y documentos que muestran que montoneras y guerrillas estaban compuestas por indios que muchas veces tenían que recurrir a los saqueos y robos de haciendas y huertos para su manutención; montoneros y bandoleros solían confundirse. En realidad, estos últimos se sumaron como grupos de apoyo a la causa patriota y luego detrás de los caudillos que pugnaban por el poder. Según Carlos Aguirre, la actuación de las montoneras podían ser determinantes para la victoria de uno de los bandos en pugna. Para evitar el desborde de montoneras y guerrillas, se editó en 1822 el *Manual de Instrucción de Guerrilla* de los oficiales Alfonso Balderrabano y Juan Bautista de Maortua.¹⁶⁶ No obstante, no se acabó el malestar que causaban en los poblados y haciendas. En el valle de Cañete las quejas de los propietarios a sus desmanes se expresaron de este modo: “Si los individuos de la Partida son tan adictos a la Patria y quieren servirla vayan al Ejército, donde serán pagados según clase, y premiados, si se distinguen en servirla”; para acabar con esto el ministro de Guerra Juan de Berindoaga ordenó que “a la mayor brevedad se recojan en el Valle de Cañete y sus inmediaciones, todos los desertores y vagos armados que con el título de montoneros y sin utilidad alguna del servicio, no cesan de causar extorsiones, para aquellos pueblos”.¹⁶⁷ En las afueras de Lima, particularmente Canta, Chosica y Huarochiri, los jefes de montoneras y guerrillas eran quienes ejercían la autoridad local.

Ahora bien, a modo de recompensa los líderes de estos grupos obtuvieron puestos públicos y nombramientos políticos¹⁶⁸: gobernaciones, subprefecturas y otros (Cristóbal Aljovín dice que la independencia “puede ser entendida como una revolución de empleos”). En Huaura, Basil Hall encontró que el gobernador era de “raza indígena, hablaba poco el español, y era probablemente persona discreta y hábil pues de otra manera San Martín no lo hubiera dejando en el mando”.¹⁶⁹ Ocurrió que las estructuras de poder local se entroncaron con el naciente Estado nacional; en cierta

raza india, por lo que vemos de su posteridad en nuestros días, la belleza que ha sido tan largamente celebrada en toda Europa no debe ser más que una ficción poética” (p. 304).

¹⁶⁶ Gustavo Vergara Arias, *Op. cit.*; p. 33.

¹⁶⁷ *Ibidem*, p. 53.

¹⁶⁸ San Martín otorgó a las guerrillas un reconocimiento simbólico dándoles medallas que llevaban la inscripción: “Lima libre juró la independencia en 28 de julio de 1821”.

¹⁶⁹ Basil Hall, *Op. cit.* p. 246.

forma la primera era indispensable para el sostenimiento de la segunda. En efecto, los alcaldes de indios, prefectos y otras autoridades locales tenían poder propio con relación al Estado nacional, pues como eran claves para el reclutamiento de montoneras y partidas de guerrillas contaban con redes de poder y eran parte del engranaje con el gobierno central. En otros términos, el sistema político de las primeras décadas “se basaba en una jerarquía eslabonada de obediencia, desde el presidente al prefecto, el subprefecto y los gobernadores, con el propósito de controlar y dirigir la sociedad”.¹⁷⁰ Con todo, debe anotarse como particularidad de este proceso que los jefes indígenas y populares no lograron acceder a liderazgos nacionales; las altas esferas de poder fueron monopolizadas por los criollos y mestizos. Hubo excepciones como el caso del líder de indios Ninavilca, quien llegó a ser representante del Congreso de 1827; Justo Sahuaraura fue nombrado diputado del Congreso Constituyente en 1825; mientras que Manuel Choquehuanca fue diputado por la provincia de Azángaro en 1833 y su hermano José Domingo Choquehuanca senador.¹⁷¹ En parte, este monopolio criollo del Estado explica lo errático de las medidas para mejorar la situación de los indígenas.

Efectivamente, la autonomía política implicó algunas medidas que buscaban la ciudadanización del indígena. Así, el 27 de agosto de 1821 dictó la abolición del tributo indígena, ordenándose que en adelante “no se denominarán a los aborígenes *indios o naturales*: ellos son hijos y ciudadanos del Perú, y con el nombre de *peruanos* deben ser conocidos”.¹⁷² Luego, el 28 de agosto, se prohibió el trabajo gratuito de los “peruanos [que] conocidos antes con el nombre de *indios ó naturales*, hacían bajo la denominación de mitas, pongos, encomiendas, yanaconazgos y toda clase de servidumbre personal, y nadie podrá forzarlos á que sirvan contra su voluntad”.¹⁷³ La pena establecida a quienes desacataran este último decreto, sea persona eclesiástica o civil, era la expatriación. Sin embargo, como sabemos, Bolívar restituyó la contribución indígena para financiar el gasto público. Por otro lado, Mark Thurner ha planteado

¹⁷⁰ Cristóbal Aljovín de Losada, *Op. cit.*, p. 60.

¹⁷¹ Scarlett O’Phelan, *Kurakas sin sucesiones. Del cacique al alcalde de indios. Perú y Bolivia, 1750-1835*. Cusco: CBC, 1997.

¹⁷² Colección Documental de la Independencia del Perú, *Obra de gobierno y epistolario de San Martín*, tomo XIII, vol. 2°. Lima: 1974, p. 364.

¹⁷³ *Ibidem*, p. 365.

que el término “peruano” pasó a ser sinónimo de “indio” (aunque también de mestizos), y que los miembros de las élites preferían ser llamados ciudadanos o vecinos.¹⁷⁴ Sobre la abolición del yanaconaje, la realidad fue que los hacendados y propietarios resistieron y continuaron con prácticas serviles. El punto es que estos esfuerzos por democratizar la sociedad peruana y construir una comunidad nacional habían de ser poco exitosos. Como señala Mariátegui, no podía constituirse cabalmente un régimen político liberal sobre una sociedad con una estructura básicamente tradicional.

Epílogo

La república que imaginaron los criollos independentistas no significó necesariamente la exclusión del indio, aunque sí su incorporación gradual y subordinada a la vida pública; evitando de ese modo los trastornos de las jerarquías. Los discursos que hemos revisado invocando la movilización de los indígenas, contradicen el denominado “miedo” criollo al indio. Lo que resulta evidente, más bien, es la necesidad de controlar la dirección militar y política de las guerras por la independencia y del nascente poder político; es decir, la restricción política casi se circunscribe a las altas esferas del poder. Los criollos lograron controlar el Estado gracias a ciertas franjas de asimilación de los mestizos, como a la debilidad de la clase curacal causada por la introducción de los “curacas interinos” y otras autoridades locales que diversificaron los poderes locales a fines de la colonia. Así, las autoridades indígenas tuvieron que coexistir con sacerdotes, oficiales, hacendados, gobernadores, subprefectos y alcaldes que constituyeron una nueva sociedad de notables.

La desigualdad residía en los derechos políticos, pues no todos podían acceder al gobierno. La ideología criolla consideraba que los indios no estaban preparados para ser parte de la alta estructura de poder; las restricciones, como la elección indirecta, tenían el objetivo de limitar el voto indígena, pero no colocarlos fuera del sistema político. El problema fue que el mecanismo que se planteó para la integración del indio se limitó a la educación; por ello es que los esfuerzos para difundir la educación y re-

¹⁷⁴ Thurner también señala que los indios se presentaban ante las cortes como “republicanos” a lo que se añadía el vocablo “originario” y/o “contribuyente”. Mark Thurner, *Republicanos Andinos*. Lima: IEP, CBC, 2006, p. 69.

formar las costumbres virreinales tenían un sentido político: “La creación de colegios y periódicos estaba en el centro de un proyecto que buscaba formar una ciudadanía que defendiera las libertades públicas”.¹⁷⁵

Sin embargo, los discursos nacional-integristas empezaron a decaer conforme se afianzó la independencia y se fortalecía el Estado republicano. Favoreció a esta tendencia la presencia de Bolívar y su política liberal que impulsó la penetración del Estado en los poderes locales. Como se dijo, desde fines del siglo XVIII el poder de los curacas había sido debilitado, pero le tocó a Bolívar cancelar el título de curacas y abrir la posibilidad de enajenar las tierras comunales. En su reemplazo aparecieron los funcionarios estatales: prefectos departamentales, subprefectos provinciales, gobernador de distrito y teniente de gobernador, encargados de la recaudación del tributo indígena.¹⁷⁶ El poder que otorgaba el cobro del tributo era clave para movilizar a los indios y generar relaciones de dependencia. El punto es que el Estado republicano buscaba eliminar todo poder mediador de la sociedad, más aún cuando este provenía de la política colonial. No obstante, los curacas no perdieron el poder de representantes políticos de las comunidades, pues muchos asumieron el papel de curacas-caudillos, jugando un papel crucial en las luchas políticas de la temprana república.¹⁷⁷ En más de un sentido, el sistema político mantuvo sus rasgos corporativos y paternalistas.

Lo importante aquí es resaltar que las guerras contra los ejércitos realistas alteraron las estructuras políticas de la sociedad peruana. Por lo que hemos visto en esta parte, las montoneras y partidas de guerrillas de indios fueron actores fundamentales en el control del territorio y sus líderes se asimilaron al poder nacional. En ese sentido, las restricciones políticas a los indígenas pueden verse como reacción a los espacios de poder que obtuvieron en las guerras políticas. El proceso de independencia puede verse como la reconfiguración de las estructuras de poder, donde las disputas de cau-

¹⁷⁵ Cristóbal Aljovín, *Caudillos y constituciones, Perú 1821-1845*. Lima: PUCP, FCE, 2000, p. 79.

¹⁷⁶ Mark Thurner, *Op. cit.*, p. 64.

¹⁷⁷ Cristóbal Aljovín, *Op. cit.*, p. 195.

dillos involucraron a una diversidad de actores sociales que terminaron redefiniendo los patrones coloniales.

De otro lado, los discursos que aparecieron en el contexto de la independencia nos plantean la imagen de una “familia” de peruanos. Esto no era tan artificial como puede parecer a simple vista. Por razones políticas, laborales, religiosas y de vida cotidiana, se formaron redes sociales que conllevaron clientelismo, compadrazgo, lealtades, e inclusive relaciones de parentesco entre criollo e indígenas. Cristóbal Aljovín señala que estos sentían orgullo de tener un ancestro indio, siempre y cuando proviniera de la nobleza incaica. Estos vínculos resultaban indispensables para la movilización política, como ocurrió con el movimiento de 1814 liderado por los hermanos Angulo y el cacique Mateo Pumacahua.

Los grupos indígenas se vincularon a la política y aprendieron el lenguaje constitucional y republicano al interior de los ejércitos patriotas y en las pugnas caudillistas. Un resultado de esto puede observarse en la exigencia de beneficios al Estado; un buen currículum en el ejército patriótico convertía a un indio en un buen ciudadano, con derecho a esperar su recompensa por el servicio prestado al país. Muchos lograron ser exentos del pago del tributo, puestos en la burocracia menor y tierras de propiedad estatal. Aunque esto puede inclinarnos a considerar que los indios veían su vínculo con el Estado como una relación de clientelaje, es obvio que también estuvieron interesados, en la medida que la sociedad indígena era afectada por las decisiones gubernamentales, en influenciar en el poder político y participar de él. En la práctica las jerarquías sociales y los patrones culturales de la sociedad poscolonial se vieron constantemente cuestionados y redefinidos por la sociedad indígena.

No obstante, una vez que el Estado fue fortaleciéndose y se lograba cierta estabilidad política, retornaron los discursos conservadores que dominaron el imaginario ideológico y político del siglo XIX. Uno de los problemas era que el grueso de los criollos no tenía la representación de una sociedad basada en la equidad política y jurídica. Vidaurre, por ejemplo, pensaba que cuando un delito era cometido por personas de estatus desiguales, el castigo debía ser diferente que cuando lo cometía alguien de la

“plebe”.¹⁷⁸ Por su parte, Benito Laso señalaba que los indios carecían de los requisitos necesarios para la ciudadanía porque les faltaban las virtudes cívicas y educación: “Él argumentaba que el derecho de los indígenas a votar antes de que cambiaran sus hábitos, costumbres y usos era peligroso porque se les manipulaba con facilidad”; Laso “no negaba el derecho al voto a los indios en cuanto tales ni por pertenecer a una eventual raza inferior, sino por su falta de educación”.¹⁷⁹ La educación y la estabilidad política fueron el tema de debate de la época posindependentista. No obstante, los discursos y las medidas políticas dirigidas a los indios muestran que los criollos no pudieron superar los patrones etnocéntricos implícitos en la intención de ilustrarlos o “civilizarlos”, así como en las distintas versiones del paternalismo político.

¹⁷⁸ Cristóbal Aljovín, *Op. cit.*, p. 86.

¹⁷⁹ *Ibidem*, p. 123.

CAPÍTULO III:
VICIOS Y ALBOROTADORES:
LA “PLEBE” LIMEÑA Y LA REVOLUCIÓN

“[...] varios esclavos de las haciendas circunvecinas han confundido la libertad [y] no solamente han abandonado sus casas y galpones, sino que se han entregado a cometer los mayores excesos [...]”.¹⁸⁰

José de San Martín (15 de julio de 1821).

Este capítulo analiza las representaciones de los criollos independentistas sobre los grupos populares de Lima conocidos como la “plebe”. La idea central es que los criollos buscaban incorporar a las clases populares en el bando patriota, pero al mismo tiempo tenían que asegurarse el control social sobre ellas. En el proceso de involucrar a negros, mestizos y esclavos como milicianos urbanos, estos se organizaron en montoneras y bandas a través de las cuales participaron en las guerras políticas y se convirtieron en actores indispensables para los caudillos de la temprana república.¹⁸¹ La agencia política que adquirieron estos grupos trastocó el orden social. Esclavos y “plebeyos” conformaron los llamados “cuerpo cívicos”, especie de milicias urbanas que controlaron la ciudad y se constituyeron en las fuerzas de reservas para la defensa de la capital. No es difícil imaginar el pánico de las élites a que ocurriera una revuelta popular como la de Haití. De este temor provienen las imágenes negativas, cargadas de recelo y agresividad, sobre los grupos populares; los presentan como licenciosos, dominados por el fervor a los juegos y diversiones públicas; sin racionalidad y alborotadores del orden social; individuos sin capacidad política porque actúan bajo el efecto del licor y la manipulación.

¹⁸⁰ Colección Documental de la Independencia del Perú. *Obra de gobierno y epistolario de San Martín*, tomo XIII, vol. 2. Lima: 1976, p. 338.

¹⁸¹ En general, es una época de ascenso de los grupos subalternos como actores de las guerras políticas. Los caudillos militares necesitaban del respaldo de la multitud para doblegar las fuerzas de sus opositores y para legitimar sus aspiraciones de poder. A falta de la legitimidad en las ánforas, se buscó reemplazarla con el apoyo del “pueblo” en los espacios públicos.

Por otro lado, en el marco de la construcción de un régimen republicano, los criollos se plantearon modernizar la ciudad, reformar la cultura popular limeña y fomentar la educación y las letras; el objetivo era la formación de un sujeto virtuoso, ilustrado, con capacidad de autocontrol. Asimismo, se planteó la necesidad de crear sujetos productivos; esto es, individuos con disciplina laboral, funcionales a los proyectos de promoción de industrias y de aumento de la productividad. Así, se trata del inicio de un nuevo reordenamiento urbano, de la prohibición de las costumbres festivas y de la formulación de proyectos educativos dirigidos a las “clases bajas”.

El supuesto es que en la política republicana, los grupos subalternos encuentran formas de inclusión en los engranajes de poder a nivel local. Lo que se observa en la política republicana son redes de dependencia y lealtad entre criollos y las organizaciones gremiales de la “plebe”. Es conocida la capacidad de José de la Riva-Agüero para movilizar a las multitudes populares, como ocurrió en el motín para defenestrar a Monteagudo. El capítulo está dividido en dos partes y un epílogo. En primer lugar, presentamos las acciones de San Martín para reclutar a esclavos y negros en el Ejército Patriota, como sus implicancias sociales y políticas en el contexto de la militarización de la sociedad limeña; aquí el punto es resaltar el trastrocamiento del orden social y las jerarquías que provocó la formación de montoneras y milicias urbanas. En segundo lugar, analizamos las percepciones y los intentos por ordenar la ciudad y reformar la cultura plebeya: fiestas, diversiones y juegos; aquí el punto es ver cómo se construye la imagen de la plebe como agente perturbador del orden público en la vida cotidiana. Por último, en el epílogo ofrecemos algunas conclusiones sobre la participación política de la “plebe” en los bandos de caudillos que se disputaron el poder.

3.1 Jugando con fuego popular

Desde los primeros momentos, San Martín buscó constituir bases de apoyo popular a la causa patriota; en Huaura publicó un bando el 23 de febrero de 1821 por el cual se ofrecía la libertad a los esclavos que se unieran al Ejército Libertador: “Decreto, a fin

de que en el acto expresen su voluntad y queden para siempre en la esclavitud, si la prefiere, o pueden ya contarse entre los hombres libres. Si algún propietario tratase de ocultar o violentar sus esclavos por cualquier medio que sea, será puesto a juicio sin demora”.¹⁸² Esta medida ponía en cuestión no solo la propiedad y economía de los hacendados del *hinterland* limeño, sino que implicaba el trastocamiento social porque el esclavo se convertía en hombre libre y soldado de la patria. El esclavo vuelto miliciano o “ciudadano armado” podía dirigir su arcabuz contra su ex amo, como de hecho ocurrió: muchos de ellos “so pretexto de recoger godos” se introducían en casas particulares y se les podía ver conduciendo a punta de mosquete a “peninsulares prisioneros”, algo inimaginable antes de la independencia.¹⁸³ En un bando dado el 7 de agosto de 1821 por San Martín, se decía: “Con dolor he sabido que [la] base [de la seguridad y la propiedad] ha sido atacada por algunos malvados que tomando el nombre respetable del gobierno y otras autoridades, han cometido excesos y abusos escandalosos”.¹⁸⁴ En otro bando del 17 de julio de 1821 se afirmaba que “algunos individuos acalorados, atropellan, persiguen é insultan á los españoles con amenazas y dicterios”.¹⁸⁵

Para San Martín la convocatoria a los negros y la “plebe” era indispensable para engrosar las tropas del Ejército Libertador y controlar a los grupos de españoles y criollos realistas que habían permanecido en Lima; no menos importante era el objetivo de restarles posibles soldados a los generales realistas (el primer contingente de tropas enviado desde Lima para combatir el levantamiento de Túpac Amaru estuvo conformado por libertos extraídos del Regimiento de Mulatos de Lima).¹⁸⁶ Pero el general argentino tenía también argumentos ideológicos y humanitarios para procurar la liberación de los esclavos; en el decreto que otorgaba la libertad de vientres se señalaba: “los hombres han comprado á los hombres, y no se han avergonzado de degra-

¹⁸² Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de Viajeros*, tomo XIII, vol. 1º. Lima: 1971, p. 339

¹⁸³ Carmen Mc Evoy, “De la comunidad retórica al Estado-Nación: Bernardo Monteagudo y los dilemas del republicanismo en ‘América del Sud’, 1811-1822. En: José Nun y Alejandro Grimson (comp.), *Convivencia y buen gobierno: Nación, nacionalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires: Edhasa, 2006, p. 72.

¹⁸⁴ Colección Documental de la Independencia del Perú, *Obra de gobierno y epistolario de San Martín*, tomo XIII, vol. 2º. Lima: 1974, p. 352.

¹⁸⁵ *Ibidem*, p. 330.

¹⁸⁶ John Fisher, *El Perú borbónico, 1750-1824*. Lima: IEP, 2000, p. 146.

dar la familia á que pertenecen, vendiéndose unos á otros”; asimismo, San Martín pensaba que la manumisión de los esclavos tenía que ser un proceso gradual, pues deseaba evitar, en lo posible, conflictos con la aristocracia y los propietarios de esclavos: “Yo no trato, sin embargo, de atacar de un golpe este antiguo abuso: es preciso que el tiempo mismo que lo ha sancionado lo destruya; pero Yo sería responsable á mi conciencia pública á mis sentimientos privados, sino preparase para lo sucesivo esta piadosa reforma”.¹⁸⁷ Así, el sentido de la manumisión de vientres decretada por San Martín el 12 de agosto de 1821 era contribuir a socavar el sistema esclavista. En esa perspectiva se decretaron algunas medidas para disminuir las relaciones violentas entre señores y esclavos. En efecto, el 16 de octubre se decretó que los castigos a los esclavos debía hacerse con la intervención de la autoridad pública. De este modo, los propietarios no podrían imponer castigos físicos libremente; el Estado se ponía como mediador entre el esclavo y su amo.¹⁸⁸

Ahora bien, los esclavos asimilaron y reinterpretaron los mensajes de libertad y cambio social que difundía la propaganda patriota. Carlos Aguirre señala que un recuento de esclavos en la hacienda de Santa Beatriz en 1821 arrojó un total de 32 esclavos fugados entre hombres, mujeres y muchachos: “Además según las quejas del hacendado, los esclavos ‘salían y entraban sin querer trabajar’, manejándose ‘con arrogancia, con insulto y desenfreno’. Incluso una esclava admitió ante el Juez ‘la ninguna reverencia y desacato con que regresamos después de servir a la patria’”.¹⁸⁹ El viajero Basil Hall cuenta que el enrolamiento en los ejércitos patriotas fue aprovechado por los esclavos para desligarse de sus propietarios. Hall relata el caso de una negra que para liberar a sus hijos los ofreció a San Martín como soldados: “exclamó que tenía tres hijos que ofrecerle, los que esperaba se convertirían ahora en miembros útiles de la sociedad en vez de ser esclavos como hasta entonces”.¹⁹⁰

¹⁸⁷ Colección Documental de la Independencia del Perú, *de gobierno y epistolario de San Martín*, tomo XIII, vol. 1°. Lima: 1974, p. 340.

¹⁸⁸ Obviamente, los propietarios se resistirían a la intervención pública en un asunto que para ellos era privado por cuanto el esclavo era un bien particular; por ello San Martín reclamó el ejercicio de ‘castigos correccionales y moderados como los encierros, prisiones y otra clase de privaciones Carlos Aguirre, *Agentes de su propia libertad. Los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud, 1821-1854*. Lima: PUCP, 1991, p. 163.

¹⁸⁹ Carlos Aguirre, *Op. cit.*, p. 245.

¹⁹⁰ Basil Hall, *Op. cit.*, p. 236

La importancia que San Martín daba a los negros (esclavos y libertos) se debía a que eran el componente mayoritario de la población limeña; cuando los hombres de la época se refieren a la “plebe” casi siempre estaban pensando en los negros o sus descendientes. Según cifras obtenidas por John Fisher, en 1795 la población negra era de 28,000 (10 mil libertos y 18 mil esclavos), número que superaba a indios y mestizos (15 mil), e incluso a españoles (20 mil).¹⁹¹ A ello hay que considerar que los negros eran un grupo numeroso en poblaciones próximas como Ica, donde vivían 8 mil, o Chancay y Cañete que albergaba a 9 mil. Se entiende, entonces, la preocupación por incorporarlos a la causa patriota y, como veremos luego, la presencia que ganarán los negros en los espacios públicos. De por sí su número provocaba temores entre las élites. Más aún cuando muchos negros destacaron como soldados y como jefes de bandoleros y montoneras que actuaban con relativa autonomía frente al Ejército Libertador.

En efecto, el bandolerismo fue un fenómeno importante en la independencia y la temprana república. La coyuntura fue aprovechada por estos grupos que, por lo general, actuaban en apoyo del ejército patriota. La vinculación con las guerras de independencia les permitió beneficiarse del clima de inestabilidad y ejercer el robo y fechorías en nombre de ideales políticos.¹⁹² Por otro lado, el bandolerismo era un extendido medio de vida para segmentos de las clases populares; según una muestra realizada por Carlos Aguirre sobre acusados y sentenciados de bandidaje entre 1821 y 1854, casi 40% eran esclavos, los restantes eran hombres libres, entre los que predominaban negros, zambos y mulatos.¹⁹³ Por lo común, actuaban en las inmediaciones de la capital y tenían redes de colaboradores al interior de ella. Estos se encargaban de vender el producto de los asaltos, facilitaban información y cooperaban cuando había que ocultarlos. “Plebe” y bandoleros se confundían ante los ojos de las élites y la asimilación de discursos políticos por parte de estos grupos generaban la fantasía de una revuelta popular dirigida por los jefes de bandidos.

¹⁹¹ John Fisher, *Op. cit.*, p. 147.

¹⁹² Charles Walker, “Montoneros, bandoleros, malhechores: criminalidad y política en las primeras décadas republicanas”. En: Carlos Aguirre y Charles Walker, *Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario, 1990.

¹⁹³ Carlos Aguirre, *Op. cit.*, p. 257.

Durante el sitio de Lima por el Ejército Libertador y las montoneras populares, españoles y criollos realistas pasaron a la defensiva; al interior de la ciudad se difundió el rumor de que negros y esclavos preparan un levantamiento contra los blancos. La ansiedad se apoderó de las familias de las élites; cuando las tropas de La Serna traspasaron las murallas, grupos enteros de familias tomaron camino al Callao o buscaron refugio en las iglesias. Según el testimonio de Basil Hall, las calles estaban atestadas de coches y mulas cargadas de familias que huían de la capital. Toda la noche continuó la confusión y al amanecer se sintió una tensa calma.¹⁹⁴ El 5 de julio de 1821 la ciudad se quedó bajo el control de doscientos milicianos deficientemente armados.

Se esperaba que estos milicianos entregaran la ciudad en cuestión de horas a San Martín, pero el Ejército Libertador haría su ingreso recién el 9 de julio. Durante cuatro días la población vivió sobresaltada por el descontrol de la multitud. Flores-Galindo afirma que la conducta de las élites alentaron el estallido de un motín popular pues al abandonar desesperadamente casas y comercios, provocaron un desconcierto que fue aprovechado por turbas populares la tarde del 5 de julio; los pocos milicianos que dejó La Serna perdieron el control de las calles ante la multitud que saqueaba tiendas y panaderías: “Las filas de saqueadores se incrementaron con los esclavos que huían de las prisiones, los negros jornaleros que se sentían libres de sus amos y aquellos otros convencidos que la partida de los realistas equivalía a la libertad ansiada”.¹⁹⁵ Sin embargo, este motín no estaba asociado a un programa popular de los grupos subalternos, ni contó con organización o dirección política. Por el contrario, se afirmó que en realidad se trató de una asonada provocada para causar zozobra y presentar el ingreso del ejército patriota como la única alternativa para lograr la paz interna. Al parecer las turbas arremetieron contra casas y establecimientos de los españoles que habían huido a los castillos del Callao (hecho que ponía de manifiesto su realismo), pero no se atentó contra ninguna propiedad de la alta aristocracia, ni contra las instituciones simbólicas del virreinato: el Tribunal del Consulado, el palacio del Virrey, el Cabildo o las iglesias.

¹⁹⁴ Basil Hall, *Op. cit.*, p. 226.

¹⁹⁵ Alberto Flores Galindo, *La ciudad sumergida. Aristocracia y plebe en Lima, 1760-1830*. Lima: Editorial Horizonte, 1991, p. 171.

Luego de cuatro días de caos y desgobierno, el ingreso de San Martín a Lima aparecía como la solución para restaurar el orden interno y la tranquilidad pública. En *Los Andes Libres* se haría alusión a este hecho: “Huyen cobardemente [los realistas] á la vista de las legiones victoriosas del HEROE LIBERTADOR, y la dexan al arbitrio de una plebe desenfrenada y resentida, sin autoridad para contenerla, sin dinero y sin armas para hacer respetar la pública seguridad y la ley”; luego se agregaba que con la entrada del general argentino: “el orden se restablece, se consolida la pública seguridad”.¹⁹⁶ En la reunión del cabildo de Lima (el 15 de julio de 1821) en la cual se deliberó sobre la declaración de la independencia, José de Arriz esgrimió un argumento similar; señaló la posibilidad de una revuelta popular ante una ciudad desguarnecida: “quando con la vecindad de sus tropas esperaban nuestras indefensas mujeres, tiernos hijos y azoradas familias, que acaso esa misma noche fuese la última de sus existencias, pereciendo víctimas del furor de los indígenas conmovidos en las provincias inmediatas, y de la plebe que es arrastrada por la embriaguez, tumulto y confusión”; en esa situación, decía Arriz, San Martín aceptó a que “nos socorriese, defendiese y precaviere de todo peligro interior y exterior”.¹⁹⁷

El problema era que San Martín si bien trataba de mantener buenas relaciones con las élites, tuvo que recurrir a la formación de milicias populares para controlar a los grupos de españoles realistas que habían decidido permanecer en la ciudad y que conspiraban constantemente contra el régimen protectoral. Su ministro de Estado, Bernardo Monteagudo, fue el personaje que asumió la tarea de formar los “cuerpos cívicos”, grupos populares armados e integrados por esclavos, tenderos, artesanos, pequeños comerciantes, “menestrales” y otros que se constituyeron en una guardia de reserva del Ejército Libertador. Las élites percibían a estos contingentes como un peligro social pues podían adquirir autonomía e influir en el rumbo que tenía el proceso de independencia; podían generar la temida revolución popular. Así fue percibido por un viajero de la época: “aunque bajo las órdenes de oficiales de San Martín; eran tropas

¹⁹⁶ *Los Andes Libres*, 24 de julio de 1821.

¹⁹⁷ Colección Documental de la Independencia del Perú, *Obra de gobierno y epistolario de San Martín*, Tomo XII, vol. 1°. Lima: 1974, p. 15.

salvajes, indisciplinadas y podían entrar en la plaza en masa tan pronto como la evacuación de los españoles”.¹⁹⁸

Los denominados “cívicos” recibían adoctrinamiento político y adiestramiento militar. Como es fácil suponer, estos soldados desbordaron la dirección patriota y tomaron represalias contra sus antiguos propietarios; los espiaban y cometían una serie de robos y fechorías que hicieron de algunas zonas de Lima, lugares intransitables durante la noche.¹⁹⁹ La formación de los “cívicos” tenían el propósito de hacerse de una base social que sustentara el Protectorado contra la oposición realista que permanecía en Lima y de los patriotas criollos como José de la Riva-Agüero, Faustino Sánchez Carrión y Francisco J. Mariátegui que criticaban el proyecto monárquico de San Martín. Parte importante de los cívicos provenían de Abajo el Puente, y de profesión eran artesanos, tenderos y pequeños comerciantes; como tenían que suspender sus labores para asistir a los adoctrinamientos, Monteagudo dispuso medidas para “evitar el perjuicio que podrían sufrir los artesanos y menestrales que asistan al ejercicio diario” prohibiendo que durante los ejercicios militares y doctrinales “se abra ninguna tienda o casa de tráfico hasta la hora en que aquellos se retiren”.²⁰⁰ Los cívicos fueron agrupados por barrios y cuarteles, y respondían al mando de un comisario. También los distinguían por criterios étnicos y sociales: pardos, blancos de caballería, morenos libres, esclavos, patricios y una “legión peruana”. Según Gustavo Montoya, en julio de 1822 había 3,828 cívicos entre jefes, oficiales y tropa.

Por otro lado, la situación de inestabilidad fue aprovechada por algunos “cívicos” que trataron de apropiarse de los bienes y negocios en las cuales servían. El Juzgado de Secuestros del Archivo General de la Nación registra numerosos litigios sobre los bienes que los españoles dejaron al huir al Real Felipe. Es el caso de Tomás Villanueva a quien Mercedes Cuellar acusa el 20 de agosto de 1821 de no querer devol-

¹⁹⁸ Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*, t. XXVII, vol. 1. Lima: 1971, p. 105.

¹⁹⁹ Según testimonios de la época, el número de robos y asaltos aumentaron durante la noche, por lo cual el 27 de setiembre de 1821 San Martín ordenó a los comisarios recoger las armas en poder de las milicias y entregarlas solo cuando fuera necesario defender la ciudad. Colección Documental de la Independencia del Perú, *Obra de Gobierno y Epistolario de San Martín*, tomo XIII, vol. 1°. Lima: 1974.

²⁰⁰ Citado en Gustavo Montoya, *Op. cit.*, p. 120.

verle su pulpería de la calle del Prado, en Carmen Alto. Villanueva era soldado del “Batallón de Cuerpos Cívicos” y asumió la atención del negocio como dependiente; allí comerciaba aguardiente, vino, manteca, pan y queso. Ante el Juez de Letras presentó un recurso de defensa declarando que la “chingana” era propiedad de José Córdova y que “quando llegó la patria a esta ciudad trató de traspasarme la mencionada chingana que en efecto se realizó”.²⁰¹ Añade que Córdova era ingeniero de artillería del ejército realista y que estaba en “el castillo del Callao siguiendo su tenacidad”. La intención de Villanueva se transparenta cuando señala que en razón de tal hecho, la propiedad debía pasar a manos del Estado, correspondiéndole a él llevar el negocio y pagar una renta al gobierno: “Por bando promulgado en esta capital todas las propiedades de estos contumases que se hallan encerrados allí, y no han querido venir, ni comparecer á gozar de la piedad y lenidad sean aplicados sus bienes al Estado”.²⁰² Al parecer, Villanueva cree que mediante el Estado puede obtener la administración de la pulpería, como en efecto ocurría que diversas propiedades de españoles y criollos realistas pasaron a propiedad de los oficiales del Ejército Patriota.²⁰³ Sin embargo, los testigos que presentó Mercedes Cuellar demostraron que ella era la verdadera propietaria y que lo señalado por Villanueva era un invento; este no asistió a los ca-reos y el litigio acabó en una sentencia favorable a Cuellar.

Lo significativo de estos hechos fue que las guerras de independencia abrieron un periodo de pugnas políticas que implicó la movilización de los grupos populares. A su vez, estos grupos contaban con sus propias organizaciones: montoneras y bandas, las cuales combinaron el bandidaje con la lucha faccional. Innumerables robos y ataques se hacían en nombre de algún caudillo.²⁰⁴ Por otro lado, los grupos populares establecieron relaciones de clientela y dependencias con los caudillos y las élites políticas. Un ejemplo de esto es el caso mencionado por Carlos Aguirre sobre el esclavo Melchor, miembro del Gremio de Aguadores de Santo Cristo, que fue detenido por su ama, debido al incumplimiento del pago del jornal. Este gremio había partici-

²⁰¹ AGN. Juzgado de Secuestros, leg. 1, cuad. 29, fol. 9.

²⁰² *Ibidem.*

²⁰³ Por ejemplo, las haciendas Santa Rosa del Caucho y Polan de Fernando del Maso adjudicados a los “jefes del Ejército Libertador”. AGN. Juzgado de Secuestros, leg. 1, cuad. 29, fol. 55.

²⁰⁴ Carlos Aguirre, *Op. cit.*, p. 266. Según Cristóbal Aljovín, la población urbana popular resultó la más afectada por las nuevas formas de tributación y en consecuencia, se sintió motivada para participar en política. Cristóbal Aljovín, *Op. cit.*, p. 58.

pado en las movilizaciones políticas dando su apoyo, entre otros, a Rufino Echenique. Los compañeros de Melchor dirigieron un memorial al entonces presidente Echenique aduciendo que habían peleado por su causa y que estaban “pronto a sostenerlo” con sus vidas. El juicio se interrumpió luego de este recurso.²⁰⁵ Así, el principal cambio que trajo la independencia fue la apertura de la política a las clases populares. Pero al mismo tiempo se observa que desde el Estado se dirige todo un paquete de medidas para controlar y disciplinar su vida social y cultural. A continuación veremos este tema.

3.2 La cultura plebeya: fiestas y diversiones públicas

La independencia supuso una crítica cultural a los hábitos y costumbres coloniales. Para la élite liberal, el cambio de sistema social requería de una nueva cultura. En ese sentido, se plantearon cuestiones políticas, de control social, económicas y de modernización. En primer lugar, para los criollos independentistas los juegos y diversiones populares eran percibidos como pilares de la dominación colonial. Así, cuando se prohibieron las peleas de gallos, se señalaba: “Nada importaría hacer la guerra á los españoles, sino lo hiciésemos también á los vicios de su reinado: salgan de nuestro suelo los tiranos, y salgan también todos sus crímenes”.²⁰⁶ En buena cuenta, se consideraba que las fiestas y diversiones contrariaban la formación de ciudadanos virtuosos que fueran el cimiento del régimen representativo. En ese sentido, la reforma de la cultura popular era constitutiva al nuevo régimen político.

En segundo lugar, se argumentaba que estas diversiones provocaban disturbios y desorden social. Por ejemplo, la lidia de gallos era un espectáculo que daba lugar a apuestas, al consumo de licor, al humor procaz y la música sensual; esta diversión solía terminar en fiestas con desenlaces violentos. Por ello San Martín prohibió el juego, pero como señala el viajero Gabriel Lafond “el gusto nacional se indignó co-

²⁰⁵ Carlos Aguirre, *Op. cit.*, p. 140.

²⁰⁶ Juan Oviedo, *Colección de leyes, decreto y órdenes publicadas en el Perú desde el año 1821 hasta el 31 de diciembre de 1859, tomo IV*. Lima: Felipe Bailly Editor, 1861, p. 332. En 1822, Gabriel Lafond observó que el gobierno republicano usaba de las diversiones para el control social: “se decía que el gobierno hacía organizar corridas de toros cuando quería derivar la atención del pueblo de los asuntos públicos”. Gabriel Lafond, *Op. cit.*, p. 126.

ontra esta prohibición, llevándose a cabo partidas clandestinas muy frecuentes”, y como no podían ser vigiladas por las autoridades, se optó por “hacerlas libremente, siendo suspendida la medida”.²⁰⁷ Aunque en los testimonios de la época este juego es considerado una diversión plebeya, no pasaba desapercibido que la clase alta era asidua a él: mujeres, religiosos, autoridades y aristócratas visitaban el coliseo de Lima. Para ellos se habilitaron palcos enrejados que los protegían de la mirada del público, pues se trataba de “jugadores discretos que preferían no ser reconocidos”.²⁰⁸ Según Roberto Proctor, Torre-Tagle tenía la reputación de ser un “jugador incorregible”.²⁰⁹

Por otro lado, las diversiones y los juegos de azar daban lugar al encuentro y mezcla de clases y “razas” que ponían en cuestión las jerarquías sociales que separaban élite culta y pueblo ignorante. Carlos Aguirre cuenta que cuando una casa de juegos fue intervenida por la policía, entre los detenidos figuraron, entre otros, cinco religiosos franciscanos y tres seglares, dos desertores del escuadrón de policía, dos miembros de la milicia cívica, uno del regimiento de Huampaní, uno de la Contaduría General y dos esclavos.²¹⁰ Según Stevenson, en las casas de juego de Miraflores, Chorrillos y Lurín los asistentes tenían procedencias sociales divergentes, pues en las mesas de juego “se confunden indiscriminadamente, el maestro y el esclavo, el marqués, el conde, el mecánico y el buhonero”; había también mezcla de géneros en el juego: “algunas mujeres ahora y entonces se juntan para esa diversión de moda”.²¹¹ Como la prohibición de San Martín no fue acatada, se decretó que los esclavos o esclavas serían dispensados del delito de juego con tal de que denunciasen a las autoridades “las reuniones que hayan en casa de sus amos con el objeto de jugar juegos prohibidos”.²¹²

²⁰⁷ Gabriel Lafond, *Op. cit.*, 125.

²⁰⁸ *Ibidem*, p. 123.

²⁰⁹ Roberto Proctor, *Op. cit.*, p. 250.

²¹⁰ Carlos Aguirre, *Op. cit.*, p. 176.

²¹¹ William Bennet Stevenson, “Memorias sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*, tomo XXVII, vol. 3°. Lima: 1971, p. 165.

²¹² Decreto Supremo de 25 de enero de 1821, firmado por Bernardo Monteagudo y Torre-Tagle. Colección Documental de la Independencia del Perú, *Obra de gobierno y epistolario de San Martín*, Tomo XII, vol. 1°. Lima: 1974, p. 344.

En tercer lugar, se criticaban las costumbres festivas porque dificultaban la adopción de un régimen laboral de tipo capitalista. Los criollos independentistas creían que había llegado el momento de expandir las fuerzas económicas y lograr la prosperidad del país. Como decía Monteagudo, la labor del gobierno de San Martín había sido fomentar el uso del conocimiento científico en la explotación de los recursos del país. En el caso de la minería escribía: “El gobierno espera que vengan [...] a establecerse en el país compañías científicas de mineralogistas, que empleando la acción combinada de la luz y de la fuerza, saquen del seno de los Andes los inmensos tesoros que la ignorancia y la pereza no han alcanzado a descubrir”.²¹³ El problema era que el carácter festivo del limeño era percibido como un elemento contrario a la racionalidad económica. Por un lado, desviaba las fuerzas de trabajo hacia el ocio (era común la crítica al San Lunes; la costumbre de no trabajar ese día para prolongar la fiesta del fin de semana o reponer el cuerpo), y por otro obstaculizaba el ahorro y la acumulación de los propietarios y las familias. En cierto sentido era una crítica al hombre dominado por el vicio y la sensualidad, cuya consecuencia era la erosión de la sociedad y la institución familiar; Proctor señala que: “algunas de las familias más opulentas continuamente están por el juego en la pobreza”.²¹⁴ El tema que surge, entonces, es la necesidad de disciplinar a los trabajadores. La implementación de manufacturas en Lima requería de un régimen laboral que no fuera interferido por el nutrido calendario festivo y el culto a San Lunes. A diferencia del periodo colonial donde las diversiones eran vistas como formas de distensión social, en la sociedad republicana estas se traducían en pérdidas económicas: “Un día de toros es un día perdido para el trabajo y los negocios, y un día que se absuerve el producto del trabajo y negocios de muchos días”.²¹⁵ La racionalidad capitalista pugnaba por imponerse.

Finalmente, estaba la cuestión de la modernización de la ciudad. La reforma de la cultura plebeya estaba relacionada a la necesidad de un nuevo reordenamiento urbano y del control de los espacios públicos. Gabriel Ramón Joffré señala que la reforma y modernización de la ciudad era consustancial a la instauración del régimen republi-

²¹³ Bernardo Monteagudo, “Exposición de las tareas administrativas del gobierno desde su instalación hasta el 5 de julio de 1822”. En: Bernardo Monteagudo, *Mártir, o Libre*. Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1965, p. 112.

²¹⁴ Roberto Proctor, *Op. cit.*, p. 254.

²¹⁵ *El Sol del Perú*, 21 de marzo de 1822.

cano. La modernización de la capital estaba asociada a combatir “lo atrasado, lo sucio, lo bárbaro, en fin, acabar con las disfunciones e insertar a la ciudad en el flujo civilizador”.²¹⁶ La idea es que las élites republicanas asociaban el desarrollo político con la reconstitución física, administrativa y/o simbólica de la ciudad. Las capitales debían funcionar como centros del nuevo poder y, por ello, asegurar el orden interno resultaba clave para el orden político, así como para su inserción en la economía mundial. Dice Gabriel Ramón: “De poco valía haber asumido un régimen político caracterizado como civilizado, si la capital mantenía demasiados trazos de barbarie”.²¹⁷

El problema era que con la quiebra del régimen colonial y el relajamiento de los mecanismos de control de la era borbónica, la “plebe” recuperó presencia en las plazas y calles de la ciudad impregnando el medio urbano con sus costumbres y personajes; los testimonios de la época y las acuarelas de Pancho Fierro dan cuenta de los vendedores ambulantes de la Plaza Mayor: los indios heladeros, las negras mazamorreras, las vendedoras de comida, las pescaderas y fruterías. Los tugurios eran otra señal de lo plebeyo; proliferaban en el centro de la ciudad los callejones, casas de vecindad y conventillos, mientras que en los barrios periféricos las barracas, cabañas, guangualíes y ranchos.²¹⁸ El régimen republicano, entonces, se propuso la recuperación de la Plaza como espacio de flujo y reforzó el control policial de las áreas populares. José de la Riva-Agüero, Presidente de la Municipalidad de Lima, ordenó el 13 de agosto de 1821 que se pusieran iluminación en las puertas y los balcones de las calles pues se había “notado que casi diariamente se experimentan robos en las calles, y que los malhechores se disfrazan con el uniforme militar para cometer toda clase de crímenes”.²¹⁹ Sobre los atracadores y ladrones de casas, José Gálvez ha retratado a estos personajes, así como a los serenos que patrullaban las oscuras calles de Lima.²²⁰

²¹⁶ Gabriel Ramón Joffré, *La muralla y los callejones. Intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX*. Lima: SIDEA, PROMPERÚ, 1999, p. 18.

²¹⁷ *Ibidem*, p. 28.

²¹⁸ *Ibidem*, p. 30.

²¹⁹ Colección Documental de la Independencia del Perú, *Obra de gobierno y epistolario de San Martín*, tomo XIII, vol. 2°. Lima: 1974, p. 355.

²²⁰ José Gálvez, *Una Lima que se va*. Lima: Editorial Universitaria, 1965; también *Estampas limeñas*. Lima: Concejo Provincial de Lima, 1935.

En general, la voluntad de controlar la conducta pública puede ilustrarse con noticias casi anecdóticas, pero muy reveladoras, como las ordenanzas de Riva-Agüero para erradicar el hábito de tirar basura y perros muertos en las calles y acequias; o en esa orden del 22 de agosto que señalaba que: “Los comisarios de barrio amonestarán [...] á todo el vecindario, para que no vacíen á la calle los orines desde los altos”.²²¹ Las pulperías y chinganas también se pusieron bajo la mira municipal. Estos recintos eran concurridos por la “plebe” para beber y consumir comidas picantes, donde también se bailaba y cantaba. Como muchas de estas reuniones acababan en reyertas, el 21 de agosto de 1821, Riva-Agüero ordenó que: “Los mostradores de dichas pulperías y chinganas serán colocadas á media vara de la puerta de la calle, para evitar toda concurrencia interior, de que se origina con el calor de la embriaguez, riñas y homicidios”; la responsabilidad de impedir la aglomeración recaía en el tendero: “El pulpero que consienta grupos de gente en la puerta de su pulpería, ó que profieran palabras obscenas, será multado con diez pesos”; como la moral y la pedagogía era también tarea de las autoridades, se decía: “Las palabras obscenas recuerdan aquella desgraciada época en que nos dominaba la España, y en que el libertinaje y abandono hacían ostentación de la inmoralidad y del vicio: el pueblo de Lima tan suave, tan moderado, y tan amante de la decencia y del orden, corregirá los resabios que algunos pocos individuos han tomado en la licenciosidad de los enemigos: evitarán que se profieran palabras impropias de un pueblo ilustrado, y correspondientes solamente á aquellas gentes soeces que las introdujeron”.²²²

Por otro lado, el reverso de estos esfuerzos por reformar la cultura de las clases populares, estuvo en el fomento de las letras y la educación del pueblo. Lo novedoso del periodo republicano fue que se propusieron la ilustración de los grupos populares como modo de integración y control social. El 23 de febrero de 1822, por ejemplo, Torre-Tagle decretó que: “En todos los Conventos de regulares existentes en el territorio del Estado, se formará una escuela gratuita de primeras letras”.²²³ Para el gobierno la educación estaba íntimamente asociada a la construcción del sistema republicano, en el sentido que creaba hombres con valores cívicos: “para que la educa-

²²¹ Colección Documental de la Independencia del Perú, *Op. cit.*, p. 362.

²²² *Ibidem*, p. 360.

²²³ Colección Documental de la Independencia del Perú, *Op. cit.*, p. 291.

ción de un pueblo sirva de apoyo a las instituciones”.²²⁴ En ese sentido, la implementación de las escuelas gratuitas mediante el método lancasteriano estudiado por Juan Fonseca, tenían también una orientación política, pues serviría “como modeladora de ciudadanos y como un medio de incorporar a los sectores populares a la naciente vida nacional”.²²⁵ En estos objetivos las mujeres también estaban incluidas; señalaba un decreto dado por San Martín que: “Con el objeto de hacer trascendentales las ventajas de este establecimiento a la educación del bello sexo, que el gobierno español ha mirado siempre con una maligna indolencia, se encarga mui particularmente a la Sociedad Patriótica medite los arbitrios mas aparentes para la formación de una escuela normal, destinada a la instrucción de las niñas”.²²⁶

Otra manera de fomentar la ilustración de los grupos subalternos fue a través del fomento de la ópera y el teatro culto. Se consideraba que el teatro debía servir para la difusión de ideas y valores modernos; es decir, debía tener un sentido pedagógico. Por ello, Monteagudo designó a Felix Devoti como censor de teatros para supervisar a los actores y las piezas que podían ir contra la moral y la sensibilidad republicana.²²⁷ Según *El Correo Mercantil*, la tarea de Devoti era supervisar las “contratas que con los cómicos había de celebrarse facultándose así mismo para que se despidan de la casa algunos de los más indecentes”.²²⁸ Debido a la precariedad del Estado y la inestabilidad de las políticas públicas, lo que tenemos son básicamente los lineamientos generales de los proyectos reformistas. Aunque la modernización de la ciudad había de esperar a la época del guano para empezar a concretar algunos cambios, en los inicios de la república se puede distinguir los lineamientos y proyectos modernizadores para intervenir y controlar los espacios públicos copados por la “plebe”.

Epílogo

²²⁴ *Ibidem*, p. 292.

²²⁵ Juan Fonseca, “‘Sin educación no hay sociedad’: las escuelas lancasterianas y la educación primaria en los inicios de la república (1822-1826)”. En: Scarlett O’Phelan Godoy (comp.), *La independencia del Perú. De los borbones a Bolívar*. Lima: PUCP, 2001.

²²⁶ Colección Documental de la Independencia del Perú, *Op. cit.*, p. 294.

²²⁷ Mónica Ricketts, “El teatro en Lima: tribuna política y termómetro de civilización, 1820-1828”. En: Scarlett O’Phelan Godoy (compilador), *La independencia del Perú. De los borbones a Bolívar*. Lima: PUCP, 2001.

²²⁸ *El Correo Mercantil*, 23 de febrero de 1822.

Las imágenes que produjeron las élites sobre las clases populares de Lima están atravesadas por la tensión y el temor de una revuelta popular. Las invocaciones y los intentos de incorporarlos al Ejército Patriota están atemperados por la visión negativa que los asocia con la alteración del orden social y urbano. Si bien no hubo una revolución popular, la Lima poscolonial fue revolucionada desde la vida cotidiana por los grupos subalternos. La independencia abrió un escenario de pugnas políticas en el cual los grupos subalternos se constituyeron en actores políticos.²²⁹ La movilización de la “plebe”, sin embargo, se hizo recurriendo a vínculos tradicionales como el clientelismo y el compadrazgo; los favores y las reciprocidades estuvieron en la base de las relaciones entre élites y contingentes populares.²³⁰ Un ejemplo de esta movilización política fue el motín del 25 y 26 de julio de 1822 contra Monteagudo. A este se le acusó de deportar a criollos patriotas opositores al Protectorado y de manipular las elecciones al Congreso pues se había descalificado a Mariano Tramarria, Sánchez Carrión, Diego de Aliaga, Francisco J. Mariátegui para presidir las mesas electorales.²³¹ Este motín puso de manifiesto, a decir de Carmen Mc Evoy, la existencia de alianzas multclasistas, pues en ella participaron miembros de la élite económica e intelectual urbana, sectores medios y populares descontentos con el régimen protectoral.

Ahora bien, durante la independencia no se constituyó un ejército nacional, el cual habría funcionado como un mecanismo de mayor apertura para el ascenso de los grupos populares. Esta alternativa se iba a producir con ocasión del levantamiento de Riva-Agüero en el norte cuando el ingreso de las fuerzas de la Gran Colombia y el nombramiento de Bolívar como Dictador por el Congreso. En este contexto, Riva-Agüero organizó un ejército y buscó el apoyo de las montoneras y partidas de guerrillas. Sin embargo, estas le quitaron su respaldo cuando supieron de sus tratativas con

²²⁹ François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispanicas*. México: FCE, Mapfre, 2001, p. 31.

²³⁰ Según Guerra la especificidad de las revoluciones hispanas estuvo en la ausencia de una movilización popular moderna porque las élites criollas tenían el referente de la revolución francesa y a lo que podía conducir una insurgencia popular (la época del terror). A esto hay que añadir que en Hispanoamérica no se desarrolló el anticlericalismo francés y el temor a la anarquía. François-Xavier Guerra, *Op. cit.*, p. 36

²³¹ Carmen Mc Evoy, “De la comunidad retórica al Estado-Nación: Bernardo Monteagudo y los dilemas del republicanismo en ‘América del Sud’, 1811-1822”. En: José Nun y Alejandro Grimson (comp.), *convivencia y buen gobierno: Nación, nacionalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires: Edhasa, 2006, p. 75.

La Serna y se aliaron con Bolívar. Por esto, los grupos populares en armas se caracterizaron por estar desarticulados de una fuerza nacional, ubicándose a lo mucho en los niveles primarios de la estructura militar.

La presencia que ganaron las clases populares en la política republicana, fue mayor aun en el terreno de la cultura y los espacios públicos. Por lo que hemos visto, la precariedad del Estado y la necesidad de tener apoyo popular, hizo que la “plebe” pudiera resistir con éxito a los intentos por reformar su cultura. Esta cultura era parte de su identidad y eje de su vida social. Por esto, los carnavales, las corridas de toros, las peleas de gallos y los juegos de azar estarán presentes en los espacios públicos limeños a lo largo del siglo XIX.

CONCLUSIONES

El modo en que las élites criollas se autopercebieron y definieron su lugar en la estructura de poder, así como las representaciones que elaboraron de los indios y las clases populares urbanas, solo podía conducir a la desigualdad política. La élite criolla, en tanto sujeto que representa a los “otros”, se constituyó en el lugar de la enunciación de sentidos, entablando relaciones de poder/conocimiento con los sujetos representados. Mientras que en el caso del indio se trataba de individuos “barbarizados” por el dominio hispano a los que debía incorporarse gradualmente (vía la educación y el mercado) a la vida nacional, los grupos subalternos de Lima eran representados como alborotadores del orden social y la organización urbana, por lo que el énfasis era puesto en las formas de control social. Así, mientras que los discursos políticos enfatizaban la libertad y la igualdad, los discursos culturales de los criollos tenían un lenguaje jerárquico.

En síntesis, se ha querido resaltar tres visiones:

En primer lugar, los criollos, a propósito de sus enfrentamientos con los patriotas “extranjeros”, se autorrepresentaron como el grupo destinado a asumir el poder político debido a su ilustración, así como al lugar prominente que ocupaban en la sociedad. Estos sentidos de superioridad salen a luz para rechazar los estereotipos que los sindicaban como “sensuales” y carentes de valores republicanos. Por el contrario, ellos se asumen como el grupo educado y dirigente que combate con la palabra y la ideología. En tanto tal, invocan a indios y plebeyos a sumarse al proceso independentista, no a construirlo ni mucho menos a ser parte de la alta estructura de poder. Como se dijo, este discurso reivindicativo surgió como reacción a los esfuerzos de los grupos liderados por San Martín y Monteagudo de deslegitimar las aspiraciones políticas de los limeños. Aquí llegamos a uno de los temas profundos de los discursos que hemos revisado: la legitimidad del grupo social que debe conducir el Estado. Ese es el sentido de los escritos de Francisco J. Mariátegui y José de la Riva-Agüero: son una élite intelectual que combate con la palabra (recuérdese las referencias a la labor

de propaganda ideológica que realizan en Lima y que provocó la desertión del batallón Numancia) y se perciben como el grupo más esclarecido, como la representación de la opinión pública y la nación. Frente a personajes como San Martín y Monteagudo, se presentan como los hijos de la patria, con derechos superiores para gobernar el país.

En segundo lugar, las élites criollas construyeron un discurso de reivindicación del pasado prehispánico en la formación de la nacionalidad peruana y un lenguaje incluyente del indio contemporáneo. Los criollos se presentaban como los restauradores de la libertad de los tiempos del Tawantinsuyu y legítimos herederos del gobierno independiente. En el caso de los indios contemporáneos, su incorporación a la vida nacional era asumida como un proceso progresivo que debía concluir en la formación de una sociedad homogénea, en el cual la educación y la expansión del mercado habrían de ser fundamentales. Es decir, se trataba de sujetos a los que había que ayudar o conducir en su incorporación a la esfera pública. Así, tenemos un lenguaje integrador, pero que no elimina las jerarquías. Lo que nos proponen los criollos es una comunidad de iguales en el futuro; la igualdad efectiva fue pensada en términos de un proceso gradual del desarrollo de la sociedad. Lo importante de estos discursos reside en que se cuestionó la noción de que el indio era inferior por naturaleza. Por el contrario, las voces más radicales (que Mariano F. Paz Soldán llama el “Partido Liberal” y que puede identificarse como los hombres de letras reunidos alrededor de *La Abeja Republicana*) invocaban la unidad de los diversos y planteaban la imagen de una “familia” que se defiende de sus enemigos. De otro lado, en la política cotidiana, los indios organizados en montoneras y partidas de guerrillas participaron en las guerras políticas con sus propios intereses y discursos; muchos de sus líderes (y también comunidades) obtuvieron privilegios: exoneración de tributos y puestos públicos; los poderes locales negociaron y se entroncaron con el poder nacional. De modo general, la independencia abrió un tiempo donde los indios se convirtieron en sujetos activos de la política republicana y establecieron simbiosis asimétricas con los caudillos militares.²³²

²³² Cecilia Méndez ha reflexionado sobre las relaciones entre campesinado y caudillos militares en “Las paradojas del autoritarismo: ejército, campesinado y etnicidad en el Perú, siglos XIX al XX”. En: *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, n° 26, setiembre de 2006 (Quito); y en “Tradiciones libera-

En tercer lugar, los discursos criollos asociaban a las clases populares con el tumulto y con imágenes de transgresión del orden público. Los testimonios de la época nos plantean las guerras de independencia como un tiempo de inversión social, donde los esclavos conspiran contra sus amos e incursionan en haciendas y propiedades para tomar bienes en nombre de la patria. Por un lado, involucrar a la “plebe” es clave para el control de Lima y sus alrededores (así como base de la soberanía popular), pero al mismo tiempo despierta los temores de las élites. Se teme un nuevo Haití. En el plano de la cultura y el orden urbano, la racionalidad ilustrada se propone la reforma de la cultura plebeya y un nuevo ordenamiento urbano. Diversas leyes y normas municipales apuntaban al control y la disciplina social. En el plano político, se piensa que la “plebe” carece de conciencia sobre el bien común y es fácilmente manipulable. Esta es una característica de la época. Como el grupo criollo era, sobre todo, intelectual y profesional, teme que los propietarios y patrones movilicen a la multitud. Para las élites ilustradas, el pueblo carece de valores ciudadanos. En ese sentido, los discursos sobre las clases populares aparecen con una carga más negativa que cuando se trata de los indios.

Como resulta evidente, los discursos criollos aspiraban cambiar el sistema político y reformar la cultura, pero no se plantearon ni se imaginaron cambios en la estructura socioeconómica, ni la relación de interdependencia entre economía, política y cultura. Cuando Monteagudo observó que un problema para la democracia sería la división y la desigualdad económica y social de los grupos sociales, no pensó en reformar tal estructura sino en retroceder en las aspiraciones democráticas, esto es, en plantear un sistema monárquico constitucional.

Ahora podemos tener una idea más clara de lo que los criollos consideraban que era la “nación” y la relación entre los grupos sociales. La imagen de nación que emerge está cargada de rasgos estamentales y corporativos. Aparece un lenguaje nacionalista e integrador, pero al mismo tiempo cargado de nociones jerarquizantes. Los criollos conciben la nación, en su versión política moderna, como la asociación de hombres

les en los Andes: militares y campesinos en la formación del Estado peruano” (versión mecanografiada).

libres, pero sin desprenderse totalmente de nociones estamentales; es decir, lo moderno aparece asociado con lo tradicional. Se afirma y se niega a la vez. Detrás del llamado a los indios y la “plebe” urbana a sumarse a la defensa de la patria se esconde una diferencia de estatus que se transparenta en el control criollo de las jefaturas militar y política. El punto es que los reflejos nacionalistas de los revolucionarios criollos resultan constreñidos por las imágenes negativas y ambiguas que tienen de los indios y la “plebe” a quienes hay que incorporar al proceso de formación de la nación independiente y luego a la modernidad. Desde la óptica criolla, había que entrar a un proceso homogenizador de los grupos sociales. Por ello, la educación no tenía solo objetivos pedagógicos, sino políticos: la formación de ciudadanos. El otro elemento era el progreso económico y la expansión del mercado. La sociedad sería más igualitaria en tanto fuera más próspera. De ahí los intentos por disciplinar a los trabajadores. Esta es una novedad que queremos resaltar. La sociedad republicana, contraria al antiguo régimen, aspira y se plantea lograr el desarrollo económico. Mientras que la sociedad tradicional se asume estática y equilibrada, la moderna se impone objetivos y se proyecta al futuro. El avance de la modernidad implicaba el reordenamiento de la sociedad, la construcción de nuevos sujetos sociales; en fin, una serie de reformas enmarcadas en –utilizando un término actual– la planificación del país.

Por último, queremos señalar que el estudio del imaginario cultural no solo es importante para comprender la formación del Estado y de nuestra cultura política, sino que también tiene un sentido actual y hasta práctico. Como resulta evidente, muchas de las imágenes de la otredad de aquella época todavía impregnan nuestra cultura. El Perú sigue siendo un país con jerarquías culturales y ellas son funcionales al modo en que está organizado el poder. De modo que cualquier proyecto de renovación y transformación de la política y del poder en el Perú no puede ir desligado de la creación de nuevos sentidos culturales, que cuestionen las imágenes (y el modo de ver la realidad) jerárquicas. El aporte de la independencia, en ese sentido, fue que oficializó nociones de igualdad y libertad políticas, impensables en la colonia.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Periódicos

La Abeja Republicana (1822-1823)

El Correo Mercantil, Político y Literario (1821-1824)

El Sol del Perú (1822)

Los Andes Libres (1821)

El Tribuno de la República Peruana (1822)

La Cotorra (1822-1823)

El Republicano (1822)

El Tribuno de la Nación (1821)

El Pacificador del Perú (1821)

El Americano (1821)

La Gaceta del Gobierno de Lima Independiente (1821-1826)

Fuentes impresas

BENNET STEVENSON, William

“Memorias sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú. *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 3, pp. 73-237.

CALDELEUGH, Alexander,

“El Perú en víspera de la independencia”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 1, pp. 175-197.

DE CANGAS, Gregorio

Descripción en diálogo de la ciudad de Lima entre un peruano práctico y un bisoño chapetón. Lima: BCRP, 1997.

DELANO, Amasa

“Impresiones de Lima virreinal en 1805 y 1806”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 1, pp. 1-37.

DOCKUM, C. Van

“Visita a Bolívar en la Magdalena (Lima, 1825)”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 3, pp. 65-72.

HALL, Basil

“El Perú en 1821”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 1., pp. 199-267.

HERRERA, Bartolomé

Sermón pronunciado por el D.D. Bartolomé Herrera. Rector del Colegio de San Carlos el día 28 de julio de 1846. Aniversario de la Independencia del Perú. Lima: Imprenta Administrada por L. Herrera, 1846.

JOHSTON, Samuel

“Impresiones del Callao y Lima en 1813”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 1, pp. 49-77.

LAFOND DE LURCY, Gabriel

“Remembranzas de Guayaquil, Lima y Arica (1822)”. Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 2, pp. 83-185.

LESSON, René P.

“Situación del Perú en 1823”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 2, pp. 339-401.

MARIÁTEGUI, Francisco Javier

Anotaciones a la historia del Perú independiente de don Mariano Felipe Paz Soldán. Lima: Editorial Gracilazo, 1925.

MATHISON, Gilbert F.

“Residencia en Lima entre abril y mayo de 1822”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 1, pp. 275-317.

MICKAILOVICHT GOLOVIN, Vasili

“Lima y Callao en 1818”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 1, pp. 145-173.

MELLET, Julián

“Impresiones del Perú en 1815”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 1, pp. 79-117.

MIRALLA, José Antonio

Breve descripción de las fiestas celebradas con motivo de la promoción del Excmo. Sr. Dr. D. José Baquijano al Supremo Consejo de Estado. Lima: 1812.

MIRÓ QUESADA SOSA, Aurelio

La poesía de la Emancipación. Colección Documental de la Independencia del Perú, tomo XXIV. Lima: 1971.

MONTEAGUDO, Bernardo

“Memoria sobre los principios que seguí en la administración del Perú, y acontecimientos posteriores a mi separación”. En: Bernardo Monteagudo, *Mártir, o Libre*. Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1965.

“Exposición de las tareas administrativas del gobierno desde su instalación hasta el 5 de julio de 1822”. En: Bernardo Monteagudo, *Mártir, o Libre*. Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1965.

_____ “Diálogo de Atahualpa y Fernando VII”. En: Mariano Vedia y Mitre, *Vida de Monteagudo*. Buenos Aires: Editorial Kraft, 1950.

ODRIOZOLA, Manuel

Documento históricos del Perú, tomo IV. Lima: Imprenta del Estado, 1873.

OVIEDO, Juan

Colección de leyes, decretos y órdenes publicados en el Perú desde el año 1821 hasta el 31 de diciembre de 1859. Lima: Felipe Bailly Editor, 1861.

PROCTOR, Roberto

“El Perú entre 1823 y 1824”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 2, pp. 187-337.

RIVA-AGÜERO Y SÁNCHEZ BOQUETE, José de la

Memorias y Documentos para la Historia de la Independencia del Perú y Causas del mal éxito que ha tenido ésta. París: Librería de Garnier Hermanos, 1858.

ROQUEFEUIL, Camille de

“Lima y Callao en 1817”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 1, pp. 119-144.

SALVIN, Hugo S.

“Diario del Perú”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 4, pp. 1-127.

SÁNCHEZ, Luis Alberto

Fuentes documentales sobre la ideología de la emancipación nacional. Lima: Editorial Pizarro, 1980.

SCOOT, James

Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance. New Haven: Yale University Press, 1985.

STEWART, Charles Samuel

“Cartas sobre una visita al Perú en 1829”. Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 4, pp. 303-349.

TÁVARA, Santiago

Historia de los partidos. Lima: Huascarán, 1951.

THOMPSON, James

“Impresiones de Lima entre 1822 y 1824”. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, *Relaciones de viajeros*. Tomo XXVII, vol. 2, pp. 1-81.

Libros y artículos secundarios

ABUGATTÁS, Juan

“Ideología de la emancipación”. En: Alberto Adrianzén (ed.), *Pensamiento Político Peruano.* Lima: Desco, 1987.

ACOSTA DE ARIAS SCHREIBER, Rosa María

- Fiestas coloniales urbanas (Lima-Cuzco-Potosí)*. Lima: Otorongo, 1997.
- AGUIRRE, Carlos
- Agentes de su propia libertad. Los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud, 1821-1854*. Lima: PUCP, 1993.
- ALJOVÍN, Cristóbal
- Caudillos y constituciones, Perú 1821-1845*. Lima: PUCP, FCE, 2000.
- _____ “La constitución de 1823”. En: Scarlett O’Phelan Godoy, *La independencia del Perú. De los borbones a Bolívar*. Lima: PUCP-Riva Agüero, 2001
- ANDERSON, Benedict
- Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México: FCE, 1992.
- ANNA, Timothy E.
- La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la independencia*. Lima: IEP, 2003.
- _____ “The Peruvian declaration of Independence: freedom by coercion”. *Journal of Latin American Studies* 7, N° 2, noviembre de 1975, pp. 221-248.
- BASADRE, Jorge
- La iniciación de la República* (2 tomos). Lima: Editorial Rosay, 1929.
- _____ *El azar en la historia y sus límites*. Lima: P.L. Villanueva, 1973.
- _____ *Historia de la República del Perú 1821-1933*, tomo I. Lima: Editorial Universitaria, 1983.
- BELAÚNDE, Víctor Andrés
- Bolívar y el pensamiento político de la revolución hispanoamericana*. Lima: Editorial Minerva, 1983.
- BONILLA, Heraclio y SPALDING, Karen
- “La independencia en el Perú. Las palabras y los hechos” pp. 41-79. En: Heraclio Bonilla, *Metáfora y realidad de la independencia en el Perú*. Lima: IEP, 2001.
- BONILLA, Heraclio

- “Continuidad y cambio en la organización política del Estado en el Perú independiente”, pp. 169-185. En: Heraclio Bonilla, *Metáfora y realidad de la independencia en el Perú*. Lima: IEP, 2001.
- BRACAMONTE, Jorge
- “La formación del proyecto aristocrático: Hipólito Unánue y el Perú en el ocaso colonial”. En: Luis Miguel Glave y Jorge Bracamonte, *Crisis colonial, revoluciones indígenas e independencia*. Lima: SUR/Derrama Magisterial, 1996.
- BRADING, David A.
- Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*. México: FCE, 2003.
- BURUGÚA, José Emilio y CAMPAGNE, Fabián Alejandro
- “Mitos y simbologías nacionales en los países del cono sur”, pp. 433-474. En: Antonio Annino y François-Xavier Guerra (coord.), *Inventando la nación*. Iberoamérica siglo XIX. México: FCE, 2003.
- CONTRERAS, Carlos y CUETO, Marcos
- Historia del Perú contemporáneo*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales, 1999.
- CONTRERAS, Carlos
- El aprendizaje del capitalismo. Estudios de historia económica y social del Perú republicano*. Lima: IEP, 2004.
- COSAMALÓN, Jesús
- Indios detrás de la muralla*. Lima: PUCP, 1999.
- COTLER, Julio
- Clases, Estado y nación en el Perú*. Lima: IEP, 1985.
- CHAMBERS, Sarah
- De súbditos a ciudadanos: honor, género y política en Arequipa, 1780-1854*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales, 2003.
- CHATTERJEE, Partha
- La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Lima: IEP, SEPHIS, CLACSO, 2007.
- CHIARAMONTI, Gabriela

Ciudadanía y representación en el Perú (1808-1860). Los itinerarios de la soberanía. Lima: UNMSM, ONPE, 2005.

DEMELAS, Marie-Danielle

La invención política. Bolivia, Ecuador, Perú en el siglo XIX. Lima: IEP, IFEA, 2003.

DUBE, Saurabh (coord.)

Pasados poscoloniales. México: El Colegio de México, 1999.

DURAND FLOREZ, Luis

Independencia e integración en el plan político de Túpac Amaru. Lima: P. L. Villanueva, 1973.

FAVRE, Henri

“Bolívar y los indios”. En: *Histórica*, vol. X, N° 1, julio de 1986.

FISHER, John

El Perú borbónico, 1750-1824. Lima: IEP, 2000.

FLORES ESPINOZA, Javier y GISBERT, Teresa

“Estudios preliminar”. En: Justo Apu Sahuaraura Inca, *Los recuerdos de la monarquía peruana o bosquejo de la historia de los incas.* Lima: Fundación Telefónica, 2000.

FLORES GALINDO, Alberto

“Independencia y clases sociales”. En: Alberto Flores Galindo (comp.), *Independencia y revolución (1780-1840), tomo I.* Lima: INC, 1987.

_____ *Buscando un Inca: identidad y utopía en los Andes.* Lima: Editorial Horizonte, 1988.

_____ *La ciudad sumergida. Aristocracia y plebe en Lima, 1760-1830.* Lima: Editorial Horizonte, 1990.

_____ *La tradición autoritaria. Violencia y democracia en el Perú.* Lima: SUR, 1999.

FLÓREZ, Cristina

“De la sociedad feudal a la génesis del Estado moderno”. En: *Agenda Internacional*, Revista del Instituto de Estudios Internacionales de la Pontificia Universidad Católica, Año VI, N° 12, Lima, 1999.

FONSECA, Juan

“Sin educación no hay sociedad’: las escuelas lancasterianas y la educación primaria en los inicios de la república (1822-1826)”. En: Scarlett O’Phelan Godoy (comp.), *La independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima: PUCP, 2001.

GÁLVEZ, José

Estampas limeñas. Lima: Consejo Provincial de Lima, 1935

Una Lima que se va. Lima: Editorial Universitaria, 1965.

GARCÍA JORDÁN, Pilar

Iglesia y poder en el Perú contemporáneo, 1821-1919. Cusco: Centro de Estudios Regionales “Bartolomé de Las Casas”, 1991.

GARFIAS DÁVILA, Marcos

Origen de los símbolos patrios. Lima: Municipalidad de Lima, 2005.

GENET, Jean Philippe

“Genèse de l’Etat Moderne”. En: *Le Courier du CNRS*, LVIII, Paris, 1984.

GENET, Juan Phillipe (ed.)

L’État moderne. Genèse, Bilans et perspectives. París: CNR, 1999.

GOOTENBERG, Paul

Caudillos y comerciantes. La formación económica del Estado peruano, 1820-1860. Cusco: Centro de Estudios Regionales “Bartolomé de las Casas”, 1997.

GUERRA, Francois-Xavier

Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas. México: MAPFRE, FCE, 2000.

HABERMAS, Jürgen:

Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública. Barcelona: Gustavo Gili Editores, 1993.

HALL, Stuart (ed.)

Representation: Cultural Representations and Signifying Practices. London: Sage Publications, 1997.

HAMNETT, Bryan

Revolución y contrarrevolución en México y el Perú. Liberalismo, realeza y separatismo (1800-1824). México: FCE, 1978.

- _____ *La política contrarrevolucionaria del virrey Abascal: Perú, 1806-1816*. Lima: IEP, 1999.
- HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro
Sobre el proyecto monárquico de San Martín (La misión García del Río-Paroissien, 1821-1825). Buenos Aires: Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, 1999.
- _____ “El virreinato del Perú en los ojos de Humboldt (1802): una visión crítica de la realidad social”. En: *Ibero-Amerikanisches Archiv*, n° 26 (2000), pp. 191-208.
- HASTINGS, Adrian
La construcción de las nacionalidades. Madrid: Cambridge University Press, 2000.
- HOBBSBAWM, Eric
Nación y nacionalismo desde 1780. Barcelona: Crítica, 2000.
- HOBBSBAWM, Eric y TERENCE, Ranger (eds.)
La invención de la tradición. Barcelona: Crítica, 2002.
- HÜNEFELDT, Christine
“Los indios y la Constitución de 1812”. En: *Allpanchis*, n° 11-12, 1978, pp. 33-57.
- LARSON, Brook
Indígenas, élites y Estado en la formación de las repúblicas andinas. Lima: IEP, PUCP, 2002.
- LÓPEZ-ALVES, Fernando
La formación del Estado y la democracia en América Latina, 1830-1910. Bogotá: Norma, 2003.
- LÓPEZ CANTOS, Ángel
Juegos, fiestas y diversiones en la América Española. Madrid: Editorial Mapfre, 1992.
- LYNCH, John
Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1926. Barcelona: Ariel, 1976.
- MACERA, Pablo

Tres etapas en el desarrollo de la conciencia nacional. Lima: Ediciones Farnal, 1955.

_____ “El indio y sus intérpretes peruanos del siglo XVIII”. En: *Trabajo de Historia*, tomo II. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1977.

_____ “El indio visto por los criollos y españoles”. En: *Trabajo de Historia*, tomo II. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1977.

_____ “El periodismo en la independencia”. En: *Trabajo de Historia*, tomo II. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1977.

_____ *Las furias y las penas*. Lima: Mosca Azul, 1983.

MAJLUF, Natalia

Escultura y espacio público. Lima, 1850-1879. Lima: IEP, 1994.

_____ “The creation of the Image of the Indian in 19th-Century Peru: The paintings of Francisco Laso (1823-1869)”. Phd. Dissertation. University of Texas, Austin.

_____ “De la rebelión al museo: Genealogías y retratos de los incas, 1781-1900”. En: Natalia Majluf (coord.), *Arte y tesoros del Perú*. Lima: Banco de Crédito del Perú, 2005.

_____ “Los fabricantes de emblemas. Los símbolos nacionales en la transición republicana. Perú, 1820-1925”. En: Natalia Majluf, *Visión y símbolos del virreinato criollo a la república peruana*. Lima: Banco de Crédito del Perú, 2006.

MARTÍNEZ RIAZA, Ascensión

La prensa doctrinal en la independencia del Perú. 1811-1824. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985.

MAZZEO DE VIVÓ, Cristina

“El miedo a la revolución de la Independencia del Perú, 1818-1824”. En: Claudia Rosas Lauro (editora), *El miedo en el Perú, siglos XVI al XX*. Lima: PUCP, SIDEA, 2005.

Mc EVOY, Carmen

_____ “El motín de las palabras: la caída de Bernardo Monteagudo y la forja de la cultura política limeña (1821-1822)”. En: Carmen Mc Evoy, For-

jando la nación. *Ensayos sobre historia republicana*. Lima: PUCP-The University of the South, Sewanee, 1999.

_____ “De la comunidad retórica al Estado-Nación: Bernardo Montegudo y los dilemas del republicanismo en ‘América del Sud’ 1811-1822”. En: José Nun y Alejandro Grimson (compiladores), *Convivencia y buen gobierno: Nación, nacionalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires: Edhasa, 2006.

MÉNDEZ, Cecilia

“Los campesinos, la independencia y la iniciación de la República. El caso de los iquichanos realistas: Ayacucho 1825-1828”. En: Enrique Urbano (compilador), *Poder y violencia en los Andes*. Cusco: Centro de Estudios Regionales “Bartolomé de las Casas”, 1991.

_____ *Incas sí, indios no: apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. Lima: IEP, 1993.

_____ “República sin indios: la comunidad imaginada del Perú”. En: Enrique Urbano (compilador), *Tradición y modernidad en los Andes*. 15-41. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, 1997.

_____ *The plebeian republic. The Huanta rebellion and the making of the peruvian state, 1820-1850*. Durham: Duke University Press, 2005.

_____ “Las paradojas del autoritarismo: ejército, campesinado y etnicidad en el Perú, siglos XIX al XX”. En: *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, n° 26, Quito, septiembre de 2006, pp. 17-34.

_____ “Tradiciones liberales en los Andes: militares y campesinos en la formación del Estado peruano”. Publicado en: www.tau.ac.il/eial/XV_1/mendez.html

MERA ÁVALOS, Arnaldo

“Cuando *la patria* llegó a la capital: el miedo ante al advenimiento de la Independencia, 1820-1821. En: Claudia Rosas Lauro (ed.), *El miedo en el Perú, siglos XVI al XX*. Lima: PUCP, SIDEA, 2005.

MONTOYA, Gustavo

La independencia del Perú y el fantasma de la revolución. Lima: IEP, IFEA, 2002.

NEYRA SAMANEZ, Hugo

Hipólito Unánue y el nacimiento de la patria. Lima: P. L. Villanueva, 1967.

_____ *Hacia la tercera mitad, Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética, Perú: XV-XX*. Lima: SIDEA, 1997.

NÚÑEZ, Francisco

“La participación electoral indígena bajo la Constitución de Cádiz (1812-1814)”. En: Cristóbal Aljovín de Losada y Sinesio López, *Historia de las elecciones en el Perú. Estudios sobre el gobierno representativo*. Lima: IEP, 2005.

O’PHELAN GODOY, Scarlett

“El mito de la ‘independencia concedida’: los programas políticos del siglo XVIII y el temprano siglo XIX en el Perú y Alto Perú (1730-1814)”. En: Alberto Flores Galindo (compilador), *Independencia y revolución* (tomo I). Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1987.

_____ *Kurakas sin sucesiones. Del cacique al alcalde de indios. Perú y Bolivia, 1750-1835*. Cusco: Centro de Estudios Regionales “Bartolomé de las Casas”, 1997.

_____ “Sucre en el Perú: Entre Riva-Agüero y Torre Tagle”. En: *La independencia del Perú. De los borbones a Bolívar*. Lima: PUCP-Riva Agüero, 2001.

_____ “Una rebelión abortada. Lima 1750: la conspiración de los indios olleros de Huarochiri”. En: *Sobre el Perú. Homenaje a Agustín de la Puente Candamo* (tomo II). Lima: PUCP, 2002.

_____ “La construcción del miedo a la plebe en el siglo XVIII a través de las rebeliones sociales”. En: Claudia Rosas Lauro (ed.), *El miedo en el Perú, siglos XVI al XX*. Lima: PUCP, SIDEA, 2005.

PANIAGUA CORAZAO, Valentín

Los orígenes del gobierno representativo en el Perú. Las elecciones (1809-1826). Lima: PUCP, FCE, 2003.

PERALTA RUIZ, Víctor

En defensa de la autoridad. Política y cultura bajo el gobierno del virrey Abascal, Perú 1806-1816.

PONS MUZZO, Gustavo

Símbolos de la Patria. Colección de Independencia del Perú, tomo X. Lima: 1971.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl

Ideólogos de la emancipación. Lima: Editorial Milla Batres, 1974.

_____ *Pequeña antología de Lima.* Lima: El Comercio, 2005.

PUENTE CANDAMO, José Agustín de la

Notas sobre la causa de la independencia del Perú. Lima: P. L. Villanueva, 1971.

QUIJADA, Mónica

“De la colonia a la república: inclusión, exclusión y memoria histórica en el Perú”. En: *Histórica*, vol. XVIII, nº 2 (1994): 365-382.

_____ “Los ‘incas arios’: historia, lengua y raza en la construcción nacional hispanoamericana del siglo XIX”. *Histórica*, vol. XX, nº 2 (1996): 243-269.

QUIJANO, Aníbal

Modernidad, identidad y utopía en América Latina. Lima: Sociedad y Política Ediciones, 1989.

_____ “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En: Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del poder: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas.* Buenos Aires: CLACSO/UNESCO, 2000.

RAMA, Ángel

La ciudad letrada. Hanover: Ediciones del Norte, 1982.

RAMÓN JOFFRÉ, Gabriel

Las murallas y los callejones. Intervención pública y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX. Lima: SIDEA, PROMPERÚ, 2000.

REINHARD, Wolfgang (comp.)

Las élites del poder y la construcción del Estado. México: FCE, 1997.

RICKETTS, Mónica

“El teatro en Lima: tribuna política y termómetros de civilización, 1820-1828”. En: Scarlett O’Phelan Godoy (comp.), *La independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima: PUCP, 2001.

RIVA-AGÜERO Y OSMA, José de la

La emancipación y la república. Obras completas, t. VII. Lima: PUCP, 1971.

RIVERA CUSICANQUI, Silvia y BARRAGÁN, Rossana

Debates Post Coloniales. Una introducción a los Estudios de la Subalternidad. La Paz: Historia, Sephis, Aruwiyiri, 1997.

RIVERA SERNA, Raúl

Los guerrilleros del Centro en la emancipación peruana. Lima: P. L. Villanueva, 1958.

RODRÍGUEZ O., Jaime E.

La independencia de la América española. México: FCE, Colegio de México, 1996.

ROJAS ROJAS, Rolando

Tiempos de carnaval. El ascenso de lo popular a la cultura nacional (Lima, 1822-1922). Lima: IEP, IFEA, 2005.

_____ “Ritual y metáforas de insurrección. El carnaval limeño en el siglo XIX”. *Socialismo y Participación*, nº 102, enero 2007, pp. 148-155.

ROSAS LAURO, Claudia

“La reinención de la memoria. Los incas en los periódicos de Lima y Cusco, de la Colonia a la República”. En: Luis Millones (ed.), *Ensayos de historia andina*. Lima: UNMSM, 2005.

ROSEBERRY, William

Hegemonía y lenguaje de la contienda (Material de Trabajo). Lima: IEP, 2002.

SAID, Edward

Orientalismo. Madrid: Libertarias, Prodhufi, 1990.

THOMPSON, Edward

Tradición, revuelta y conciencia de clase. Barcelona: Crítica, 1979.

_____ *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica, 1995.

THURNER, Mark

Republicanos Andinos. Lima: IEP, CBC, 2006.

TILLY, Charles

Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990. Madrid: Alianza Editorial, 1992.

TORD, Javier y LAZO, Carlos

“Economía y sociedad en el Perú colonial (Movimiento Social). En: *Historia del Perú*, tomo V. Lima: Juan Mejía Baca, 1981.

VERGARA ARIAS, Gustavo

Montoneras y guerrillas en la etapa de la emancipación del Perú, 1820-1825. Lima: Salesiana, 1973.

WALKER, Charles

“Voces discordantes: discursos alternativos sobre el indio a fines de la colonia”. En: *Entre la retórica y la insurgencia: las ideas y los movimientos sociales en los Andes, Siglo XVIII*. Cusco: Centreo de Estudios Regionales “Bartolomé de Las Casas”, 1996.

_____ *De Túpac Amaru a Gamarra. Cusco y la formación del Perú republicano 1780-1840*. Cusco: Centro de Estudios Regionales “Bartolomé de las Casas”, 1999.

WEBER, Max

El político y el científico. Madrid: Alianza Editorial, 1991.

YEPES DEL CASTILLO, Ernesto

Perú: 1820-1920. ¿Un siglo de desarrollo capitalista? Lima: Ediciones Signo, 1971.

_____ *Memoria y destino del Perú*. Jorge Basadre: textos esenciales. Lima: Congreso de la República, 2004.

ZABLUDOVSKY KUPER, Gina

La dominación patrimonial en la obra de Max Weber. México: FCE, Universidad Autónoma de México, 1989.

ANEXOS

*Tenemos la satisfaccion de presentar el público el extracto de la memoria leida en la Sociedad por el D.D. Miguel Tafur, el dia 3 del presente mes, sobre las causas, que retardáron la Independencia de Lima.*²³³

Estàn ya tan demostradas por escrito, y de palabra las causas que demoràron en Lima la revolucion, no permitiendo obrar à la ciudad activamente para sacudir el yugo que la oprimia y declarar su independencia, que casi ninguna ha quedado por decir, y todas han sido clara y distintamente enumeradas. Así, para no repetirlas ni dejar de llenar en algun modo la obligacion á que estoy contraido, haré ver brevemente, que ese parque de artillería con que se prometian arruinar la ciudad al primer movimiento que notasen, ese vijilante espionaje, esas bayonetas siempre levantadas, esos calabozos de la inquisicion tantas veces abiertos, y convertidos en cárceles de estado, fueron insuficientes á extinguir el fuego que por su libertad é independencia fomentaba Lima. Los mismo medios de que se valian para extinguirlo y neutralizarlo, lo encendian y le daban mas vigor. Así no perdiéron los limeños arbitrio ninguno para darle pábulo. Los que no podian tener correspondencias secretas, que confirmasen è hiciesen ver la constancia de su decisión, daban pruebas de ella, socorriendo y auxiliando con las cautelas posibles á los patriotas que sufrían en la inquisicion y casas-matas. La larga y penosa detencion de estos, la constancia en su opinion, el ànimo tranquilo y sereno con que soportaban su desgracia, avivaba ese fuego oculto hasta hacerles no aguardar en ocasiones medidas de precaucion. Estas fuèron casi del todo olvidadas, cuando en tiempo de Abascal se presentó á algunos patriotas el mejicano Ayala fujitivo, perseguido y buscando asilo. Se le proporcionó en el colejio que entónces se llamaba de S. Fernando, y hoy de la Independencia. Allí vivió oculto muchos meses, fuè atendido en todo, socorrido y auxiliado hasta proporcionarle su embarque, sin que la vijilancia ni las pesquisas que hacia el gobierno, hubiesen podido ni descubrir su asilo, ni sospechar si habia habido ocultadores de él.

²³³

Se publicó en dos partes: la primera en *El Sol del Perú*, 9 de mayo de 1822, la segunda en *El Sol del Perú*, 27 de junio de 1822.

Sería hacer muy largo el discurso, si entrase en el empeño de aglomerar sucesos de la clase del referido. Los nombres de Ayala, Medina, Sancho, Arce y otros quedan al cargo de la historia de nuestra libertad, y ella cuidará de transmitir à la posteridad lo que hizo Lima en obsequio de esas victimas destinadas á la expiacion del delito de aspirar à ser libres. Nada quedò por hacerse por los limeños, que no se hiciese, aun à costa de incurrir en la exêcrecion del antiguo gobierno. Todos cuantos medios dicta la ilustracion y el amor á la libertad, se practicàron por los primeros y los últimos vecinos de esta capital. A los que viniéron confinados por Marcò, ¿què hospitalidad, qué auxîlios, qué socorros se negaron, atropellando las notificaciones y amenazas de Pezuela? Ellos mismo admiraban que en medio de tanta persecucion y vijilancia se conservase tanto patriotismo, y tanta decisión por la independencia.

No procede asi un pueblo apático, y tal conducta solo espropia de los que abrigan en su seno el fuego sagrado de la libertad. Los anales de todos los reynos y provincias convencen la verdad, de que concentrada por lo comun en las capiales la fuerza del gobierno que está proximo á espirar, las capiales por esta razon deben ser las últimas que quiebren sus cadenas. No conocer esta verdad es cegarse en medio de la luz, y trabajar en hallar causas recónditas cuando por si estan de manifiesto.

Si Lisboa en un momento se declaró libre de la España, y no derramó sangre en tal empresa, fue porque la obra meditada por la sabiduria y la paciencia por muchos años, diò ese resultado debido á la prudencia y medidas que tomaron los grandes hombres de aquel reyno, y que las circunstancias favorecièron. Ejemplo único en la historia, y que dificilmente se repetirà, porque dificilmente se combinan tantas cosas que den un resultado tan feliz. Pero ¿Cuándo en Lima siquiera en bosquejo ha aparecido la libertad, cual ha sido su conducta?

El dia que Pezuela hizo un falso alarma, suponiendo desembarcaban ya en el Callao las tropas de la patria, cruzaban las calles oficiales y soldados, que corrian à piè y á caballo en todas direcciones, se oìa un lento susurro del desembarco, se atropellaban á ocupar cada cuerpo el sitio que le pertenecia para la reunion. Los que de ellos lo habian creido llevaban pintado en su semblante el terror y el espanto, y todos se preguntaban azorados ¿será cierto? ¿vendrán hasta aquí? ¿llegaràn á entrar? Así los traia aterrados y sin tino el tambor de la llamada. Esos valientes retadores, que trataban continuamente de insurjentes y cobardes á los limeños, andaban pálidos y

sin saber la direccion que debian tomar. Entre tanto, el pueblo lleno de seguridad y confianza no hizo variacion alguna. Esperò tranquilo el resultado del alarma, sin que el artesano dejase su taller, el literato su estudio, el comerciante su asiento, ni los que iban por las calles dejasen de continuar su camino. Prontos si á levantar el grito de libertad se comprometian en secreto, y reprimian el fuego que los devoraba. Si en esa ocasión hubiesen manifestado alguna centella de él, habrian logrado nuestros enemigos su intento, y habrian cebado en un pueblo inerme la furia y odio con que lo miraban, y para cuyo exterminio maquináron tan detestable ardid. Solo se trataba, solo se buscaba como encontrar criminales, y por unas ilaciones de la mas mala lójica, ponian en practica sus perversos planes. Si la menor vislumbre de sospecha exponia á los hombres á las prisiones, infamia, y ruina de sus familias, cuyos ejemplos podrian referirse, ¿cómo podia acometerse á un gobierno por los inermes?

Las vejaciones eran obra de la opresion y violencia en que vivian los limeños; violencia y opresion que si no les dejaban arbitrios para poner en práctica sus deseos, y para desenvolver toda la enerjia que les daba su opinion, jamas pudieron extinguirla ni aniquilarla. Solo suspiraban por el instante oportuno para poner el ejercicio esa actividad y fuerza elástica, que, comprimidas por el despotismo, se concentraban tanto mas cuanto era mas poderoso el opresor. Asi en la entrada de la patria manifestó el pueblo su júbilo, y fue tan jeneral que no hay pluma que pueda encarecerlo; fue la espresion del placer por tanto tiempo reprimido. Dueños ya todos de sus derechos, y libres de esa misma fuerza que antes los habia tenido en opresion, lèjos de temer el regreso del ejèrcito, deseaban batirse y sostener los derechos que ya poseian. Todos manifestaban que su decision, su patriotismo, su enerjia, habian sido solo comprimidas por la violencia, pero nunca extinguidas; y que si Lima por el antiguo gobierno habia sido el Etna en que Vulcano forjaba sus rayos, tambien habia sido el Caucasos en que el mismo Vulcano tenia al pueblo, como à otro Prometeo, aherrojado con fuertes cadenas.

¿Què mas podia haber hecho Lima que lo que hizo en las circunstancias en que se hallaba constituida? Imputar á apatía la retardacion de su independecia, es no conocer la causa que palparà todo el que tenga ojos para ver. Cuando el poder tiene obstruidos todos los recursos, y cuando tratar de romper el yugo es para gravarse mas con él, y ser victima ¿qué dictan la prudencia y la razon? El mismo amor à la libertad

é independencia ordena el sufrimiento, y esperar la ocasión oportuna para proclamar la libertad. El gran Junio Bruto, aquel apoyo de libertad romana, y el fundador de ella, aquel amante de la patria hasta el extremo de sacrificar sus propios hijos, y, después de condenarlos, tener tranquilidad para ver correr su propia sangre, sufrió por muchos años el tiránico yugo de Tarquino, y pasaba en Roma por un amente, con cuya salvaguardia se libertó de ser sacrificado. Esta amencia, esta apatìa, obra del juicio y del verdadero vigor, se desvanecieron en su oportunidad, y fueron el fundamento de la gloria de Roma. El verdadero valor no está en tentar empresas imposibles, sino en aguardar los momentos favorables á las grandes obras, y principalmente áquellas que van à trastornar los estados; en cuya conservacion tienen interes los que estan á la frente de los gobiernos, son árbitros de las armas, dan el tono à la pòlitica, y tienen en su mano la suerte de los hombres.

No se necesita apurar los raciocinios para probar que el hombre naturalmente ama la libertad y propende á ella; y componiéndose los pueblos de hombres, los pueblos han de amar su libertad, y este amor ha de crecer de proporcion de las luces de los países.

Haciendo justicia á esta capital, sus luces son conocidas, y las que ha habido en el nuevo mundo las ha poseido esta ciudad. ¿Còmo pues podrá dudarse de su amor à la libertad, y de haber deseado estar en posesion de ese bien tan estimable? Despreocupémonos de la ilusion de que hay pueblos apáticos y enèrjicos. Es una quimera desmentida constantemente por la historia, verdadera maestra de la política. Los pueblos son hijos de los jénios de las diferentes épocas. Roma en tiempo de Pirro fue un pueblo de héroes, y el senado pareció á Cineas un congreso de reyes. Pero en la guerra de Iugarta, ya era un concepto de aquel príncipe una ciudad venal que presto se vendría al primero que la comprase. Y posteriormente Tiberio exclamó, al ver las adulaciones con que ensalzaban su tiránico gobierno, que los antiguos señores del mundo eran unos hombres nacidos para la servidumbre. El terreno y clima de Roma era el mismo en todos tiempos. Aténas, la cuna de la libertad republicana y de las letras, yace hoy sumida en la esclavitud é ignorancia, y puesta bajo la tutela del jefe de los eunucos negros del gran Sultan ¡O Solon! ¡O Aristides! ¡O Demostenes! Pero mas propriamente; ¡O tiempos! ¿Qué fue la Inglaterra en tiempo de Domiciano? Lo que aparece en la pluma de Tàcito. ¿Y que es hoy? La señora de los mares, y el cen-

tro de la política. Lima, la opulenta y la amable la favorecida del cielo ¿Qué podrá ser cuando coseche los frutos del árbol de la libertad que acaba de plantarse en sus campos, y por que ha suspirado de fecha muy larga? Entonces desplegará toda su energía, y entonces acabará de convencerse el mundo de cuanto es capaz un pueblo libre con costumbres y talentos.

LAS RUINAS DE PACHACAMAC²³⁴

“Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor,
“Qui face Dardanois, ferroque sequare colonos.
Virg. Lib. IV. Eneid.

Sentado sobre las ruinas del antiguo templo de Pachacama, rodeado por todas parte de esteriles y desiertas arenas, mi imaginación se exaltaba á la vista de aquellos preciosos escombros, que aun recuerdan su pasada grandeza. La perspectiva del hermoso valle que se divisaba en distancia, la soledad y el silencio, me infundian aquella dulce melancolía, que es el verdadero patrimonio de la razón, y que el hombre desprecia en el bullicio de las ciudades. Informes masas, paredes elevadas que se presentan en extraños y distintos aspectos, no hacían alarde de aquellos sobervios ornatos que ennoblecen los carcomidos monumentos de la antigua Grecia y Roma; pero en cambio la solidez del edificio que se percibe, su vasta extensión y la regularidad de su forma, manifiesta aún el inmenso poder de la Nación que pudo elevarlo, la inteligencia, sabiduría y genio de su artífices. Esta Nación, me decía yo á mi mismo, segregada por inmensas mares de las demás partes del globo, ignorando el arte de pintar las palabras, y sin mas auxilio que el de sus QUIPUS para adelantar sus ideas con los trabajos de su mayores, no conoció las superfluidades de la vida; pero estos monumentos atestiguan su poder, su civilización y su industria. Cuando más feliz es una pueblo que ignorando la corrupción y los caprichos del luego, llena con sencillez los grandes fines para los que se han reunido los hombres en sociedad; que no aquel, que vagando por entre los delirios de lo superfluo, se labra á sí mismo su cadenas, hasta que se vé al fin precisado á volver á la sencillez primera de la naturaleza para llegar á cierto grado de perfección, que tanto mas huye de él, cuanto mas se desvia de este principio.- Nada hay grande ni en lo moral ni en lo físico, si el arte no se encubre bajo el manto de la misma naturaleza. Los magníficos restos del antiguo templo del Sol que vaía á mis espaldas, los vestigios de un acueducto que coronaba la altura del arido cerro destinado á fertilizar estos campos esteriles en el dia, y la

²³⁴

El Sol del Perú (Prospecto), 14 de marzo de 1822.

multitud de HUACAS de que estaba sembrado el valle que tenía á mis pies, daban pabulo á la imaginación exaltada, y me confirmaban en mis ideas.

El Sol ya en el ocaso no presentaba sino la mitad de su rojo disco desnudo de sus rayos. La Mar tranquila en que iba á sumergirse parecía toda fuego, y las nubes amontonadas en el horizonte variando á cada instante de color y de forma, parecíanse á los fermentidos amigos de la corte, que mudan siempre de aspecto, á medida que se cambia el idolo á quien sirven, hasta tanto que en su caída lo abandonan del todo. Las sombras avanzandose desde las montañas anunciaban la terrible pausa de la naturaleza, y las aves nocturnas revoloteando por entre las derrocadas paredes infundía un misterioso horror, que se aumentaba con la calma, interrumpida solo por los monotonos chillidos del grillo. Arrebatado con la vista de tantos objetos que iban poco á poco perdiendo la regularidad de su formas, exclamé en medio de mi entusiasmo. ¿Y adonde está esta Nacion tan numerosa y tan grande, que en tiempos mas felices elevaba estos monumentos, y poblò estos aridos campos? Se ha disipado como el humo, su poder y su gloria. ¿Quièn lo ha hecho desaparecer casi toda sobre la haz de la tierra?.... La tiranía-responde una voz terrible que embarga mis sentidos; y á la luz de una pálida llama que de repente ilumina aquel arido sitio veo recostado en lo mas alto de sus ruinas el genio que aun velaba en su guarda. Su ayre magestuoso y severo anunciaba la elevación de su origen. Vistasas plumas coronaban el trasquilado cabello ceñido del rojo cordon, que hacia caer ambas sienes la sagrada borla, divisa de los Incas. Colgaban de sus oradas orejas hasta la espalda dos grandes y brillantes argollas; y ceñido el cuerpo con una ligera tunica hasta su membruda rodilla, dejaba flotar en el suelo la Imperial YACOLLA.- Si me dijo: si, la tirania española hizo desaparecer de la tierra una nación tan grande y poderosa, y con ella arrasó aun la misma esperanza de las generaciones futuras. Tiemba: por dóquiera que pisas, pisas la sangre y los insepultos huesos de mil victimas infelices de la tirania. Las piedras mismas aun llevan la marca de su furia, pero á pesar de ella y del tiempo, estos magníficos restos pregonarán siempre la ferocidad española, y harán justicia á la civilización de estos pueblos. Compara, ó tú cualquiera que seas. Compara, y juzga cual de los dos merece el odioso renombre de barbaro y salvage.

Mira: este que ves, este es el templo del gran Pachacamac, del supremo hacedor del universo, del que todo lo sostiene y gobierna. Bastaba un solo templo al que

era también solo en universo, ni podía figurarse bajo el miserable aspecto de vanos simulacros á un ser incomprensible eterno é inmenso. Grande era el respeto que infundía la sombra misma de estos muros, grande el religioso pavor con que pronunciaba su nombre el pueblo inocente y sencillo. Hasta aquí, y no mas, era permitido penetrar á los hombres; allá velaban sus sacerdotes: aquel era el sitio destinado á los sacrificios.

Mira: aquel que aun divisa por entre la obscuridad de las sombras á la falda de ese arido cerro; aquel era el templo del Sol. El Perú agradecido á sus beneficios le elevó altares en todas partes, y los Incas le tomaron por modelo de su gobierno. Todo era exquisito en su culto, todo respiraba la grandeza del numen y la inocencia de una nacion religiosa y magnífica. Aun se ven los vestigios del sitio que vivian consagradas en su servicio las vírgenes mas ilustres, tan puras como rocío de la mañana, intactas como la flor del desierto á quien el zefiro no ha robado aun la fragancia de sus perfumes. Los Incas adoraban como á su padre á este astro vivificados y brillante, y como él desde la elevación de su trono esparcian la luz en todas parte; como él, eran beneficos, como él alentaban en todos el movimiento y la vida. Un gobierno paternal y economico hacía felices y laboriosos los pueblos. La ociosidad era desconocida ó castigada severamente; todo era común: juntos trabajaban en las tareas de los campos: juntos disfrutaban de sus productos, sin que jamas se olvidase al desvalido y á la viuda. Los AMAUTAS adocotrados en las ciencias mas utiles dirigian sus trabajo, y presidian las labores. Las guerras mismas eran precedidas por la clemencia; la humanidad las seguia; y el soldado, que hallaba en sus marchas, abundantes depósitos de armas y viveres en todas partes, no era jamas gravoso á los pueblos, ni al labrador industrioso.

Felices mil veces estos paises, si la mar no hubiese vomitado en sus costas un ejército de vandido, que guiados por el genio del mal, y armados del rayo, sorprendieron su credulidad inocente. Nos anunciaron el grande espiritu hijo del hombre, simbolo de amor, fraternidad y de paz; y ellos no respiraban sino perfidia, crueldad y codicia. ¡Cielos por que entonces sufristeis que este nombre terrible, este que os crió de la nada, este que os sostiene y gobierna, sirviese de pretexto y develo a los crimes mas horrendos! No, no era el Sol el arbitro del universo cuando alumbro con sus rayos esas escenas de horror, y no vengó la destrucción de sus templos y la sangre

inocente de sus hijos.- Pero ya el grande el tremendo Pachacamac se ha ceñido la espada de su justicia. Desaparecerá esa raza odiosa del suelo que ha sido el teatro de sus delitos. El cielo se ha cansado de sufrir por mas tiempo el triunfo de la tirania; el cielo mismo ha decretado ya la venganza.

Venganza repitió entonces un eco pavoroso desde las concavidades de los cerros; mil bovedas parecian abrirse, y asomandose en ellas mil sangrientos espectros repetian venganza por todas partes. La tierra se estremeció; desaparece el genio, y la obscuridad que sucede á la funebre luz que alumbraba aquellas ruinas embargó mis sentidos, y me dejo sumergido en la admiración y el espanto.

Sí víctimas desgraciadas de la barbarie española; sí, sereis vengadas. Un heroe que ha producido este suelo en las margenes del Paraná escuchó vuestros gritos. Desde la nevada cumbre de los Andes extendió sobre el Perú sus miradas, y lleno de aquel noble entusiasmo, que inflama una lama sensible cuando es excitada por la humanidad y la virtud, desde allí juró romper sus cadenas. Desde allí vuela al socorro de los oprimidos; crea fuerzas de lanada, los obstaculos redoblan su energia, surca atrevido los mares y no quiere mas recompensa sino la gloria – Fija el primero en estas costas el sagrado Pendon de la libertad; libertad resuena en todas partes, y los tiranos huyen cobardemente buscando en su desesperación un mal seguro abrigo en la fragosidad de los montes.- Gime bajo sus pies el suelo que los sostiene, y bien pronto el nombres español se conservará para servir tan solo de espanto á la niñez, y su memoria nos hará en todo tiempo irreconciliables con el despotismo y la tirania. Vosotras entretanto Ninfas del Perú descendientes de sus primitivos habitantes, dejad las lugubres vestiduras, olvidad vuestras lastiméras canciones, entonad al vencedor canticos de alegria. El antiguo imperio de los Incas va á renacer de nuevo mas glorioso y brillante. Nosotros ya reunidos, sin las odiosas distinciones del antiguo egoismo, no formaremos sino una sola Nacion. Revivirá el antiguo esplendor; y bajo el suave domino de leyes imparciales y sabias, mereceremos en nuestra infancia misma la administración, y el respeto de las demas naciones del globo.

F. D. (Félix Devoti)

JUGADAS DE TOROS²³⁵

Las jugadas de toros introducidas por la barbarie, reprobadas por el buen sentido, y toleradas no obstante por la realidad que ha perpetuado otros tantos abusos monstruosos, hace tiempo tienen tan contra sí la opinión de las personas ilustradas, que apenas fue propuesto el proyecto de su abolición por el ilmo. honorable señor ministro de estado, presidente de la sociedad patriótica, en la primera de sus sesiones ordinarias, para que sirviese de asunto de discusión en la siguiente, conforme al régimen anterior de la sociedad: cuando se levantó un clamor universal de todos los miembros que se hallaban presentes, decididos por que dicha abolición se llevase a debido cumplimiento. Fue delicioso ver este ardiente testimonio de obsequio a la razón, y considerar la inmensa distancia que con solo este paso andaba el Perú en la carrera de su civilización.

Y a la verdad, que entre los errores prácticos del linaje humano apenas habrá uno que pueda compararse a la insensatez y a la demencia de ponerse un hombre voluntaria, innecesaria, y aun perjudicialmente en riesgo inminente de la vida, por hacer alarde de una habilidad cuya profesión le constituye infame: y que se hagan festivos espectadores, y por lo mismo provocadores de su temeridad, millares de otros hombres, que dedican su tiempo, su afán y su dinero para proporcionarse la concurrencia, con todas las regulaciones, aparato, y pompa que demanda forzosamente un acto público. El interés no pudo ser el móvil de aquel miserable, que si puede vivir dos meses con el fruto de su oficio, tiene que sacar de otro género de industria su subsistencia por los días restantes del año. Y si lo fue la vanidad, no la hay mas loca que la que compromete a un tiempo honra y vida: puesto que el duelista siquiera gana en honor, aunque falso, cuando arriesga de su existencia. La depravación moral del toreo llega por lo tanto al extremo: y el robo, el asesinato, y todo género de violencias viene a ser el resultado del arrojo en que se ha ensayado a la vez de un pueblo entero. La autoridad que los consintiera, siendo consiguiente a sus principios, y equitativa con ellos, debía declararlos impunes de estos crímenes, para que recayera el castigo sobre

²³⁵

El Sol del Perú, 21 de marzo de 1822

la comunidad que con su aprobacion y aplausos les enseñó á violar todos los derechos en el quebrantamiento del que el hombre debe guardarse á sí mismo.

Nada influye tanto en pervertir las costumbres y viciar el corazón como la ejecución meditada de un acto que reprueba el sano consejo, y á que no es uno movido por algun vehemente impulso. Por grande pues que se suponga entre los nuestros la afición á toros, no siendo esta mas que una pasión factica, entretenida por el ejemplo y el habito, muy diversa de las que hallan cierta disculpa en los impetus naturales: el que asistiendo al espectáculo vence sus sentimientos en materia que le costaría poco evitar, queda muy mal dispuesto para observar en otros los dictámenes de su razón. El daño es mucho mayor atendida la publicidad del acto, y la clase de los afectos que excita: por que como el soldado en batalla, y el hombre de estado en un congreso se inflaman de ardor marcial, y entusiasmo por el amor de la patria, así esta gran sociedad de gentes frivolas y atolondradas, ansiosas de un placer que no pueden disfrutar sin apoderarse de un furor insano, ó sofocar su sensibilidad, se exaltan y encienden mutuamente, y desprendidas con su concurso del miramiento y rubor que acompaña á una accion irregular, se retiran con un caudal de voluptuosidad y desorden muy superior al que cada cual puso en fondo comun. El frenesí tauromaniaco trasciende á las clases mas graves y circunspectas, y las demas reciben con escandalo lecciones incompetentes de los que por su instituto debieran ser maestros de compostura y decencia.

La sensibilidad, ó sea la compasion, este afecto tan provechoso para el cumplimiento de los oficios sociales, auxiliar de mil virtudes, y que los amigos de la humanidad han cuidado siempre fomentar, es ofendida de infinitos modos en la lucha de que tratamos. Por que si el lidiar corre riesgos que á menudo paran en desgracias efectivas, todo otro viviente que entra al circo sufre mas ó menos una cruel carnicería; y al toro sigue el caballo, el perro....el cuy y la candida paloma. Al toro, blanco directo de los tiros, antes de la salida se le hincan con punzones, y se le cosen los adornos en la piel viva para irritar una bravura que no es suya, y puesto en plaza cae sobre él en enjambre de horribles instrumentos que dan fin á su vida con tormentos exquisitos: cuya impresión explica en aquellas maneras doloridas, pero graves y magestuosas, propias de su especie, una de las mas bellas y elegantes que tiene el reyno animal: y con las cuales parece se queja al cielo de la ingratitud del hombre, con

quien ha partido las tareas de la labranza y acarreo, á quien ha alimentado con sus carnes y su leche, y suministrado últimamente el admirable preservativo contra la enfermedad mas atroz. Pero nada de esto importa en la consideración del fiero ó aturdido espectador que se complace en las agonías de la víctima inmolada á su capricho, ó se endurece para no sufrirlas. No olvidemos que somos usufructuarios de la naturaleza, y no dueños: y que el uso es ilegítimo cuando no se dirige à un fin laudable. ¿Y cual es el que llevan las corridas de toros? La diversion. ¡la diversion!!! ¿No las hay honestas é inocentes? ¿y es menester ir á buscarlas en unos juegos positivamente perniciosos?

Perniciosos si, no menos en la substancia, que por la embriaguez, rijas, lujo y disipación que ocasionan. En lo que si las gentes acomodadas ofrecen sus diferencias respecto de la plebe, el daño relativo á sus facultades es casi el mismo. Aquellas v.g. malgastan un remanente que pudiera haberse empleado en capital productivo, y otras de menores proporciones contraen deudas que ponen en estrechez sus familias, mientras que el menestral pierde en un dia lo que ganó en otros cinco, el indigente va y vende por nada su alhajilla ó su vestuario, y el vago apura sus males artes. Un dia de toros es un dia perdido para el trabajo y los negocios, y un dia que se absuerve el producto del trabajo y negocios de muchos dias.

Si el lujo y la disipacion son de los inconvenientes mas inmediatos y palpables que en la capital traen las corridas de toros, en las poblaciones interiores infelices destituidos de toso arte, en quienes la casualidad se convierte en golpe cierto, y cuyo modo de torear se hace increible. Espanta ver á un hombre inerme preparado de intento para tenderse en tierra al acercarse el toro, ó esperarle de pie firme con los brazos cruzados. Atonito con la escena; de que por cerciorarme fui una vez testigo, preguntaba á los circunstantes como era posible permitir aquellos horrores. A veces han muerto cinco y seis en una tarde, me respondiéron, y se repetian tanto semejantes accidentes, que el subdelegado de este partido (que era el de Jauja) D.N. no consintió que en su tiempo se jugaran toros por ningun caso. Mas luego viniéron otros menos escrupulosos, y los miserables paisanos tornáron á ser muñecos del toro, para librando bien ir à perecer en un rincon sin auxilio, ó arrastrar una vida miserable. Toda fiesta, toda funcion se solemniza con toros, y en las mas de ellas se rinde la oblacion

de sangre humana que exige la deidad idolotrada. ¡Que poblacion la del Perú para sufrir esta perdida!

Agregemos á estas razones el desfalco de considerable numero de reses criadas con particular esmero, que, fuera de su prole, hubieran dado otros tantos bueyes excelentes: y los daños que en consecuencia reciben asi los campos, como los ingenios de azucar, produccion principal del pais, á los cuales no se han aplicado aun todavia los poderosos efectos de las bombas de vapor, no menos que los transportes confiados en mucha parte á bueyes por la escasez de las mulas. Y se verá que en las tristes circunstancias, que en la penuria á que ha reducido á estas provincias una guerra asoladora, sostenida por la improba y contumaz resistencia comparable solo con la barbarie que ha mantenido por tantos siglos los toros: es de absoluta necesidad la abolicion de una costumbre que, sobre ser contraria á la humanidad, destructora de la moral, de la economía y del orden, y por lo mismo infamante al pueblo que la conserve, es actualmente incompatible con nuestras urgencias públicas.

Cuando el rey Carlos IV., en cuyo infausto gobierno viò sin embargo España algunos establecimiento útiles y leyes saludables, prohibiò perpetuamente las corridas de toros, y mandò demoler las plazas destinadas á este objeto, no dio otra causal de su resolución que los daños inferidos á la agricultura; ni le estaba bien aducir otras por no poner mas en descubierto el honor de su nacion. Tampoco es de nuestra incumbencia acusarla de lo que no diga relacion á los intereses de la gran familia americana: una vez que la defensa de nuestra sagrada causa, llevada casi á su conclusion, no tiene por qué valerse de unos medios tan menguados. Pero no podemos ni debemos disimular que el pueblo peruano se cubriría de oprobio a los ojos de los demas que tienen puesta en él si vista, si en lugar de aprovechar los ejemplos de sobriedad y prudencia que dejáron á la posteridad las naciones recién formadas, si en lugar de convertir toda su atención á reparar los males de la administracion colonial, y de extirpar los vicios á que mal enseñados hemos cooperado hasta aquí nosotros mismo, siguiéramos fomentando una costumbre con que se hadado siempre en cara á la España, y que sus celebres hijos Cadahalso y Jovellanos no pudieron perdonarle.

La religion cristiana es muy sublime para alternar sus ecos con las razones que juegan en los discursos profanos. Si ella habla ha de ser sola, por que su magestad se ultraja, interrumpida con otro acento. Bástenos pues decir, al tomar su nombre,

que ha dejado oír su voz, y muy recio, en la materia de estas reflexiones: y que el silencio á que la rebeldía ha obligado después á los pastores es mas terrible que todos sus anatemas.

J.G.P.